

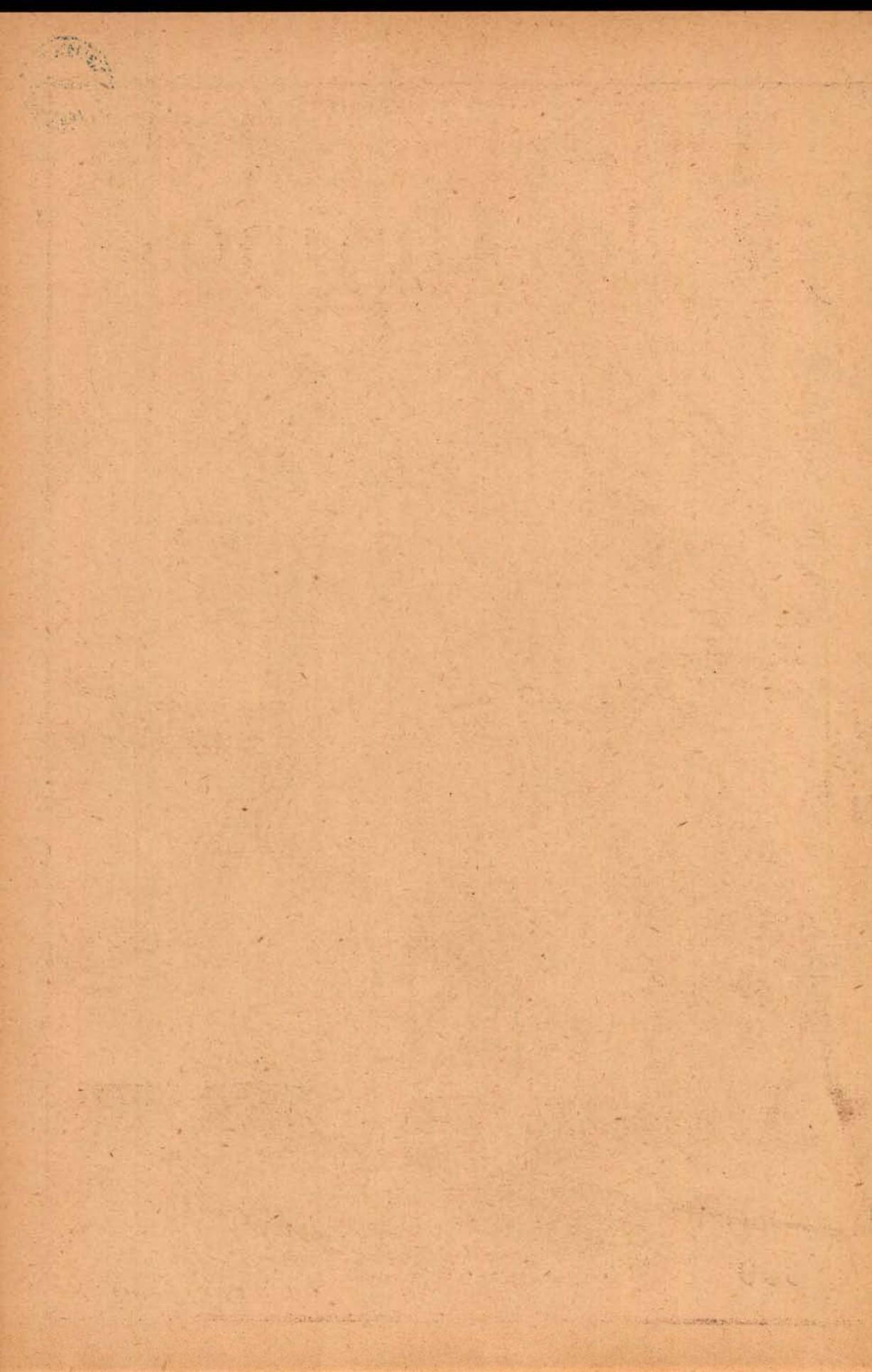
719
M. Fernández y González

La Princesa de los Ursinos



Nº 300

35
Centm⁵ 
Tomo sexto



M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

R. 43.546



1-7-601/19

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

TOMO SEXTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin, J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meñistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La Peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gorthón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther, —Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul. —El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambofe, por P. du Terrail.

- 77.—La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambofe tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azu-

- les.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



La Princesa de los Ursinos

CAPITULO PRIMERO

DE LOS APUROS QUE PASÓ EL ABATE ALBERONI
HASTA LOGRAR PONER EN MANOS DEL REY LA
CARTA DE DOÑA ESPERANZA.

El abate Alberoni habia entrado, como sabemos, en Madrid, á pesar de lo cerrado de las puertas, porque un clérigo se entra por todas partes.

El abate Alberoni iba tan cabizbajo y tan meditabundo á causa de la mala pasada que le habia hecho doña Esperanza, que Giovanna Casti no pudo menos de decirle:

—¿Qué os sucede, mi querido abate? Nunca os he visto tan silencioso.

—Dejadme en paz, señora, dejadme en paz —dijo Elberoni—; me sucede una gran desgracia.

—¿Y cuál? Decidla.

—Me he enamorado.

El abate no podía decir á Giovanna que llevaba una carta de doña Esperanza para el rey.

—¿Que os habéis enamorado vos? —exclamó Giovanna—: eso no puede ser, amigo mío; os habéis equivocado, os ha dado algún aire en la cabeza. ¡Enamoraros vos!... no lo comprendo... Vos no habéis nacido para enamoraros como no sea de una mitra ó de un capelo, mi querido abate.

—¡Ah, señora Giovanna! —exclamó Alberoni—; vos decís eso porque yo he tenido la discreción de no deciros que me he enamorado de vos.

—Por caridad, abate, por caridad, no pretendais engañarme: no me hagais creer que salimos de un palacio encantado como los de Armida.

—Creo que teneis razón en lo de lo encantado del palacio, señora Giovanna, porque me parece que vos, que no os habíais enamorado hasta ahora...

—¡Cómo! ¿Que me he enamorado yo? y de quién, si gustais, padre Alberoni?

—De cierta casaca encarnada.

—¡Bahl os habeis equivocado: intrigo...

—¿Que intrigais?

—Sí, por cierto: pues qué, ¿aquí hay otro medio que intrigar? En Parma se intriga, es cierto; pero aquí, Dios me perdone; si creo que hasta los criados son intrigantes: no se me olvidan aquellos dos que estaban en el vestíbulo pretendiendo ocultar con una humildad seráfica su expresión de pícaros. ¿Sabéis, abate Alberoni, que esa señora abadesa de las Ursulinas es el misterio más hermoso y más amable del mundo?

—¡Oh! ¡hermosa!... ¡amable!... ¡encantadoral... ¡hechicera!... ¡divina! —exclamó el abate, procurando aparecer locamente enamorado de doña Esperanza.

—¡Cómo! ¿es de la abadesa de quien os habeis enamorado, mi querido abate? ¡Pero si a quien mirábais era á la jovencita que tenfais á la derecha!

—¡Ah, sí! estaba despejando muchas incógnitas...

—¡Ah! apelais al álgebra para esparos: no os vale, padre Alberoni, y si no, veamos qué incógnitas despejabais.

—Tres.

—Explicaos.

—Vos mirábais al joven oficial: el joven oficial miraba á la dama de honor de su alteza, y su alteza nos miraba á todos.

—Pero las incógnitas...

—Quería saber si alteza tenfais celos de su dama de honor; si vos tenfais celos de su alteza y de su dama; y si la dama se hacia cargo de que era la causa de vuestros celos y de los de su alteza.

—¡Yal Y vos ocupábais de esto por su alteza.

—La verdad, señora Giovanna, es que yo estoy á oscuras, y que si dentro de poco no veo claro, pido á nuestro soberano que me reemplace; porque no quiero cargar con la responsabilidad de cosas que tal vez me pueda evitar.

—¿Sabeis que voy creyendo que su alteza es para vos un enemigo respetable?

—¡Ah! eso es, eso es: en más de media hora que he estado hablando con ella no he podido averiguar... qué averiguar, ni aun oler, esta es la expresión, para qué ha enviado aquí á esa dama, á esa real dama, Luis XIV.

—De espía—dijo con la firmeza de la certidumbre Giovanna.

—O para algo más: quién sabe; esa señora al fin, aunque bastarda, es una infanta de la casa de Austria reconocida, aunque no se haya publicado el reconocimiento: y tan hermosa... y con una inteligencia superior: ya veis, no me ha dejado respirar, me ha dominado, y en estos momentos no sé á qué atenerme.

—Es imposible que el rey de Francia haya pensado en el enlace de su nieto con la abadesa de las Ursulinas.

—¿Y por qué, señora Giovanna? ¿por qué? Hacedme el favor de oponerme las dificultades que encontráis para que ese enlace se verifique.

—Esa señora es abadesa...

—Pero sin votos; más bien que abadesa, una superiora impuesta á la real asociación religiosa de las Ursulinas, por su patrono el rey de Francia: puede casarse sin dificultad; el rey encargará la prelecta de las Ursulinas á una princesa de la sangre; á más que aunque estuviese sujeta por votos su alteza, por graves intereses del Estado, nuestro Santísimo Padre dispensa los votos de la misma manera que anula los matrimonios.

Pero y bien, ¿qué interés puede tener Luis XIV en que su nieto se case con una princesa bastarda de la casa de Austria?

—¡Bah, bah! Luis IV sabe que se conspira para casar á su nieto con nuestra señora Isabel Farnesio.

—¿Y bien, qué?

—¿No conocéis al gran Luis XIV; es muy celoso de su poder, y por nada en el mundo querría perder la influencia omnímoda que ejerce sobre su nieto, ni permitir el acrecentamiento de la casa de España. La política de Luis XIV es empequeñecer á los demás para dominarlos mejor: casi, casi estoy por creer que miraría con

más gusto á su nieto casado con la princesa de los Ursinos, que con la princesa nuestra señora.

—No dice eso el padre Robinet.

—¡Bah! no me fío del abate Robinet; es un saco de picardías; yo creo que están engañándonos, confiándonos para que nos descuidemos y no pongamos en juego todos nuestros recursos.

—No lo creo; no es un grande acrecentamiento el de la corona de España por la posesión del ducado de Parma: Luis XIV cree que la princesa nuestra señora es una pobre de espíritu bastantemente hermosa para satisfacer la sensualidad de su nieto; temería mucho más á la ambición de cualquiera de las dos señoras que os inspiran recelos: la princesa de los Ursinos es una gran mujer de Estado, y esa infanta incógnita, una inmensidad.

—Pues bien, esa inmensidad incógnita, sabe, me lo ha dicho terminantemente, que doña Isabel Farnesio es otra inmensidad: lo que quiere decir que lo sabe también Luis XIV.

—Pues me envuelvo, abate.

—¡Ah! seguramente, como me sucede á mí, que no sé dónde estoy.

—¿Y por eso os habéis enamorado de la infanta?

—Yo me enamoro de todo lo grande; pero con el amor de la admiración, del entusiasmo... ¡Oh, qué mujer tan impenetrable y tan seductora, amiga mía! Ha jugado conmigo, y en vez de verla yo á ella, me he visto negro para que ella no me vea á mí: por eso estoy de un humor infernal, y no hubiera hablado una palabra si no me hubierais obligado á hablar.

En aquel momento paró el carruaje.

Habían llegado á la casa que ocupaban en Madrid, calle del Prado, cerca de la plazuela del Angel.

Echaron pie á tierra, entraron, y cada cual se retiró á su habitación.

Alberoni había salvado su carta.

Había buscado trabajosamente una disculpa plausible á su mal humor.

Alberoni y Giovanna pasaron muy mala noche: el primero, asustado con la carta que se veía obligado á entregar al rey, y cuyo contenido ignoraba; la segunda, pensando en Perea, de quien se había enamorado, á pesar de que comprendía que no debía enamorarse de él.

Así es el amor: amamos muchas veces contra nuestra voluntad. Por eso se ha dicho, no sin fundamento, que el amor es una enfermedad ge-

neralmente incurable, y con mucha frecuencia mortal.

El día encontró sin dormir al diplomático y á la joven.

Alberoni se levantó con intención de bajar á pasearse al jardín á ver si el ambiente fresco de la mañana le inspiraba algún medio para salir del apuro; pero al abrir un balcón que sobre el jardín daba, se encontró con que Giovanna le había ganado por la mano: estaba en el jardín sentada junto á la fuente, sola y profundamente pensativa.

—Esta es una contrariedad —dijo Alberoni—; hé aquí un aliado puesto fuera de combate y convertido en un peligro: las mujeres cuando se enamoran no producen más que disparates, y yo no me fío mucho de don Pedro Perea; me he equivocado: yo contaba con usarle contra la princesa de los Ursinos, y hé aquí que me le usan: esa mujer es más oscura que una caverna: ¡y esta carta!... ¿Para qué guerra ver al rey su alteza? Y es el caso que no me atrevo á escribir á mi señor, no sea que cometa algún disparate: no veo claro, y es muy posible que cada vezarezcan para mí las cosas más turbias: ¡oh! aquí se intriga mucho más que en ninguna parte: estas son intrigas de intrigas; aquí hay empeñados muchos y gravísimos intereses, y me parece que voy á perder mi reputación y mi posición; que voy á perder todo lo que adquirí al lado de Vendome. ¡Oh! Una caída cuando se está en lo alto de la escala, es una caída mortal. ¿Para qué, para qué quiere ver al rey doña María? Claro está: es hermosa, hermosísima, irresistible, ambiciosa... ¿Para qué la ha enviado Luis XIV, conociendo el temperamento de su nieto? Ella me ha asegurado que su objeto es trabajar contra la princesa de los Ursinos, y concluir el casamiento de mi señora con el rey; pero yo no me fío: esta señora por su hermosura, por su talento y por su posición, es un agente demasiado peligroso, y andando en esto la Maintenon... ¡Oh! el encargo de embajador es magnífico: cuando le envían á uno entre tontos, á poca costa se hacen grandes, grandísimos servicios... pero aquí, aquí, que en cada persona con la cual os veis obligado á tratar os encontrareis con un intrigante consumado... De una parte la princesa de los Ursinos, que parece que adivina los pensamientos de la persona con quien habla: de otra el abate Robinet, zorro suave que se introduce sin sentir, y á quien no sentimos hasta que nos ha

mordido en el corazón; el abate de Estrés, educado en la grande escuela de su tío el cardenal de Estrés: esa infanta abadesa, que ya me ha demostrado lo temible que es; Orrí, tenaz, firme, amable, teniendo por espíritu á ese cuervo silencioso de Lesseps, de cuyo pico de acero hay que guardarse, so pena de perder un miembro si se le deja dar un picotazo; el único que hay aquí ofensivo es ese estúpido marqués de Brancas, á quien de expreso ha enviado Luis XIV para que no haga nada, representando una política inerte, confiada, estúpida: el señor embajador de Francia es el césped que cubre una trampa de lobos; no puedo hacerme ilusiones: anoche he perdido una batalla decisiva; me he visto obligado á rendirme á discreción: ahora es necesario ver cómo nos reponemos: y aún faltan cuatro horas largas para ir á la corte, y yo no me expongo á ponerme bajo los fueros de la señora Giovanna Casti, que es junto á mí el espíritu, la mirada y los oídos de la princesa Isabel Farnesio: ya se ve, ella y su señora son una misma cosa, han crecido juntas, se han educado de una misma manera, piensan del mismo modo, de lo que resulta que yo soy un embajador embridado, sujeto, que no me puedo atrever á nada. ¡Ah! pues yo no me rindo: la cuestión es difícil; no importa, intriguemos: enredemos más la intriga á ver lo que sale: evitemos almorzar con la señora Giovanna: sí, eso es. ¡Hola, Paolo!

Apareció un criado de fisonomía oscura y de mirada intencionalmente vaga.

—No almuerzo aquí—dijo Alberoni—: que me pongan una silla de manos.

—Es decir, que no acompaña á vuestra señora el señor Giovanni.

—No, señor: que el señor Giovanni y el señor Giuseppe almuerzen cuando quieran, y que no extrañen si no vuelvo en todo el día.

—Muy bien, señor.

—Dentro de cinco minutos necesito la silla de manos.

—Muy bien.

Paolo se fué.

Alberoni se puso una capa de terciopelo, una verdadera capa de verano, y un sombrero liso; traje que tanto podía convenir á un eclesiástico como á un seglar.

Paolo le avisó de que ya estaba dispuesta la silla de manos.

Alberoni, sin olvidarse de la carta de doña

Esperanza, bajó, se metió en la silla de manos, y dijo á los criados que la conducían:

—A la hostería del Obispo, calle de Santa Ana, esquina á la del Príncipe.

Nuestros lectores recordarán que ésta era la hostería donde se habían metido la noche anterior Pommeferre y Malegarde con Simón, el soldado de la Guardia Walona, primo político de Marcos Calderón.

Era una de las mejores hosterías de Madrid, y la más de moda, por lo céntrico del lugar en que se encontraba, tanto más entonces, cuanto estaba muy cerca de la residencia real.

El abate hizo entrar la silla de manos en el patio, pidió el mejor aposento, y una vez en él, hizo le llevasen recado de escribir, y escribió una carta, disimulando la letra, en que se leía:

“Señor don Pedro Perea: Un amigo vuestro os espera á almorzar en la hostería del Obispo.”

En seguida envió á un mozo con la carta, al cuartel del primer regimiento de caballería de la Guadía Walona en busca de Perea, y mandó disponer un buen almuerzo, sin olvidarse del indispensable plato de macarrones.

Alberoni no había reparado en que al subir por las escaleras de la hostería, se había retirado vivamente un hombre que, al ir á bajar por ellas, le había visto.

Aquel hombre era Pommeferre.

—¿Qué viene á buscar aquí—dijo—ese señor abate? ¡Ah! pues es muy fácil averiguarlo.

Y retirándose vivamente, se metió en su cuarto, en el que dormían todavía, aunque ya había salido el sol, á causa de su trasnocho, Malegarde y el soldado Simón.

Cuando Pommeferre calculó que ya no andaría por el pasillo el abate Alberoni, salió de puntillas, se escurrió, y se bajó á la cocina.

El jefe, por decirlo así, estaba dando en voz alta las órdenes necesarias para confeccionar en poco tiempo el excelente almuerzo que había pedido el abate.

Afortunadamente los platos montados estaban hechos del día anterior, y no había necesidad de otra cosa que de meterlos en el horno.

—¿Qué se os ofrece?—dijo el cocinero, creyendo á Pommeferre persona eclesiástica, por su traje semi-eclesiástico—: ¿sois paje del señor abate que acababa de pedir un almuerzo?

—¡Eh! ¡silencio!—dijo Pommeferre—: yo no soy paje de ese señor: yo no me trato con tan ilustres personas.

—¡Ah! ¿es una persona ilustre?

—Pues ya lo creo: no menos que el abate Alberoni.

—¿El abate Alberoni?—dijo el cocinero, que estaba poco al corriente de las cosas de la corte.

—Sí, señor: el embajador del señor duque de Parma.

—¡Un embajador!—exclamó todo asustado el cocinero.

—Y un embajador italiano: y como los señores italianos están acostumbrados á comer muy bien, ved cómo le servís, porque os exponéis á desacreditaros.

—¡Oh! gracias, gracias, señor mío, por la advertencia: sin ella yo hubiera hecho un buen almuerzo como siempre; pero con ella, nada dejaré que desear. Pero vos, sin duda, habéis venido á algo aquí: ¿queréis otro almuerzo? ¿sois también italiano?

—No, señor, yo soy francés.

—También comen de una manera muy delicada los franceses.

—He venido aquí á buscar al mozo Chinchilla, que se me ha extraviado.

Este mozo era el que servía el aposento que habían tomado Pommeferre y Malegarde.

—Heme aquí á vuestra disposición—dijo Chinchilla, asomando á la puerta de la cocina.

—Pues vente conmigo, que tengo que hablarle.

Y lo sacó fuera.

—¿Dónde has acomodado al embajador del duque de Parma?—le dijo Pommeferre—, que de mala fe y por divertirse destruí el incógnito de Alberoni.

—¿El embajador del duque de Parma?—dijo Chinchilla abriendo enormemente los ojos: no conozco á ese señor.

—Necio; ese señor es un caballero como de treinta y dos á treinta y cuatro años, buen mozo, con capa de seda y sombrero sin galón, que acabas de acomodar yo no sé dónde.

—¡Ah, sí! En el número 2.

—Entonces—dijo Pommeferre—, le has acomodado en un aposento al lado del nuestro.

—Sí, señor; como que el 1 y el 2 son los mejores aposentos de la casa y los más caros, son los que están desocupados con más frecuencia.

—Ven, ven conmigo—dijo Pommeferre.

Y le metió en el cuarto número 1.

—Dime, ¿dónde está el tabique de medianería con el cuarto número 2?

—Ese es—dijo Chinchilla, señalando la pared á la derecha de la entrada del cuarte.

—Vete—le dijo Pommeferre—: ya no me haces falta.

Chinchilla salió lleno de curiosidad por lo que había oído y no se le había explicado.

Pommeferre se fué al tabique y le tocó ligeramente con los nudillos, para probar por el sonido su espesor.

De la prueba, resultó que el tabique era delgado.

Malegarde y Simón continuaban durmiendo.

Pommeferre se fué al balcón y le cerró, dejando el aposento completamente á oscuras.

Después desenvainó la daga, y se puso á hacer, procurando no producir ruido, un agujero en el tabique.

La daga era bufda, aguda, y en cinco minutos estuvo practicando un pequeño agujero.

Por él pudo ver Pommeferre á Alberoni que se paseaba.

Se había quitado la capa y el sombrero, y había quedado con su peluca sin polvos, su casaca, negra, sus calzones y sus medias negras, y sus zapatos con hebillas de oro.

Poco después entró el cocinero, que se apresuró á quitarse su gorro.

—¿Cómo quiere vuecencia los macarrones?—dijo.

—¡Vuecencial ¡vuecencia!—esclamó asustado Alberoni—: ¿quién os ha dicho que yo soy un señor excelentísimo?

—Basta el aspecto, excelentísimo señor.

—No, no, alguien me ha hecho traición: ¿qué es esto? ¿quién os mete á vos en si yo soy excelencia ó no excelencia?

—Perdone vuestra...

—¡Vuestra nada, estúpido!—exclamó Alberoni—; cuidad de que el almuerzo sea bueno, y no os metáis en otra cosa.

El cocinero salió atortolado.

Alberoni se quedó paseando, gesticulando, manoteando.

Pommeferre se reía.

—¿Para qué diablos habrá venido aquí—murmuraba, el abate Alberoni?—Espéremos.

Y esperó, paseándose á veces, acudiendo otras al agujero.

Chinchilla y otros dos criados habían cubierto la mesa de una manera ostentosa, lo que probaba que en la hostería del Obispo había un excelente servicio.

A las nueve se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

Era Perico Perea.

—¡Ahl!—exclamó—: ¿sois vos el del convite, señor abate?

Y adelantó y estrechó con efusión la mano de Alberoni, que le sonreía de la manera más cortés y más amigable del mundo.

—Sí, pardiez, yo soy, que me vengo de vos convidándoos á almorzar, por la mala noche que me habéis dado.

—¡Que os he dado yo mala noche, señor abate!—dijo Perico Perea.

—Sí por cierto, señor mío, sí por cierto; me habéis dado un gran disgusto.

—Lo siento mucho, padre Alberoni—dijo Perea—; y si en mí consiste, procuraré enmendar el daño que haya hecho.

—¡Ahl yo contaba con vos, y vos os habéis hecho inútil para mí.

—No os entiendo.

—Os habéis enamorado, y los enamorados no sirven para otra cosa sino para que se burlen de ellos las mujeres.

—¡Ay, padre Alberoni! ¡es tan hermosa!...

—¿Quién?—dijo Alberoni.

—Aquella joven dama que teníais á vuestra derecha, y que no levantaba los ojos del plato.

—¿Y no os ha parecido hermosa ninguna más que ella?

—¡Oh! doña María es una deidad, un asombro; pero no hay que pensar en ella: es un bocado de príncipe.

—¿Bocado de príncipe? Y bien, ¿no había ninguna otra mujer hermosa en nuestra cena de anoche?

—Yo no la vi.

—Sois un traidor, caballero Perea, y no sin razón me habéis tenido sin sueño: os habéis convertido para mí en un peligro.

—No os comprendo, señor abate.

—Sí; todo hombre que nos engaña es para nosotros un peligro, mayor ó menor, del cual debemos guardarnos.

—¿Pero por qué me decís eso, padre Alberoni?

—Porque sé que estáis locamente enamorado de cierta dama italiana que se llama Giovanna Casti, y que si mirábais tanto á la joven dama que estaba á mi derecha, era sólo por disimular.

—Me estáis hablando de un duende, padre Alberoni—dijo Perea—; yo no he visto anoche

más damas que la señora abadesa de las Ursulinas de París y su joven dama de honor.

—¿Lo veis, lo veis como mentís? ¿no sabéis que todo me lo ha revelado la señora Giovanna Casti, que está enamorada de vos?

—No os comprendo, padre Alberoni—dijo Perea temiendo caer en un lazo.

—Voy á inspiraros confianza para que seáis franco conmigo: cuando acabemos de almorzar, os vais á mi casa, por la que yo no pareceré en todo el día: os dirán que no estoy: entonces pediréis ver urgentemente al señor Giovanni, y permaneceréis á su lado todo el tiempo que gustéis. ¿No os fiáis aún? Ved que luego os va á pesar haber incurrido en torpeza, cuando Giovanna os diga que yo lo sé todo, porque ella me lo ha dejado conocer, y después no se ha recatado de mí.

—¿Y á qué viene eso?—dijo Perea.

—Viene á que si queréis que yo os facilite el camino para que dentro de poco seáis esposo de Giovanna Casti, me sirváis lealmente.

—¿Y en qué he de servirlos?

—Os voy á confesar lo que no he confesado á nadie; esto es, mi torpeza: estoy á ciegas; no tengo confianza en mí mismo; me ha envuelto una mujer, contra la cual os pido que me ayudéis.

—¿Y qué mujer es esa?

—¿Quién ha de ser? La superiora de las Ursulinas de París.

—¿La superiora de las Ursulinas de París! ¡la hermosa señora con quien cenamos anoche! ¿Y cómo queréis que yo os ayude contra una señora á quien vos no comprendéis, á pesar de vuestra larga práctica de corte?

—¡Oh, amigo mío! Uniendo lo que á vos os diga, con lo que me diga á mí, podremos sacar algo en claro.

—¿Un doble juego!

—Eso es.

—¿Sabéis con lo que castiga la ordenanza á los espías dobles?

—¡Bah! los pasa por las armas.

—¿Y no creéis que podría suceder algo que equivaliera para nosotros á ser arcabuceados?

—Todo lo que podría suceder—dijo Alberoni—sería que á mí me reemplazasen y á vos os licenciasen.

—¡Buen negocio para mí, que no tengo más que mi espada!

—La señora! Giovanna Casti, á más de ser muy

hermosa y muy pura, y de no haber amado á nadie, es riquísima y única heredera del señor conde de Ansoleto.

—Pero eso es eventual, señor embajador.

—Yo os ayudaré: á más de eso, que puedo por mí mismo casaros: un matrimonio de conciencia... y una vez hecho, hecho se quedará.

—Hermosa, pura y rica: y bien, convenido; ¿pero cómo he de ayudaros?

—Haced el amor á doña María de Ayala.

—¿A una abadesa!

—Una abadesa sin votos, que puede casarse.

—¿Pero no veis que entonces me hacéis dudar entre esa señora y la otra?—observó el presuntuoso Perea, suponiéndose ya amado por doña Esperanza.

—Con esa señora no podéis casaros: ¡bah! esa señora podrá ser vuestra amante, pero jamás vuestra esposa.

—¿Y por qué no puede ser mi esposa esa señora?—dijo picado en su amor propio Perea.

—Porque... vamos, es necesario decíroslo todo; porque esa señora es infanta de España.

—¿Infanta de España!—exclamó con asombro Perea.

—Sí, señor; hija natural reconocida del rey don Carlos II.

—No se conoce á esa infanta en la corte.

—No se la ha dado aún á conocer; pero la reconocen los reyes de Francia y de España, y probablemente será presentada un día.

—Este doble juego podrá costarme muy caro.

—El duque de Parma, mi señor, os indemnizará.

—Pues bien, señor abate, convenidos: nunca he pecado de cobardía; sea lo que Dios quiera.

—Pues bien, idos á mi casa, preguntad por el señor Giovanni; no tenéis que hacerlos amar, os aman ya; pero tenéis sí, que luchar con una virtud muy dura.

—¡Oh!—dijo el jactancioso Perea—: el amor lo vence todo.

—Después, cuanto antes, introducidos cerca de doña María de Ayala; esforzáos por hacerlos amar; entendéos conmigo; y como ya es hora, idos.

Perea se levantó, se ciñó su espada y tomó el sombrero.

—¿Dónde nos veremos, señor abate?—dijo—; porque supongo que vos querréis que nuestras entrevistas sean secretas.

—Yo os avisaré.



—Pues que os guarde Dios, señor Alberoni.

—Id con él, señor don Pedro.

Perea salió.

—Pícaro y tres veces pícaro!—exclamó Pommeferre saliendo precipitadamente del cuarto para seguir á Perea.

No sabemos por quién decía pícaro Pommeferre, si por Alberoni ó por Perea.

Este tomó por las escaleras de la hostería sin sospechar que era seguido por Pommeferre, que continuó en su seguimiento á la larga, hasta que le vió entrar en la casa de Alberoni.

Pommeferre esperó.

—Es necesario—dijo—saber cuánto tiempo está ese canalla casa del abate.

Y se escondió en el zaguán de una casa de enfrente, sin perder de vista la casa de Alberoni.

Perea tardó en salir más de una hora.

Pommeferre no le siguió, sino que se metió en casa de Alberoni.

Atravesósele el portero

—¿Adónde se va?—le dijo.

—¡Eh! ¿qué os importa á vos?—dijo con su acostumbrada audacia Pommeferre—; yo soy de la casa.

—¿Que sois vos de la casa?

—Sí, señor; vengo de Parma.

—El señor abate no está.

—No importa, con tal de que esté su paje el señor Giovanni.

A tales señas el portero creyó que, en efecto, Pommeferre era de la casa del duque de Parma, é hizo anunciar al señor Giovanni que le buscaba un criado del duque, que acababa de llegar de Parma.

Como esto nada tenía de extraño, Giovanna le recibió.

CAPITULO II

EN QUE POMMEFERRE EMPIEZA Á HACERSE UN PERSONAJE IMPORTANTE

Giusseppina acompañaba á Giovanna.

Pommeferre clavó el ojo en Giusseppina: le pareció muy bien.

—Veremos—dijo—con cuál de las dos me conviene cargar mejor, si con Petrilla ó con este angelito.

Y á seguida añadió en voz alta, dirigiendo su palabra á Giovanna, á quien distinguió por su aspecto altivo y aseñorado:

—Traigo para vos expresamente un mensaje de su alteza doña Isabel Farnesio.

El acento extranjero que habfa recargado Pommeferre hizo verosímil á Giovanna aquella audaz aseveración.

—Hablad—dijo.

—Es un mensaje muy importante y muy reservado—replicó Pommeferre.

—Señor Giuseppe—dijo Giovanna—, hacedme el favor de salir.

Giusseppina salió.

Giovanna y Pommeferre se quedaron en el antedespacho de Alberoni, que tenía un balcón que daba sobre el jardín.

—Señora mía—dijo Pommeferre, sin causar gran extrañeza á Giovanna el que conociese su sexo, puesto que se llamaba enviado de Isabel de Farnesio; señora mía, yo no puedo permitir seáis víctima de una baja intriga, de la cual es cómplice el abate Alberoni.

—¿Qué decís?

—Lo sé todo—contestó imperturbable Pommeferre.

—Pero ¿qué es lo que sabéis?—preguntó ya algo cuidadosa Giovanna.

—Sé que os habéis enamorado ó estais á punto de enamoraros de cierto pícaro disfrazado con el uniforme de oficial de la Guardia Walona del rey.

—¡Cómol—dijo poniéndose vivamente enfrente Giovanna.

—Hace un momento acaba de salir de aquí, después de haber permanecido una hora larga, Perico Perea.

—¡Perico Perea!—dijo con extrañeza Giovanna.

—Yo no puedo llamar más que Perico al antiguo correo de la vieja y ridícula princesa de Tilly.

—Pero yo no os comprendo: ¿qué decís?—exclamó Giovanna.

—Digo que ese oficial es una persona baja, comparada con vos: que nada tiene de extraño os hayais equivocado, porque al fin un oficial es un caballero; pero en tiempos de guerra se ganan los grados á cuchilladas: basta con ser valiente; pero se puede ser al mismo tiempo valiente y pícaro.

—Pero... ¿quién sois vos? ¿por qué me decís eso? De seguro á vos no os envía la princesa de Parma.

—Francamente, señora—dijo Pommeferre,

viendo que había interesado ya bastante á Giovanna para poder decirle la verdad—: jamás he estado en Parma, y por lo tanto no me envía vuestra señora; me envió yo mismo.

—Pero, ¿quién sois vos?

—Criado de su alteza la señora abadesa de las Ursulinas de París, con la cual cenásteis anoche.

—¿Y esa señora os ha dicho que yo soy una dama? ¿esa señora os envía?

—Ya os he dicho que me envió yo solo: ahora quien me ha dicho que vos sois no un paje, sino una dama, ha sido el abate Alberoni.

—El abate Alberoni!

—Sí, señora; sin saber que me lo decía.

—Explicaos.

—El abate Alberoni y Perico Perea han almorzado juntos en la hostería del Obispo, y yo he asistido á su conversación por medio de un agujero abierto en el tabique de una habitación inmediata.

—¡Ahl y habeis oído...

—Que se conspira contra vos y contra mi señora.

—¿Cómo!

—Sí; Perico Perea se ha obligado á hacerse amar de vos y de su alteza.

Giovanna se puso pálida.

—¿Y á qué fin?—dijo gravemente.

Para servir al abate Alberoni, que no ve claro respecto á mi señora, y que acaso no ve claro tampoco respecto á vos.

—¿Y es esto todo?

—Os he avisado, porque creía debía avisaros, señora, como avisaré también á su alteza.

—Hareis bien no creía yo fuese tan torpe Alberoni: ¿tendréis inconveniente en ponerme en relaciones secretas con la señora abadesa de las Ursulinas, vuestra ama?

—Ninguno, señora; yo estoy seguro de que su alteza se alegrará de ello: ahora bien, ¿queréis tomar un consejo mío?

—Hablad.

—Creo que después de lo que sabéis, si habéis sentido alguna inclinación hacia Perico Perea, os habreis curado.

—¡Oh! de todo punto: no sospechaba yo que fuese un infame; aunque había comprendido que estaba mal educado, lo atribuí á las costumbres de campamento.

—No, no, señora: las costumbres de Perico Perea no son de soldado, sino de lacayo—dijo Pommeferre recargando la frase.

—Bien, bien, os doy las gracias—dijo Giovanna, que estaba visiblemente alterada—; idos para que por vuestra larga permanencia no sospechen los criados.

—¿Y cómo podré volver á veros, señora, si es necesario.

—Venid acá—dijo Giovanna llevando al balcón á Pommeferre y señalándole la tapia del jardín: ¿veis aquel postigo?

—Sí, señora.

—Al lado hay una casilla: esa casilla tiene una reja que da á la calle de las Huertas, junto al postigo: por la noche, tarde, hacedme una señal cualquiera.

—Yo toco muy bien la guitarra, señora.

—Pues bien, una señal con la guitarra.

—Pero ahora recuerdo que no os he dado mi consejo.

—¿Y cuál?

—Engañad á Perico Perea; que no conozca que le conocéis,

—¡Oh, bien, sí, por supuesto! Acerca de eso ya nos entenderemos vuestra señora y yo; ofrecedla mis respetos; idos.

Pommeferre salió murmurando:

—Por esta parte ya dejamos cargada una mina; adelante; estoy en mis glorias; aventuras se vienen encima; y aquella chiquita, morena, con los ojos tan relucientes... ¡Y están perfectamente disfrazadas, diablo! Con sus pelucas y sus casacas negras parecen dos pajecillos de catorce á quince años; y como esos italianos son tan afeminados, quién ha de creerlos mujeres; de la misma manera que ellas parecen dos muchachos, parecerían mujeres y enamorarían dos italianillos guapos vestidos de mujer... Pero son las once y mi señora nos estará echando mala fama; vamos á concluir para volvernos.

Y Pommeferre, que llegaba junto á la puerta de la hostería, se entró en ella.

Al llegar á la puerta de su aposento, sorprendió metidos en una agria disputa á Malegarde y á Simón.

—¡Por vida de tantos y cuantos—decía este último—que á mí nadie me ataja el paso! Estoy tardando, y me expongo á que me arresten; me quedé enfermo en Barcelona cuando salí de allí el regimiento, y traigo el itinerario marcado.

—Con que descalces á tu caballo sales del apuro; y en fin, lo dicho; no te vas hasta que llegue mi compañero Pommeferre.

—Es que si yo meto mano á la de cinco pal-

mos, te hago que te quites de la puerta más pronto que quieras.

—¡Qué has de hacer tú, animal, si no sirves más que para soplarle la mujer á aquel pobre diablo de marido y emborracharte como una cubal

—Poco á poco, no tengamos algo serio; no hay que tocar á la honra de mi prima, que es una buena mujer, y por ella pelearía yo con mi abuelo.

—Pues más vale así—dijo entrando Pommeferre—. ¿Qué es lo que aquí pasa? ¿Por qué estáis los dos el uno frente del otro como dos gallos ingleses?

—Ya ves tú—dijo Malegarde—; quiere irse...

—¿Y por qué no he de irme?—dijo Simón.

—¿Por qué?—dijo dejándose caer Pommeferre—. Porque vamos á almorzar, estúpido.

—¡Ah! Eso es otra cosa—dijo Simón—; por supuesto, que así que almorcemos, me dejaréis ir.

—Pues ya lo creo; para qué diablos te queremos—dijo Pommeferre.

Y luego añadió á voces:

—¡Eh! ¡Chinchilla! ¡Chinchilla del diablo!

Apareció el camarero.

—Vamos á ver, ¿qué te se debe?

—Nada; con lo que habéis pagado podéis estaros aquí hasta la noche.

—Y dime tú, ¿qué nos podrás dar de almorzar por dos ducados, entrando el vino?

—No podrá ser un almuerzo como el que he servido en el cuarto de al lado.

—¿Al abate y al oficial?

—Pues ya.

—¿Y cuánto ha aflojado el abate?

—Cuarenta ducados.

—¿Y se ha ido ya?

—Se fué poco después de haberse ido el oficial.

—Vamos á ver qué almorzaremos nosotros—dijo Malegarde.

—Una buena sopa con huevos—contestó Chinchilla.

—Eso es muy poco, eso es un robo—dijo Pommeferre.

—No he concluído aún—respondió flemáticamente Chinchilla—; después de los huevos una fritada de jamón y chorizo.

—Eso ya es algo—dijo Malegarde—, ¿y qué más?

—Una ensalada de apio—dijo Chinchilla.

—Te se olvida la sangre de Cristo—observó Malegarde.

—Botella y media del de Aragón.

—Poco es—dijo Pommeferre—; pero adelante; basta conque podamos rociar el almuerzo, que tampoco conviene que la cojamos: eso es bueno pero antes de dormir y cuando nada hay que hacer; conque por el aire el almuerzo: lo entiendes, Chinchilla, que estamos haciendo falta en otra parte.

—Al momento—contestó Chinchilla.

Y se fué.

El soldado se quitó el cinturón, sin duda para dar más cabida al estómago.

—Conque somos amigos, wálon—dijo Pommeferre, poniéndole una mano sobre el hombro.

—En no tocándome á mi prima—contestó el soldado—, amigos hasta la pared de enfrente.

—Palabra de hombre de bien, Simón—dijo Pommeferre—: ¿no tienes tú nada que ver con tu prima?

—En volviendo á eso, se acabaron las paces—contestó hosco el soldado.

—Como está tan gordita y tiene tan relucientes los ojos—dijo sonriendo picarescamente Malegarde—, y como el marido es un avestruz viejo...

—Pues así y todo le quiere mi prima que se muere por él; como que la pobrecilla es una inocente y no ha tenido otros amores.

—Pero hombre—dijo Pommeferre—: si el maestro de escuela parece una lechuza.

—¿Y quién sabe por lo que quiere una mujer á un hombre?—dijo Simón.

—También es verdad—dijo Pommeferre.

—¡A ver; paso á la sopa!—dijo Chinchilla, que conocía que trataba con gente de su mismo pelo, y se espontaneaba con ella.

Traía en las dos manos, sobre una bandeja, una gran marmita llena de sopas, cubiertas con una capa de huevos frescos: en el brazo izquierdo un mantel, y en el derecho una cesta con dos botellas, pan y cubiertos.

—A ver si uno extiende el mantel sobre la mesa, que yo no puedo valerme—dijo Chinchilla.

Pommeferre tomó el mantel y le extendió sobre la mesa.

—Mereces—dijo á Chinchilla, que puso sobre el mantel la marmita—, que te se dé una buena propina: no parece sino que han hecho las sopas por arte de magia.

—¡Qué!—dijo Chinchilla, acabando de servir la mesa—; si es que tenemos aquí, de paso, á un canónigo de Illescas, con su ama y dos so-

brinas, y el almuerzo que estaba ya hecho para ellos, lo he tomado yo para vosotros.

—Has hecho bien—dijo Pommeferre—; el canónigo, como no tiene nada que hacer, puede esperar: ¡eal! y lárgate por la fritada y por la ensalada.

Se sentaron los tres, y la emprendieron con la sopa.

—Pues son de ajo y de almendra tostada—dijo Pommeferre.

—Y con nuez moscada y picadillo de ave—dijo Malegarde.

—Y los huevos parecen de pava, Dios los bendiga—exclamó Simón, tragándose de una sola vez uno.

—En tu vida has comido tú unas sopas como éstas—dijo Pommeferre.

—Rancho de alubias y arroz con agua y sal—dijo Simón—; y con esto ha habido bastante para que le ganemos una corona al rey nuestro señor.

—Pues si eres hombre agradecido—dijo Pommeferre—, porque te hemos dado una vez bien de comer y para que te demos otras muchas, debes servirnos.

—Aquí está la fritada y una ensalada—dijo Chinchilla—, salpimentada y acondicionada con tres arencones asados, de Laredo, que no los come mejores, ni el preste Juan de las Indias.

Y puso los dos platos que traía en una bandeja, sobre la mesa.

—Allá va un real de propina—dijo Pommeferre—, y vete y no vuelvas á parecer en todos los días de tu vida.

Chinchilla se fué después de dar expresivamente las gracias por su generosidad á Pommeferre.

—¿Conque tú estás dispuesto á servirnos?—dijo éste dirigiéndose á Simón cuando hubieron quedado solos.

—¿Y en qué tengo que servirlos?

—¿Es de tu escuadrón el teniente Perea?—dijo Pommeferre.

—De mi escuadrón, de mi compañía y de mi mitad—dijo Simón—; y buen pez está el teniente Perea: en cogiendo él una baraja en las manos, á su abuelo lo desnuda; y en cuanto á terne, ¡bah! no hay que decir, todo el mundo lo teme: ¡y las mozas! se mueren por él; pero no le queremos mucho, porque por una correa que no esté bien limpia en la montura, ó por un poquito de pelo que no tenga sentado el caballo, mete mano

al chatarote, y allá va un hombre como un castillo por quince días al hospital.

—¡Sí, el que nace malo, malo muere!—dijo Pommeferre—; pues mira, muchacho, es menester que te entiendas tú con el asistente de Perea.

—¿Y para qué?

—Dile tú que unos buenos mozos tienen que hablar con él, ¿sabes? ¿Y es listo el asistente de Perea?

—Yo no sé si tendrá el mismo: el que tenía era un andaluz más listo que Cardona; yo podía ser su asistente, porque el teniente dice que yo soy muy hombre de bien, incapaz de sisarle un cuarto del gasto; pero yo no he querido, porque así se me corta la carrera; y más, que el capitán, que me quiere mucho, me dijo en Barcelona, un día que fué de visita de hospital, que cuando yo volviese á Madrid me haría cabo.

—¿Y por qué estabas tú en el hospital, muchacho?—dijo Malegarde.

—Por una herida que se me había abierto.

—Vaya, hombre, bien—dijo Pommeferre—: eres un buen chico y valiente.

—Eso sí: ya saben en el escuadrón que no soy manco.

—Pues mira, si el teniente Perea vuelve á decirte que seas su asistente, acepta—dijo Pommeferre—y déjate de carrera, que ya te buscaremos otra mejor: nosotros dos hemos sido mosqueteros negros del rey de Francia y hemos tirado la casaca sin sentimiento, porque mientras se tira la casaca de encima está uno libre de que le pese el dinero en el bolsillo.

—¿Y qué seré yo cuando no sea soldado?

—¡Quién sabe, hombre, quién sabe! Pero lo que yo te aseguro es que has de tener más dinero que el que ahora tienes.

—Vaya, pues bueno; con que yo le diga al teniente Perea que por la pícara de la herida me viene grande el servicio y que quiero meterme de asistente con él, le pega una paliza al que tenga para despedirle, y me toma á mí.

—Pues mira—dijo Pommeferre—, en cuanto seas asistente de Perea, te vas al marido de tu prima y se lo dices, que él me avisará á mí; y desde que seas asistente de ese mozo puedes contar con media docena de ducados al mes para tabaco.

—Pues no hay que hablar más: mañana estoy en casa del teniente Perea; y me alegro, porque yo no sé cómo se la busca el teniente, pero en su casa se come muy bien.

—Pues ve tú ahí, Simón—dijo Malegarde—: por todas partes vas ganando.

—¡Qué buenos que están estos arenques!—dijo Simón—: espero que no será la última vez que comamos juntos.

—Pues por supuesto, hombre—dijo Pommeferre—; y no sabes tú todavía lo que es comer bien y divertirse: haz lo que nosotros te digamos, y ya te alegrarás.

—Pues no hay más que decir; y andando—dijo Simón levantándose, porque se había acabado el almuerzo, y tomando su espada y ciñéndose la—: me voy a presentar en el cuartel; luego, así que haya despachado al caballo, me iré a buscar al teniente Perea; no siento más que separarme de "Avispa" y que se lo den a otro: los dos nos queremos; como que juntos hemos hecho tres años de campaña; y si yo tuviera dinero, lo compraba al escuadrón; porque el pobre ha cerrado ya, tiene alifafes y lo podrían dar por inútil. ¡Si viérais lo que se quiere a un caballo cuando le ha sacado a uno de más de un peligro con vida!

—¡Hombre!—dijo Malegarde—: si nos las querrás echar de soldado viejo, recluta, a nosotros, más queteros veteranos.

—Una palabra—dijo Pommeferre—: si nos eres leal, compramos a "Avispa" y te lo guardamos para cuando nos hayas servido.

—Pues eso era lo mejor que podáis ofrecermelo—dijo Simón—: no hay que hablar más, y adiós; me voy a la posada de Manzanas a ensillar a "Avispa" y a irme al cuartel.

—Nos entenderemos por el marido de tu prima, ¿no es verdad?—dijo Pommeferre.

—Por supuesto—dijo Simón.

Y salió.

—Déjale que vaya delante, y luego nosotros recogeremos los caballos y nos volveremos a la quinta—dijo Malegarde—: la señora debe estar con mucho cuidado.

—No, ya me conoce y sabe que yo no cometo torpezas: vámonos, que ese ya va muy adelante, y con que nos metamos a tomar un vaso de aguardiente en cualquier taberna le damos tiempo para que ensille su caballo y se marche.

Pommeferre y Malegarde salieron y se metieron en una taberna de la calle de la Cruz.

—¿Y por dónde has andado esta noche, Pommeferre?—dijo Malegarde mientras tomaban el aguardiente.

—¡Bah! de aventuras.

—Apenas hemos llegado a Madrid, y ya tenemos con que divertirnos: yo he echado el ojo a la mujer del domine. ¡Sabes que es una buena moza, Pommeferre!

—Ya lo creo.

—Y que me parece que Simón no tiene nada con ella.

—Sí, pero ándate tú con cuidado, no disgustemos a Simón si sospecha algo.

—¡Bah, Antolín! pues no parece sino que no me conoces tú.

—Sí; pero te advierto, porque estamos en unos negocios de tal trascendencia, que los puede echar a perder cualquiera torpeza.

—¿Y qué negocio puede echar a perder que sea importante el que un soldado y yo nos demos de latigazos por una mujer?

—Malegarde, todas las intrigas tienen lutos, y a veces, al romperse el hilo que se tenía por más débil, se lleva a toda la intriga el diablo.

—¡Calla! ¡Con que hay grande intriga entre manos!

—¡Pues y ya lo creo! Figúrate que me he propuesto casar al rey nuestro señor con la princesa Isabel Farnesio, solamente por hacerle rabiar a la princesa de los Ursinos: vamos, no puedo perdonarla la parte que tuvo en la desastrada muerte de nuestro pobre amo M. de la Chaumiere; pero vamos, Malegarde, que ya no habrá en la posada de Manzanas ni recuerdos de Simón.

Salieron, llegaron a la posada, ensillaron los caballos, montaron, partieron al galope, y diez minutos después llamaban al portalón de la cerca de la quinta del marqués de Fuentes.

Pommeferre se presentó a doña Esperanza.

—Y bien, ¿qué has averiguado?—le dijo ésta.

Pommeferre le contó todo lo que le había sucedido la noche anterior; pero suprimió la relación de su entrevista con Petra Pica.

—Es necesario que compres una guitarra, Pommeferre—dijo doña Esperanza.

—Es verdad; para hacer seña al paje del abate Alberoni.

—Eso es: esta noche, antes de las diez, vienes a pedirme una carta que yo te daré para esa señora.

Pommeferre salió, montó a caballo, volvió a Madrid, compró en la calle de Toledo una guitarra, y se volvió con ella a la quinta.

CAPITULO III

DE CÓMO SALIÓ MEJOR LIBRADO DE LO QUE CREÍA
DE UN APURO, EL ABATE ALBERONI

Alberoni, después de haber salido de la hostería, se fué á palacio, esto es, á casa del duque de Medinaceli, donde habitaba el rey.

Se encontró en la antecámara con el padre Robinet, que estaba de muy mal humor.

—¿Qué os sucede, amigo?—le dijo Alberoni con la mala intención de un diplomático que conoce que no le salen bien las cosas á otro—; habéis pasado mala noche?

—¡Oh! sí, mi querido Alberoni—dijo Robinet—; me duelen mucho las muelas.

—¡Oh, qué desgracia!—dijo Alberoni—; eso debe haber sido un mal aire.

—Creo que sí: ¿y qué os sucede á vos, señor embajador, cuando por estas antecámaras y estas crujías os coge un mal aire?

Alberoni se puso serio.

—Me da dolor de cabeza—dijo.

—Pues que empiece á doleros la cabeza—contestó Robinet.

—¿Y por qué?

—Porque el rey ha llamado impertinente al abate de Estrés, que está que brama.

—¿Y de eso os duelen las muelas, señor Robinet?

—Os diré, señor Alberoni: cuando se me quejó el abate de Estrés de que el rey acababa de llamarle impertinente, me sentí así como amagado, porque esta destemplanza del rey con el abate de Estrés, significa que el favor de la princesa crece.

—O que el rey tiene celos, como en otro tiempo, del abate de Estrés.

—¡Cál! ¡no! la princesa no hace caso del abate, y ésta es una fortuna; porque si Ana María le aceptase, tal vez se pondría de parte de ella, procuraría engañarnos, y tendríamos un enemigo más á quien combatir.

—Y si no sentisteis más que un amago cuando supisteis lo del abate de Estrés, ¿cómo es que os ha sobrevenido seriamente el dolor de muelas?

—¡Ahl el rey me llamó, y después de hablarme del tiempo, lo que es muy mala señal, porque cuando el rey habla del tiempo, es porque tiene algo grave que decir y no se atreve, me pueguntó:

—¿Creéis, padre Robinet, vos que conocéis mi

conciencia, que estoy perfectamente en paz con ella?

—Yo creo, señor, que vuestra majestad obra cuanto bien puede—le respondí.

—Bien, bien—me dijo—; ¿pero no creéis que yo pudiera obrar mejor?

—Vuestra majestad, señor, como cristiano, no es uno de aquellos pecadores que puedan inquietarse por la salvación de su alma—le contesté.

—Pero bien, decidme, señor abate: vos que conocéis mi conciencia, ¿no creéis que tengo yo alguna deuda que pagar?

—Si vuestra majestad—dije, procurando escarmarme—tiene alguna deuda para con Dios ó para con los hombres, estoy seguro de que la pagará.

—Sí, sí, es cierto, la pagaré—dijo el rey con disgusto, porque yo había esquivado la cuestión—: bueno días, señor Robinet.

Y me volvió la espalda.

—¿Es fundado ó no mi dolor de muelas?

—Tan fundado—dijo Alberoni—que ya me empieza á mí á doler la cabeza.

—Me parece que nos despiden, amigo mío—dijo el padre Robinet—; esa mujer tiene demasiada influencia sobre Felipe V; ya se lo habia yo dicho á madame de Maintenon: llegará día en que os arrepentiréis de haber protegido de tal manera á la señora de los Ursinos.

—¡Bah, padre Robinet! la Maintenon no envió á la señora de los Ursinos á Madrid, ni antes, ni ahora, por protegerla á ella, sino por protegerse á sí misma, por echarla fuera de la corte de Versalles, porque de no, Luis XIV hubiera sido para la princesa lo que ha sido Felipe V: un instrumento.

—¡Ehl poco á poco, amigo Alberoni; no creáis tan instrumento de la princesa al rey, ni creáis posible que el gran Luis XIV se hubiera dejado envolver por las artes satánicas de esa Circe engañadora.

—No os acaloréis, padre Robinet, que nos miran y se hacen comentarios; ¿pero por dónde anda el abate de Estrés que no le veo, y á estas horas está él siempre aquí, al olor de la señora de Malpica? ¿querréis decirme lo que existe entre la señora de Malpica y el abate de Estrés?

—Intrigas, mi querido Alberoni.

—¡Intrigas!

—Sí; aquí todo el mundo intriga: yo ¡no conozco una corte más intrigante que la del señor rey Felipe V; ¡qué, si intrigan hasta los perros de su majestad!

—¡Cómolo ¿qué?

—Pues qué, ¿no sabéis? En la última caza del Pardo, un perro dió ocasión á que la princesa se encontrase á solas con vos, que cuidáis mucho de que no os vean hablar con la princesa.

—¡Ah, sí! un perro que para intrigar, se dejó herir por un jabalí—dijo Alberoni.

—Sí; aquí se intriga de una manera heroica—dijo el abate Robinet—; persona hay aquí capaz de perder la vida por una intriga; la verdad es que la princesa y vos, á pretexto de compasión por el pobre perro, que tenía las entrañas de fuera, os quedasteis atrás y solos.

—¡Ah! yo creo que aquí la intriga se hace incomprensible, más que por lo que se hace, por lo que se supone que se hace: quién me diera á mí tener una intriga á mano para alejar durante cinco minutos á la princesa del rey.

—¡Ah!—dijo el padre Robinet—; pues el abate de Estrés os sirve sin saberlo: allá ha ido á encerrarse con la princesa, á pedirle explicaciones de por qué le ha llamado el rey impertinente: y ya sabéis que cuando se le hiere el amor propio al buen abate de Estrés, no acaba nunca; ya tiene para dos horas entretenimiento la princesa.

—¡Ah, ah! pues dispensadme, os dejo; me aprovecho de la ocasión; necesito ver urgentemente á su majestad.

—Id, id—dijo Robinet—; yo me marchó á hacerle una visita al prior de Atocha: procurad curaros de vuestro dolor de cabeza; á ver si yo me alivio de este dolor de muelas.

—Espero que por la entrevista que voy á tener con su majestad, y gracias á Estrés, que nos entretiene á la princesa, los malos aires se convertirán en buenos para nosotros.

—Pues id, id, no perdáis tiempo—dijo Robinet.

Alberoni se hizo anunciar al rey, que le recibió demasiado serio.

Felipe V estaba visiblemente disgustado.

Todo consistía, en que aquella mañana, una diputación de la grandeza había ido á manifestarle el ardiente deseo que sentían sus reinos porque contrajese un nuevo enlace.

Felipe V les contestó con generalidades, y cuando se fueron exclamó:

—No me dejarán en paz.

Acertó á entrar entonces el abate de Estrés; no comprendió que el rey estaba de mal humor, se atrevió á insinuarse en contra de Orrí, que

era lo mismo que insinuarse en contra de la princesa, y se tragó estas palabras, que Felipe V le soltó en seco:

—Sois un impertinente, señor abate de Estrés.

Y como Felipe V le volviese la espalda, el abate de Estrés salió de la cámara como un toro agarrochado, y se fué á pedir una explicación á la princesa, acerca del mal humor del rey, que continuaba cuando entró Alberoni.

—Y bien, abate—le dijo Felipe V, con un disgusto tan marcado, que Alberoni se creyó autorizado para decir:

—Perdóneme vuestra majestad, señor, si le importuno.

—No, vos no me importunáis—dijo Felipe V—; me duele un poco la cabeza.

—¡Ah!—exclamó para sí Alberoni—, por aquí también duele la cabeza.

Y luego añadió alto:

—¡Qué desgracia, señor!

—Ello pasará—dijo el rey—. Pero ¿qué queréis? Os he recibido únicamente, porque quien me suplicaba audiencia era el embajador de Parma. ¿Traéis algún encargo para mi de vuestro soberano?

—No, señor; pero no he podido excusarme de aceptar un encargo para vuestra majestad de una persona real.

Alberoni sudaba. Estaba ya dentro del compromiso en que le habían metido.

—¿De una persona real, reinante?—dijo Felipe V.

—No, no, señor; yo no puedo hacerme cargo de misión alguna de persona reinante, no siendo su embajador.

—No comprendo, y por lo mismo extraño...

—En efecto, señor, es muy extraño lo que me sucede.

—Pero concluyamos, señor embajador, concluyamos. ¿No ois que me duele la cabeza, y sólo os he recibido suponiendo que tendríais que decirme algo de parte de vuestro soberano?

Aquella insistencia del rey en encontrar un encargo del duque de Parma en Alberoni, se hizo reparable á éste.

—¿Si estaré más adelante de lo que podía suponer en la misión que se confiaba?—dijo para sí Alberoni.

Y para salir de una vez de la situación, ó mejor dicho, abordándola de frente, sacó la carta de doña Esperanza y la entregó al rey.

—Suplico á vuestra majestad—dijo—, lea esta carta, que para vuestra majestad me entregó anoche una alta dama.

El rey tomó con extrañeza la carta, la abrió, y vió que decía:

“Señor y primo: He llegado: cierto es que vuestra majestad no sabía que yo había de llegar; pero en fin, he llegado: estoy en la quinta del marqués de Fuentes, con quien os suplico no os enojéis por haberme dado hospitalidad guardándoos un secreto. Tengo que comunicar á vuestra majestad importantísimas cosas de parte de su augusto abuelo el señor rey de Francia. Soy un embajador secreto; porque tal anda la intriga en la corté de vuestra majestad, que los embajadores reconocidos se ven envueltos, se extravían, no sirven: me valgo del abate Alberoni para que esta carta llegue á manos de vuestra majestad.—Soy, señor, con el más profundo respeto humilde servidora y prima de vuestra majestad, cuya vida guarde Dios muchos años, doña Esperanza de Austria.”

Y por bajo, como reparando un olvido, se leía:

“Se me olvidaba encargar á vuestra majestad se valga del abate Alberoni para que le conduzca donde yo me encuentro. Esta noche á las doce os espero. Engañad lo mejor que podáis á la princesa de los Ursinos. Crea vuestra majestad el consejo de una mujer: buscad un pretexto para enojaros con la princesa, de manera que ésta no pueda creer que ha caído en desgracia. Salid después recatadamente, y de este modo es muy posible que la princesa no sepa que habéis pasado fuera de palacio, y aún de Madrid, algunas de las altas horas de la noche. Excusadme el haber partido en dos esta carta. Teñgo la cabeza tan llena de cosas, que no es extraño en mí un olvido, y además adolezco de una grande indolencia, lo que me impide rehacer esta carta.—Me repito vuestra servidora y amante prima de vuestra majestad, doña Esperanza.”

Se le quitó al rey el dolor de cabeza, y se encontró en una situación que no podía explicarse.

En la carta de doña Esperanza, ó por mejor decir, en las cartas, había al mismo tiempo audacia, confianza y ternura. ¿Qué quería decir aquello de “engañad lo mejor que podáis á la princesa de los Ursinos:” ¿Pues qué, el rey, para salir de palacio, tenía necesidad de engañar á la princesa? Esto era lo mismo que decir: la princesa para vos es temible; necesitáis guardaros de ella. Y esta opinión, en una persona

tal como doña Esperanza, que venía de Versalles, y se llamaba embajadora secreta de Luis XIV, era demasiado grave.

—¿Conocéis el rango de la persona que os ha entregado esta carta?—dijo el rey guardándola en un bolsillo interior de su casaca.

—Sí, señor; es la abadesa de las Ursulinas de París.

—¿Y no sabéis más?

—Yo no puedo engañar á vuestra majestad ocultándole lo que sé, porque esa ilustre señora me lo ha revelado.

—Hacéis bien en no engañarme, señor abate: tan indigna es la mentira en un buen sacerdote, como en un hombre de honor; y yo os creo lo uno y lo otro.

—Gracias, señor.

—Pero decidme, no estéis equivado, la verdadera posición de esa dama.

—Según su alteza me ha dicho, es doña Esperanza de Austria, hija bastarda reconocida del señor rey don Carlos II.

—En efecto, señor Alberoni—dijo marcando sus palabras el rey: ¿y no habéis podido adivinar por qué mi ilustre prima ha hecho tal confianza de vos?

—Esa confianza, señor, me ha sorprendido y me ha agobiado, porque, á la verdad, yo no sabía cómo vuestra majestad acogería mi extraño mensaje.

—¿Y cómo había de acogerle viniendo de quien viene, sino muy bien, señor Alberoni?

—Me felicito por no haber desagradado á vuestra majestad.

—Concluyamos, señor abate—dijo el rey—. Esta noche antes de las doce estad con una carroza en el Prado de San Jerónimo, cerca de las tapias del jardín de palacio; procurad que no haya inconveniente en que nos franqueen la puerta de Alcalá. Creo que á la quinta del marqués de Fuentes se va por la puerta de Alcalá.

—Sí, señor.

—Pues hasta las once y media, señor embajador.

—Guarde Dios á vuestra majestad.

Alberoni salió muy contento, porque había escapado mejor de lo que creía; pero muy pronto se le nubló el gozo.

Recordó que el rey había aceptado con placer la cita de doña Esperanza.

—¿Seré yo el juguete de una hábil intriga? ¿Yo que he venido para procurar el matrimonio

del rey con mi señora, serviré de torpe instrumento para que se case con otra, tal vez con esa misma doña Esperanza? ¡Oh! esto sería demasiado; y quién sabe, quién sabe si es necesario estar alerta.

Alberoni se fué cuidadoso á su casa, y se encontró con Giovanna, que estaba gravemente triste.

—¿Habrá cometido alguna imprudencia don Pedro Perea?—dijo para sí Alberoni.

Pero no pidió explicación alguna á Giovanna, y para excusarse de explicaciones, provocadas tal vez por ella, pretextó que se sentía indispuerto, y se metió en su cuarto.

CAPITULO IV

DE CÓMO EL REY ENGAÑÓ UNA VEZ Á LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Apenas se quedó solo Felipe V se fué á uno de los portiers de una puerta de su cámara con la expresión de cuidado de quien teme haber sido espiado.

Pero no vió á nadie.

Recorrió rápidamente algunas habitaciones interiores, y las encontró completamente solitarias.

—¡Ah!—dijo—; no me ha acechado, á pesar de que he estado hablando con el embajador de Parma. Esta dependencia que no me atrevo á romper, se me va haciendo demasiado enojosa: parece que el verdadero rey lo es la princesa; en verdad, la debo mi corona, la amo, y sin embargo, esto se me hace duro; me parece que hay en Ana María más ambición que amor hacia mí. no sé por qué me acomete esta idea con tanta frecuencia y me mortifica; estoy celoso... ¿y de qué?... irritado... ¿y de qué?... ¡Ah!... no es posible que Ana María se haya propuesto ser reina: esto sería demasiado; uná inconcebible de bilidad que oscurecerá mi nombre en la historia. ¡Ah, no, nol ella lo comprende bien, y de seguro ni aun ha pensado en tal cosa; son recelos míos: recelo de todo; me han hecho tantas traiciones, que no es mucho esté tan receloso; y es extraño que Ana María no se me haya hecho la recién llegada apenas salido de la cámara Alberoni; algún grave negocio debe ocuparla; ¿pero qué grave negocio es el que la ha impedido estar cerca de mí durante la audiencia?

El rey se sintió inquieto; tuvo celos. Celos que

le mortificaban, porque punzaban su vanidad; y, sin embargo, una voz íntima le decía:

—La princesa no es para ti la amante que tú sueñas.

Para el que ama mucho, esta sola idea es un tormento infinito; y Felipe V amaba con toda su alma á la princesa, lo que no impedía le excitase fuertemente la hermosura de otras mujeres.

El rey estaba en una cámara más allá de su dormitorio.

En aquella cámara empezaba un pasillo que conducía á las habitaciones que tenía en el convento de capuchinos del Prado la princesa.

Por dos veces el rey se movió hacia la entrada de aquel pasillo; pero se contuvo; le causaba rubor el ponerse en la indigna situación de acecho.

Sin embargo, los celos vencieron la repugnancia que sentía.

Abrió la puerta del pasillo y le recorrió.

Era largo y tortuoso.

Al fin de él había una puerta.

El rey llegó á ella y empujó.

Pero la puerta resistió; estaba cerrada por dentro.

Esto irritó é indignó á su majestad.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué tomaba precauciones la princesa? ¿Temía ser sorprendida?

El alma de Felipe V se puso completamente negra, y sintió fuertes tentaciones de llamar ruidosamente á aquella puerta; pero se contuvo; esto no era digno.

Se volvió irritado, sombrío y en paso rápido á la cámara, y llamó.

Se le presentó un gentil hombre.

—Que llamen á Lasalle—dijo.

Lasalle era un ayuda de cámara del rey, en quien éste tenía una gran confianza.

Lasalle se presentó al momento.

—Necesito de ti un buen servicio—le dijo el rey.

—Mandad, señor—contestó Lasalle.

—Y además del servicio, una gran reserva.

—Creo que no he faltado jamás á la confianza con que vuestra majestad me favorece.

—Es cierto; pero nunca te he dicho una cosa tan grave como la que voy á decirte; necesito que averigües lo que pasa en el cuarto de la princesa; quién está con ella; vete por el otro lado; observa sin que nadie lo note.

—Eso es difícil, señor; la princesa tiene una servidumbre muy adicta.

—Es verdad—dijo con viveza el rey, contrariado por la observación de Lasalle—, la princesa está mucho mejor servida que yo.

Lasalle guardó silencio, pero se entristeció visiblemente.

—No, no lo digo por ti—se apresuró á decir el rey—; tú me sirves con toda tu alma.

—Y con toda mi vida, señor—dijo ardentemente Lasalle.

—Lo sé, lo sé—dijo el rey—; anda, anda y haz lo que puedas; cuando hayas concluído de observar, ven á decirme lo que hayas observado.

Lasalle salió.

Felipe V, solo, aburrido, esperó una hora que tardó en volver.

—Y bien—le dijo el rey—, ¿qué sucede?

—Sucede, que la princesa ha estado encerrada dos horas con el abate de Estrés.

—¡Con su enemigo!—exclamó el Rey—. ¿Pues qué, se ha olvidado ya la princesa de la mala pasada que le jugó en otro tiempo el tal abate? Tan mala, que se vió obligada á dejar mi corte; esto es incomprendible.

El rey se había puesto ceñudo.

Recordó que el abate de Estrés había sido amante de la princesa, y que en 1705 había tenido gran parte en la desgracia de la princesa una cuestión de celos de Estrés.

—Importa, señor—dijo Lasalle—que yo me retire; porque la princesa sabe que yo he estado en su cuarto, y de seguro no tardará en sobrevenir.

—Sí, sí, vete—dijo Felipe V.

—Lasalle salió.

Apenas se había cerrado la puerta que conducía á la antecámara, cuando se abrió otra de las de la cámara, y entró pálida, trémula, colérica, la princesa.

Atravesó la cámara pasando por delante del rey sin mirarle, aseguró por dentro la puerta que conducía á la antecámara, se volvió, y al pasar junto al rey, y sin detenerse, le dijo con el acento imperativo de una reina que manda á un vasallo:

—Seguidme: no quiero que nadie oiga lo que tengo que deciros.

—Sí, sí, en efecto; yo también tengo que deciros mucho—contestó Felipe V siguiéndola.

Ana María se detuvo en la recámara, y se volvió tan de repente, que á poco el rey, que la seguía, tropieza con ella.

—¿Qué significa esto—dijo la princesa—: he-

mos llegado al caso de que me hagáis espiar por vuestros ayudas de cámara?

—Sí; desde que hemos llegado al caso de que vos incomuniéis vuestro cuarto del mío.

—No había necesidad de que escucháseis necedades de un hombre á quien vos habéis calificado hace dos horas, llamándole impertinente.

—¡Ah! el abate de Estrés.

—Justamente: el abate de Estrés.

—Con quien habéis estado encerrada dos horas largas.

—Muy á mi despecho, y por vuestra culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí por cierto: ya os dije que creía oportuno despediseis de vuestra corte al abate de Estrés.

—Hubiera ofendido, obrando así, al rey de Francia, mi augusto abuelo—dijo Felipe V—; el abate de Estrés me ha sido recomendado por él.

—¿Pero cuál es la misión del abate de Estrés cerca de vuestra majestad?

—Ninguna: respirar á beneficio de su salud los calientes aires del Mediodía.

—Eso os dice vuestro abuelo; pero no os dice la verdad.

—¡Cómo, señora! ¿Os atreveréis á desmentir delante de mí al gran rey á quien todo el mundo teme y respeta.

—Cuando se pretende herirme de muerte en el corazón—contestó con una brava entereza Ana María—me atrevo á todo; lo repito: el abate de Estrés ha venido aquí á hacer el oficio de espion; más aún, á meter la discordia entre nosotros.

—¡Ah! se engañáis: os habéis hecho demasiado recelosa; ¿qué interés puede tener mi ilustre abuelo en espiaros, cuando él es quien os ha puesto á mi lado; cuando confiando en vuestros talentos y en el afecto que supone en vos para mí, os mantiene á mi lado? ¿Queréis que os lea la parte referente á vos en la última carta que acabo de recibir de mi abuelo?

—¡Oh, sí! elogios, distinciones; lo supongo: esas son las flores con que se cubre la trampa de lobo; al mismo tiempo, ese noble rey que me pondera en sus cartas, me cerca de sechanzas.

—Estais muy mal prevenida.

—El gran rey, el león bravo está á merced de una mujer, de madama de Maintenon que se muere de envidia por la confianza que vuestra majestad me dispensa.

—Pues si conspira contra vos el abate de Es-

trés, ¿por qué os encerráis con él dos horas largas?

—¡Ah! ¡se descende á lo vulgar de los celos! —dijo con desdén la princesa—; yo creía por una parte, que ya no érais un niño; y por otra, que os he dado bastantes pruebas de amor; que he apurado por vos bastantes sacrificios, y que se comprendía que tengo ya demasiados años para reverdecer pasadas locuras.

Esta referencia indirecta de sus amores de otro tiempo con el abate de Estrés, irritó al rey en vez de calmarle.

—Las locuras —dijo— producen consecuencias cuyo influjo es á veces demasiado duradero.

—¡Oh! ¿qué es esto?—dijo la princesa levantándose del sillón en que se había sentado—; yo no puedo tolerar esto: me retiro.

El rey la asió.

—No, de ninguna manera, Ana María—dijo Felipe V, cediendo á la mágica influencia de la princesa—; no os retiraréis porque yo me queje: ¿pues qué, no tengo yo derecho á quejarme?

La princesa no contestó: permaneció vuelta de espaldas é inmóvil.

—Bien—dijo el rey ofendido—: llegará el caso de que devoremos nuestro cuidado, sin atrevernos á expresarle, por temor de disgustaros.

—Cuando se suponen indignidades en una mujer, esta mujer debe atajar cuanto antes tales suposiciones, á no ser que haya perdido de todo punto el sentimiento de la dignidad.

—Y bien: ¿qué pensaríais de mí si nada dijese?

—Pensaría que pensabáis de mí como debíais pensar: vos pedís frialdad de razón al amor, que es una locura.

—No; lo que le pido es confianza: aborrezco, detesto á ese abate de Estrés; ya os dije que le despidiéseis.

—No es fácil desairar de tal manera á mi abuelo, que le ha enviado para algo.

—No, por cierto: vuestro abuelo no le ha enviado; quien le ha enviado, ya os lo he dicho, ha sido madame de Maintenon, que se ha convertido en mi enemiga; y vos me amais muy poco cuando no os poneis en esta ocasión frente á frente de vuestro abuelo.

—¡Oh! eso sería demasiado violento.

—¿Y qué os importa? ¿De qué os ha servido vuestro abuelo? ¿Qué daño puede hacer os vuestro abuelo? ¿Creéis acaso que le debeis la corona? Os engañáis: lo que vuestro abuelo ha hecho ha sido

elegir vuestros estados en España, en Italia, en los Países Bajos, para combatir con Europa; os ha perjudicado; ha prolongado la guerra de sucesión; porque los holandeses, los alemanes, los ingleses y sus colonos los portugueses no era propiamente á vos á quien hacían la guerra, sino á Luis XIV: el archiduque, con sus propios recursos, ni aun hubiera podido incomodaros: en vez de haberos ayudado vuestro abuelo, vos le habéis ayudado con la tenaz energía de vuestros españoles, que prodigaban su oro y su sangre: Luis XIV ha procurado quedar bien después de la paz, sin cuidarse de si vos quedábais mal; los resultados hablan bien altos: mientras que la Francia ha aumentado en territorio con algunas provincias, vos habéis perdido los Países Bajos, habéis sido mermado en Italia; tenéis dentro de vuestra casa apoderados de Gibraltar á los ingleses, mal segura Cataluña, y gracias si habéis conservado las Baleares: ¿qué debéis á vuestro abuelo? ¿á vuestro egoísta abuelo? Pérdidas irreparables. ¿Y á quién debéis ser rey de España? A la lealtad, y no más que á la lealtad de los españoles.

—Y á vos, Ana María.

—¡A mí! Yo no hablo de mí: ¿cómo ha podido servir de nada, cómo ha podido seros leal una mujer que os traiciona, que se olvida de su decoro, y que ya en la vejez incurre en locuras... indisculpables en una joven? Adiós.

—Esperad.

—No, adiós: sois ingrato, egoísta como vuestro abuelo.

Y la princesa se desasíó del rey y salió.

—¡Ah, no, no! No me engaña—dijo Felipe V—; no se habla así cuando se miente.

Y respiró de una manera poderosa, fácil, como si se le hubiera aliviado el alma de un gran peso.

—Y bien—dijo justificando la calificación de egoísta que de él había hecho la princesa—: mi enojo me viene á las mil maravillas; de seguro Ana María se encierra á piedra y lodo en su cuarto, si no es que de la excitación se pone mala; por esta noche, tengo libertad... Mi prima doña Esperanza... la sacrificó la princesa; es verdad que doña Esperanza confió demasiado en sí misma, y la acometió con una rudeza imprudente. ¿Y á qué vendrá doña Esperanza? ¿Quién la enviará? Debe estar hermosísima.

El rey, que se había tranquilizado respecto á la princesa, sonrió y se frotó las manos pensando en doña Esperanza.

Comió muy bien, y después paseó á caballo hasta la noche, en que volvió á palacio.

Cenó también con muy buen apetito, después estuvo dos horas hablando con el sabio jurisculto don Melchor de Macanaz, que se retiró á las diez.

El rey se quedó solo, y aparentó que se recogía.

La princesa se durmió tranquila.

La habían dicho que el rey había comido bien, que había paseado contento, que había cenado muy bien.

Todo esto significaba que el enojo del rey y sus recelos habían desaparecido.

Había recibido además, y hablado durante dos horas, con don Melchor de Macanaz, que era uno de los amigos más adictos de la princesa.

Esta, que verdaderamente á causa de lo mucho que se había afectado, tenía algo de fiebre, se acostó á las diez, diciendo á sus damas:

—Estoy algo indispueta; pero un buen sueño me curará; mañana esto habrá pasado.

El rey estaba completamente libre, gracias á la ligera fiebre de la princesa.

Sin embargo, y por lo que pudiera acontecer, mandó á Lasalle cerrarse por dentro la puerta de comunicación.

Esto, si la princesa llegaba á aquella puerta, y la encontraba cerrada, no debía significar para ella, sino que el rey fingía un enojo que realmente no sentía.

Lasalle vistió al rey un precioso traje de seda color de violeta, le puso una capa oscura también de seda, y un sombrero liso.

Después, señor y ayuda de cámara se escurririeron por pasillos y escaleras excusadas, atravesaron el jardín, salieron por un postigo al Prado, y encontraron muy cerca una carroza.

El rey entró en ella, y Lasalle se volvió al jardín por el postigo, para esperar al rey cuando volviese.

CAPITULO V

POMMEFERRE VUELVE Á ANDAR DE AVENTURAS

Las puertas de Madrid se cerraban en aquel tiempo á las diez.

A las nueve, doña Esperanza que estaba maravillosamente vestida, llamó á Pommeferre.

Este exhaló un grito de admiración, ó por mejor decir, dos exclamaciones mayúsculas.

—¡Ah!... ¡Oh!...

Y se quedó con el pie levantado y la boca abierta.

—¡Mortal!—añadió.

Y se tiró de una oreja.

Doña Esperanza se echó á reír.

—¿Qué es eso?

—Perdonad, señora; pero... hay cosas que le hacen á uno irse del seguro.

—¡Ah, ya! Te parezo bien.

—Irresistible, señora.

—Pues me alegro, Pommeferre; porque tú eres hombre de buen gusto.

—¡Ah, señora! ¡Pobre rey!

—¿Cómo? ¿Qué?

—¿Pues para qué había de haberse divinizado de tal modo vuestra alteza, sino para dar un disgusto á su majestad?

—Eres el pícaro de los pícaros.

—Yo soy un pobre diablo—dijo suspirando Pommeferre.

—¿Has comprado la guitarra?

—Sí, señora.

—Pues vete con ella á Madrid.

—¡Ah, sí! Hay que puntear un poco.

—Sí, junto al postigo del jardín de la casa del abate Alberoni.

—¿Y á qué efecto?

—Para dar esta carta á la señora Giovanna Casti.

Y dió á Pommeferre una carta que estaba sobre la mesa.

—Veo que he de pasar la noche en Madrid.

—Y bien, ¿qué?

—Que anoche gasté todo el dinero que tenía.

—Abre aquella papelerera y toma.

No lo dijo á sordo, ni á manco, ni á lerdo doña Esperanza.

Dióle un latido el corazón á Pommeferre.

Ei latido de la avaricia.

Abrió la rica papelerera, vió un esportillo de palma, cerró los ojos y metió la mano, que se apresuró á esconder en uno de los profundos bolsillos de sus gregüescos.

Se había provisto para sus vicios lo menos por seis meses: había sacado la tripa de mal año.

Cerró la papelerera y se volvió como si nada hubiera hecho.

Doña Esperanza sonreía.

Sabía que la había robado Pommeferre; pero sabía también que los criados son tanto más leales cuanto más se dejan robar por ellos sus amos.

Es verdad que lo mismo sucede respecto á otras clases de gentes.

Los hombres, por lo general, cuidan mucho de aquello que les produce.

—Tú no eres torpe—dijo doña Esperanza.

—Es verdad contestó Pommeferre—; pero á veces peco de listo.

—A ver cómo desempeñas tu comisión.

—Pondré los cinco sentidos.

—Ea, pues vete.

—Hasta mañana por la mañana, señora, y que Dios dé á vuestra alteza muy buenas noches, y muy malas al rey, que así lo creo.

—Anda, anda, bribón.

Existía cierta confianza entre doña Esperanza y Pommeferre.

Esta no podía olvidarse de que siendo la beata Ursula había usado negramente de Pommeferre, haciéndole caer bajo la espada de monsieur de la Chaumiere, enamorándole y consintiéndole en una felicidad que fué para él un aura fresca y perfumada que tocó su frente y pasó para no volver.

Pero no había pasado el amor, y un amor inmenso, aunque contenido por el respeto y por la certidumbre de la imposibilidad de su logro, del corazón de Pommeferre.

Doña Esperanza sabía que podía decirle: "Pommeferre, ahórcate", segura de que Pommeferre se ahorcaría con placer. Le premiaba siendo para él comunicativa y afable.

Todo esto no quitaba el que Pommeferre, como hemos visto, abusase de su confianza y la robase.

Ya se ve: Pommeferre sabía que doña Esperanza era muy rica.

Lo primero que hizo Pommeferre en cuanto se encontró en su cuarto, adonde fué en busca de su sombrero, su capa, sus botas de montar, su espada, su daga y sus pistoletas, fué sepultar su mano en el hondo bolsillo de sus greñescos.

Pero, aunque cogió con afán, no pudo sacar de una vez todas las monedas que el bolsillo contenía.

—Esto es bueno—se dijo—: no me cabe tanto en la mano, y es que ahora no robo.

Contó, en fin, su dinero, y se encontró con cuarenta y cinco doblones de á ocho.

—Nada, está visto—dijo—: es una fortuna tener las manos grandes. ¡Pero, Señor Dios de mi alma, cómo se ha puesto doña Esperanza para

recibir al duque de Anjou, como le llaman en Versalles! Vamos, se me ha puesto la saliva espesa y amarga, y casi casi estoy por ponerme en medio del camino, esperar al señor rey don Felipe y dejar vacante el trono de España. Pero ¡bah! ¡Qué, si ella está que bebe los vientos por el duque de Maine, y el duque de Maine se va á volver tísico si no se casa pronto con ella! ¡Qué lástima que en vez de ser bastardo legitimado no fuera príncipe legítimo de la sangre, para que le envenenara el duque de Orleans! ¡Pero, bah! el viejo rey Luis está muy contento con ella... y aun creo que muy enamorado: ¡bah! y la casará, y ella no estará por aquí mucho tiempo, no sea que se le rompa la hiel á su duque de Maine; pero yo soy un estúpido: ¿no confía ella en mí? Tengo más que embestir por todo, y salga el sol por Antequera, como dicen los españoles... Vamos, Antolin, déjate de tentaciones: capaz sería ella de aguantarse y consentirte, si á tal te atrevieras, y llevarte á París y contárselo al grande hombre... y, vamos, no pensemos en esto: estoy ya sintiendo los cuatro potros que tiran de mí en la Greve. Paciencia, Antolin, paciencia; los pobres hemos nacido para ver desde lejos los ricos manjares y limpiarnos la boca con el revés de la mano: es verdad que muchas veces al limpiarnos nos llevamos un pedazo de las entrañas, que se nos salen por la boca.

Pommeferre abrió su maleta, puso en ella cuarenta y tres doblones, y se quedó con solos dos y algunos ducados, que tomó de un rincón de la maleta.

A seguida bajó á las caballerizas, ensilló y enfrenó por sí mismo el caballo que mejor le pareció de los que allí tenía el marqués de Fuentes, salió por el postigo de la cerca, y partió al galope hacia Madrid, á cuya puerta de Alcalá llegó á punto que daban las diez en el reloj del palacio del Buen Retiro, y cuando ya los del resguardo de la real hacienda tenían la puerta entornada.

—¡Buen jinete y buen caballo!—dijo uno de los guardas.

—Porque se puede—dijo Pommeferre, que era, como dicen los andaluces, muy alabancioso, menos cuando hacía el papel de demandadero en el convento de las Ursulinas.

Pommeferre, que había tomado por la calle de Alcalá, dijo para sí:

—Pues ahora me acuerdo que no he cenado, y no me atrevo á esperarme para que me dé de

cenar la Petrilla, porque es miserable y es muy posible que no tenga; pues bien, la convidaré yo á ella á la hostería de Segura, que es una buena hostería.

La hostería de Segura estaba situada frente á lo que hoy se llama la Aduana.

Pommeferre llegó á tiempo que cerraban.

—¡Ehl poco á poco—dijo echando pie á tierra—: necesito cuarto para mí y pesebre para este bicho.

—Pesebre sí, cuarto no.

—Pues tanto me da: llévense á la cuadra el caballo, que lo que es yo, tengo más cuartos que Segovia.

—Muy bien—dijo un mozo tomando el caballo.

—Y vamos á otra cosa—dijo Pommeferre—: ¿aquí habrá una cesta?

—Y aunque sea una lanasta.

—¿Y se puede poner en la cesta una cena para dos personas?

—Sí, señor.

—¿Y mantel, y servilletas, y cubiertos, y botellas, y platos?

—Por supuesto; en pagándolo...

—Poco á poco; yo no compro lo que no se come: dejaré en fianza lo que valga, y cuando lo traiga por la mañana se me dará mi dinero.

—No hay inconveniente.

—Ea, pues á despachar.

—Hay toda clase de aves, toda clase de pescados, toda clase de carnes, toda clase de embutidos, toda clase de grasas, toda clase de vinos, toda clase de pastas, toda clase de quesos, toda clase de frutas secas y frescas, y toda clase de conservas.

Y vos debéis pertenecer á las clases de las postemas—dijo Pommeferre—: poned dos tartaras de pescado, gruesa ración para dos personas; una ánade, un pastel de hígado con criadillas de tierra, grajea, pastaflora y suplicaciones, y seis botellas de vino de la Rioja, del áspero.

—¿Y pan?

—Media onza.

—Me parece bien—dijo el mozo.

—¿Cuánto debo?

—Un doblón de á ocho en prenda, y medio doblón por la comida y el vino.

—Allá van dos doblones: venga la vuelta en plata suelta.

—Allá va.

—Ea, pues hasta mañana por la mañana, si Dios quiere.

—Buenas noches.

Pommeferre salió completamente embarazado. La cesta pesaba seriamente, y por otra parte, llevaba la guitarra.

—Esto no puede ser—dijo Pommeferre—: si tuviera tres manos me quedaría una para la espada; pero Dios no me ha dado más que dos y es necesario arreglarnos á fin de que nos quede libre la derecha.

Se colocó la cesta en el brazo, cogió en la mano del mismo brazo, y por el mástil, la guitarra, y se embozó.

—¿Y adónde voy yo ahora?—dijo—: lo último debe ser Petrilla, esto es, la cena y el reposo: yo daría una vuelta por casa el maestro de escuela; pero se me van á comer la cena: no conviene, no les ha hecho Dios el hocico para ser tan regalado: nada, nada; al postigo del jardín del abate Alberoni; si es temprano, qué saben: yo puedo muy bien estar dando música á las buenas mozas de la vecindad; siempre ha sido la calle de las Huertas calle de buenas mozas: ea, adelante.

Y Pommeferre dobló por el Buen Suceso, ganó la Carrera de San Jerónimo, y se metió por la calle del Príncipe y la calle de las Huertas.

Reconoció á la izquierda, hacia la plazuela del Angel, y encontró el postigo y la reja.

Se fué á la acera de enfrente, dejó en el suelo la cesta, que por ser bastante fuerte pudo servirle de asiento, y se puso á templar la vihuela.

Pero no había acabado aún de templarla, cuando oyó un siseo en la reja.

Acercóse, cargado con la cesta, y vió en la reja, por la parte interior, un bulto, porque la noche era entreclara.

—¿Con quién hablo?—dijo Pommeferre.

—Con Giusseppina—dijo una voz muy dulce—: mi señora ha oído vuestra guitarra; pero no se ha atrevido á bajar, no sea que vuelva el abate.

—Pues me alegro, señora Josefina—dijo Pommeferre—; porque yo estoy que me muero por vos.

Giusseppina no contestó.

—¿Tanto os ha asustado lo que os he dicho, señora—observó Pommeferre—, que se os ha quitado la voz?

—Es que yo no había bajado aquí para eso— dijo turbada Giusseppina.

—Vamos, tórtola mía —dijo Pommeferre—: á vos nadie os ha dicho que sois la morenita más linda del mundo, y que tenéis unos ojos que no se pueden ver sin ponerse malo.

—Me han dicho tanta cosa—dijo Giusseppina—, que no me diréis vos nada nuevo.

—¿Pues y cuántos años tenéis vos, angelito?

—Veintidós cumpliré por Navidad.

—¿Pues si parecéis un chiquillo de catorce años!

—Más vale así.

—¿Valgame Dios, hermanal ¡y que yo haya andado con vos como si se tratara de una pajarita nueva!..

—Poco á poco, hermano, no vayáis á creeros que en mí no hay novedad, que eso no lo consiento; y cuidado con ofenderme, porque os doy con la ventana en las narices.

—Considerad que yo no os conozco, y que ando á tientas.

—Pues, no tentéis tanto, que puede ser que si tentáis mucho os puncéis.

—¿Valgame Dios!—dijo Pommeferre—, y con qué desgracia vengo esta noche: ved ahí, cuando somos dos personas tan á propósito por nuestro oficio para unirnos como dos gemelos: vos paje de un abate, y yo criado de una abadesa.

—Pero monedas falsas, hermano: tanto os pega á vos lo conventual, como á mí lo masculino.

—¿Queréis que nos desembocemos completamente, señora? Voy á empezar por mí; yo he sido en otro tiempo mosquetero negro del gran rey Luis XIV, y no he podido perder mis costumbres de galán y de soldado; me están haciendo una terrible falta los bigotes y el pelo largo; cuando me veo yo al espejo motilón y desbarbado, me dan ganas de llorar.

—Pues no sois mal mozo —dijo con un acento singular Giusseppina.

—Vamos, no os burléis —contestó picado Pommeferre, pero disimulando la picazón—; yo tengo ya treinta y siete años, y me voy poniendo gordo.

—Buena edad para casarse con una mujer de veintidós.

—Me parece bien—dijo Pommeferre—; pero es el caso que vos os manteneis encubierta.

—No os habéis desembozado vos del todo.

—Yo espero y tengo.

—¿Y qué esperais y qué tenéis?

—Empecemos por lo que tengo: en los nueve años que he servido á mi ama, he ahorrado unos dos mil escudos.

—Es decir, que habéis robado á vuestra ama dos mil escudos que tenéis, y otros dos mil que habréis gastado en vicios.

—Vaya por Dios: decís unas cosas que lo dejan á uno mudo.

—Porque son verdad.

—La verdad es, que yo estoy bien de dinero, y espero que cuando se acaben los negocios porque he venido á España, me acomoden bien en la casa real de aquí ó en la casa real de allá.

—Pues yo, amigo mío —dijo Giusseppina—, tengo una buena dote: mi padre es tejedor de damascos, y gana mucho dinero.

—¿Y cuántos hijos tiene?

—Yo sola.

—¿Y cómo se llama vuestro padre, señora?

—Genaro Sarazzo.

—Bueno, me parece bien.

—Pero para algo habréis venido más que para hablar conmigo.

—Ya lo creo: traigo una carta para vuestra señora.

—Pues dadme.

—Tomad.

—Buenas noches, amigo.

—Espero la contestación.

—¡Ah! ¿tiene contestación la carta?

—Pues por supuesto.

—Esperad.

—Que no tardeis, que el estar solo aburre.

—Eso será cosa de mi señora; hasta la vuelta.

—Hasta la vuelta, paloma mía.

Giusseppina se retiró de la reja.

—El señor Genaro Sarazzo, tejedor de damascos, y rico! Esto es menester averiguarlo: y cómo? ya haré yo de modo que el abate Alberoni me sirva; esta muchacha parece honrada, y es discreta, y se me antoja á mí que me quiere: por supuesto, cuando yo me deje crecer los bigotes y el pelo, y me lo empolve y me lo rice, y en vez de estas bayetas me ponga mi uniforme, me querrá más. Cuando su alteza se case con el duque de Maine, y hayamos dejado el convento para que o ros se diviertan en él, la cosa habrá variado completamente. Y esa chiquilla vestida de mujer ganará también mucho: tenemos donde escoger, no estamos mal; no nos alborotemos

y la echemos á perder: Petrilla está un poco traída y llevada, pero treinta mil ducados no son una cosa despreciable; sabe Dios si tendrá tantos el señor Genaro Sarazzo. Y tarda; estará contestando á la carta: ¡buena la armarán su alteza y la señora Giovanna! ¡esta sí que es una mujer! allá, allá se va con su alteza... A estas horas debe estar ya el rey quemándose la sangre con mi señora. ¡Pobre princesa de los Ursinos! Me parece que de esta vez dan con ella al traste. ¡Válgame Dios y qué tardar! Les avisaremos para que aviven.

Y Pommeferre se puso á puntear la guitarra, y luego tocó una rondña que había aprendido de unos andaluces, cuando estuvo anteriormente en Madrid con monsieur de la Chaumiere.

Le oyeron desde adentro.

—Parece que se impacienta el mensajero—dijo Giovanna, que estaba sentada á una mesa y tenía delante de sí abierta una carta á que acababa de contestar.

—No habrá quedado satisfecho de conversación—dijo Giusseppina.

—¡Calla! ¿te has enamorado?

—Sin andarse con rodeos y en seguida—dijo Giusseppina.

—¿Y tú?

—No me parece mal.

—A mí tampoco me parecía mal el oficial con quien cenamos anoche, y ya ves.

—¡Pues y ya lo creo!—dijo Giussepina—. Para conversación todos sirven; para pasar adelante... es necesario mucho juicio.

—Pues te confieso que me duele el que ese oficial no sea digno de mí.

—¡Y quién sabe!—dijo Giusseppina—. Como oficial del ejército del rey de España, es ya un caballero; podrá haber sido un diablo; pero si se convierte, á vos qué os importa.

—Si nos sirve bien, veremos; toma esa carta y llévala á ese hombre; y si quiere conversación, dáselas; pero observa; por el criado podremos conocer algo á la señora.

—Es un pícaro redomado que no se descuida.

—Pero tú no eres torpe; y si se ha enamorado de ti, le llevas ventaja; anda, anda.

Giusseppina se fué.

He aquí lo que decía la carta de doña Esperanza á Giovanna:

“Señora mía: Quisiera hablar con vos en interés de vuestra señora. Me parece que el abate Alberoni está un poco aturdido y envuelto por

las intrigas de tanta y tanta gente, á quien importa sostener su prestigio en la corte. No culpa á Alberoni. Ocupa una posición importante y pública, y es acometido por todos, por todos acechado; nosotras estamos ocultas en la sombra; vos bajo vuestro disfraz de paje, que os sienta á las mil maravillas; yo escondida en esta quinta. Creo que tenemos recursos para obrar de una manera segura y sin que nadie lo sienta, ni aun el mismo Alberoni; mientras este pobre señor se mareará más y más, rodeado de un torbellino de intrigas y de cuentos. ¿Podremos vernos? ¿Queréis que yo vaya á buscaros, ó venís vos á buscarme á mí? Creo que lo mejor sería adelantásemos la una hacia la otra, hasta un lugar intermedio. Respondedme si estáis dispuesta para una entrevista mañana á la noche, y yo la prepararé. Fiad completamente en mi criado Pommeferre; es un hombre bravo y discreto, á quien acompañará otro no menos discreto y bravo. Respondedme.—Vuestra servidora, María, abadesa de las Ursulinas de París.”

Giovanna contestó:

“Señora: Estaré dispuesta á seguir á vuestros criados, mañana á la media noche.—Vuestra servidora, Giovanna Casti.”

Al bajar Giusseppina oía el rasguear de la vihuela de Pommeferre.

Pero al atravesar el jardín, la música cesó de improviso, cortada bruscamente.

—Alguno ha tropezado con ese maldito—dijo Giusseppina.

Y se apresuró á entrar en la casilla donde estaba la reja.

Se acercó á ella, y oyó á Pommeferre hablando con otro hombre con suma vivacidad.

—Os digo, hermano Perico—decía Pommeferre—, que me esperéis en la esquina del cementerio de San Sebastián, y hablaremos cuanto queráis; por ahora, pegado estoy á esta reja, y de ella no me despegan ni con tenazas.

—Mirad no os saque yo de junto á la reja, como se sacan las espinas—contestó Perea, que él era—. ¿Creéis que no me acuerdo de que me debéis una estocada?

—Dejémonos de eso—dijo Pommeferre—; ya os respondí anoche; convinisteis en que no había que hablar de cosas pasadas, os escapásteis luego cuando saltásteis por la tapia, y ahora se me os venís de nuevo enemistado; que no digamos que sois un chiquillo, señor teniente.

—Es que me irrita el encontraros donde os



encuentro; esta reja está abierta y vos junto á ella.

—Como que he estado hablando con una mujer—dijo Pommeferre.

—¿Y qué mujer es esa?

—La doncella; y vos sin duda venís por la señora.

—Pues acabáramos, hermano Pommeferre—dijo Perea.

—Por mí, acabado está, señor Perico.

—Pero es el caso que me estorbáis—dijo Perea—; son las once, y á las once tenía cita.

Giusseppina creyó llegado el momento de intervenir, y tosió levemente.

—Ya está ahí la mña—dijo Pommeferre—; hacedme la merced de apartaros un poco, que esta joven tiene que decirme algo reservado.

—Vaya en gracia—dijo Perea, dejando conocer su disgusto en su acento—; pero no tardéis.

Y se retiró hacia el cercano cementerio de San Sebastián, en cuyo osario, y sea dicho de paso, deben encontrarse revueltos con los de seres oscuros que no dejaron de sí memoria, los restos del gran Lope de Vega.

—Se nos ha venido encima de improviso un inconveniente—dijo Pommeferre á Giusseppina—: ¡ese diablo de Perico Perea!

—¿Quién? ¿el oficial?

—Sí, el oficial.

—¿Y por qué os decía que le debíais una estocada?

—Porque hace nueve años le di una tan buena, que por poco se le lleva el diablo.

—¿Y por qué hicisteis eso, señor Pommeferre.

—Por una mujer.

—Debéis haber sido muy malo.

—Un poco.

—¿Y cómo os habéis encontrado con él esta noche?

—Ya lo habéis oído: le tiene citado vuestra ama.

—Pues me parece que mi ama no acudirá á la cita; está muy disgustada con él.

Se oyó un impaciente tosido de Perea, que parecía querer decir:

—¿Cuándo concluís? Me canso de esperar.

—Vamos, será necesario tener paciencia por esta noche—dijo Pommeferre—: dadme, si la traéis, la contestación de la carta que os llevásteis.

—Tomad.

—Pues oid, reina mña: la primera noche que oigáis mi guitarra, bajad.

—Veremos.

—Mirad que estoy enamorado de vos.

—Veremos también: id y llamad al oficial.

Pommeferre siseó.

Perea se acercó inmediatamente.

—Aquí tenéis al enamorado de vuestra señora—dijo Pommeferre.

—Sí, por cierto—dijo Perea—: hacedme la merced de decir á esa divinidad que la estoy esperando impaciente.

—Dudo que pueda bajar—dijo Giusseppina—: tiene un fuerte dolor de cabeza y se ha recogido.

—Mi mala fortuna—dijo Perea—; pero id, id, y traedme la contestación.

—Vuelvo al momento.

Giusseppina se retiró.

—Y bien, ved lo que son las cosas, señor Pedro Perea: ¿quién nos habla de decir que habíamos de encontrarnos metidos casi en un mismo enredo?—dijo Pommeferre—; convertido vos en oficial, y yo en criado de una abadesa.

—Cierto que es extraño, y que esto contribuye á que yo no os pida cuentas de aquello.

—¿Y por qué anoche os escapásteis?

—¡Bahl no me escapé: ¿á qué había de escaparme?

—Como éramos dos...

—No me hagáis la injuria de suponer que haya yo creído asesinos á dos antiguos y bravos mosqueteros del rey de Francia.

—La verdad es que cuando saltamos, no os encontramos por el mundo, ó mejor dicho, ni en la callejuela, ni en el Prado de Recoletos.

—Eso consistió—dijo Perea—, en que como el salto fué rudo, se le desenganchó al caballo la cadena de barbada, se le aflojó el bocado, le cogió entre las mandíbulas, y escapó: es un caballo medio loco, que me plantó en el cuartel sin poder yo contenerle.

—Vaya por la disculpa—dijo Pommeferre—; es tan buena como otra cualquiera.

—Si no lo creéis, echadlo á buscar.

—Esa es una mala contestación entre amigos—dijo Pommeferre—: en fin, no riñamos; desde que soy criado de abadesa no me conozco.

—¿Caballero?—dijo desde la reja la voz de Giusseppina—: mi señora os ruega la disculpéis: está muy enferma; no puede bajar como os había prometido.

—Decidla que siento en el alma su enfermedad—dijo contrariado Perea—: que mañana iré á almorzar con el abate Alberoni, y por su semblante conoceré si ella y yo nos hemos aliviado de nuestra mutua enfermedad. Adiós.

—Adiós, señores, buenas noches—dijo Giusseppina.

Y cerró la reja.

—Pues creo que nada tenemos que hacer ya aquí—dijo Pommeferre.

—Cierto que no; y como nada tengo que hacer, y supongo que vos tampoco tendréis quichaceros á estas horas, podemos hablar un tanto.

Pommeferre, que no quería que Perea se aperciese de la cesta de las provisiones, le dijo:

—Os equivocáis; si vuestra Dulcinea está enferma y se ha recogido, la mía no lo está ni piensa recogerse: me ha prometido volver á bajar, y si permanecéis aquí, me causaréis una estorsión.

—Hablemos mientras baja.

—Es que como estoy impaciente no se me ocurre nada.

—No importa que á vos no se os ocurra si se me ocurre á mí.

—¡Todo sea por Dios!—dijo Pommeferre.

—Creo haberos oído decir que hace nueve años servís á vuestra señora.

—Cierto que sí, señor Perico.

—Y cuando vuestra señora os ha traído á España, debe tener en vos mucha confianza.

—Mucha.

—Entonces debéis saber...

—Yo no sé nada, señor Perico: la señora tiene en mí mucha confianza para mandarme; pero no me dice sus secretos.

—Y si os los dice, vos os los calláis.

—En todo caso, señor Perico, cumpliría con mi obligación.

—Cuando os digo—exclamó Perea—que vos no me tratáis lealmente...

—¡Vaya si os trato con lealtad!

—Pues no se conoce.

—Es, señor Perico, que estoy yo de muy mal humor, por la sencilla razón de que me estáis estorbando.

—Os prometo que en cuanto baje esa joven me iré.

—Es posible que esa joven no baje si huele que estáis aquí.

—Entonces tendremos más tiempo para hablar.

—¿Sabéis que es muy posible que se me acabe á mí la paciencia, señor Perico?

—Entonces mejor: nos iremos al Prado de San Jerónimo, y junto á las tapias de la huerta del convento, en el sitio de costumbre, echaremos un cuarto de espadas.

—Yo no peleo ya más que en defensa propia ó de mi señora.

—Vamos, decidme: ¿por qué estáis vos aquí?

—¿Por qué? Porque me he enamorado de la doncella de la señora Giovanna.

—¿Y cómo sabéis vos que esa joven no era un joven, ni un Giusseppe, sino una Giusseppina?

—¡Bah! eso se conoce: la vi anoche cuando entró en la quinta donde está mi señora, y cuando salió.

—Pero no tuvisteis ocasión de hablar con ella.

—¿Y vos qué sabéis?

—¡Vaya si lo sé! Luego si no tuvisteis ocasión de hablar con ella ni de conveniros, y os habéis visto esta noche, una de dos, ó habéis estado hoy en casa del abate Alberoni, ú os ha enviado vuestra señora con algún mensaje para la señora Giovanna.

—¿Y á vos qué os importa nada de eso?—dijo amostazado Pommeferre.

—No obráis de buena fe conmigo, y me obligáis á que yo os trate como merecéis.

—Pues mirad, como yo me canse, de esta vez no estáis dos meses en la cama, sino enterrado por toda una eternidad.

—¿Sí? Pues echad para adelante—dijo Perea—; por la calle de las Huertas abajo salimos en derechura al Prado.

Se calmó el prudente Pommeferre, y volvió á acordarse de la cesta.

—Pues lo que es yo no me muevo de aquí hasta que hable con mi hembra.

—Me parece á mí que vuestra hembra se ha acostado sin hacer caso de vos.

—Como á su señora le duele la cabeza, la estará poniendo sinapismos.

—El sinapismo lo sois vos—dijo Perea.

—Y vos sois el pesado más intolerable que conozco.

—O me habéis de decir lo que necesito, ó no os dejo.

—Es que yo no tengo que deciros nada, y si algo tuviera que deciros, no os lo diría solamente por lo pesado que estáis.

—Me parece que va á ser aquí el lance—dijo Perea.

—Ni aquí ni en ninguna parte—dijo Pommeferre.

—¡Callad! Si os atreverais entonces conmigo porque era un chiquillo?

—Que se os quite eco de la cabeza; que yo me atrevo con el mismísimo Satanás.

—¿Y entonces por qué andáis tan reacio?

—Porque no quiero pelear con vos.

—Eso es ¡me me tenéis miedo.

—Eso es que se me figura que le hacéis falta para algo á mi señora, y no quiero exponerme á que se enoje conmigo si os estropeo.

—Vamos—dijo Perea—, vamos entendiéndonos. ¿Conque creéis que yo hago falta á vuestra señora? ¿Y para qué?

—¡Qué me sé yo!

—Entonces, ¿por qué decís que le hago falta?

—Porque habiendo venido mi señora de incógnito, se ha dejado ver de vos.

—¿Y no más que por eso?

—¿Y os parece poco?

—Cierto que no; mi señora es muy prudente.

—Bien se la conoce.

—Luego cuando ha dejado que vos la conozcáis, por algo habrá sido.

—¿Sabéis que es muy posible que tengáis vos una carta de doña Giovanna para vuestra señora, y que me están dando tentaciones de tenderos para quitaros esa carta?

—Pues se os ocurren cosas muy graciosas—dijo Pommeferre—. ¿De dónde sacáis que yo pueda tener una carta?

—En que no hay poder humano para arrancaros de aquí.

—Sois un tonto, señor Perico, y va á ser menester deciroslo todo; yo quería que os fuérais, porque soy muy bien criado.

—No está mala salida; ¿á qué viene ahora lo de la buena crianza?

—¿A qué viene? A esto.

Y Pommeferre levantó la gran cesta que estaba pegada á la pared bajo la reja.

—Y bien; esa es una cesta—dijo Perea.

—En que hay una buena cena.

—¡Ah!

—¿Comprendéis ahora lo de la buena crianza?

—Aun no.

—Pues sois torpe; yo quería que no viérais la cesta, porque si la veais, como yo soy muy bien criado, tendría que convidaros á cenar, y esta cena es para dos personas solas,

—Pues quien ha de acompañaros no es de seguro Giusseppina.

—¿Y qué os importa á vos quien sea?

—Decís bien; á mí me importa ya muy poco de Petra Pica.

—¡Ah! ¿Creéis que yo llevo esta cena para la Petra?

—¿Y á qué mujer podéis conocer vos con quien tengáis confianza, cuando acabais de llegar de París, después de nueve años de ausencia?

—Pues mirad; ni la veo, ni la oigo, ni la entiendo, ni sabía que estuviese en Madrid.

—Entonces, ¿para quién es esa cena?

—Para el demonio—dijo Pommeferre, que de sofocado que estaba, echaba ya, como suele decirse, humo por las narices—; no parece sino que tengo yo que daros cuenta de todas mis acciones.

—Tanto da; yo os la pido.

—Señor Perico Perea, acabaréis por atufarme, por hacerme que yo me olvide de todo y acabe por romperos la cabeza.

—¿Caballero?—dijo una dulce voz desde la reja.

—Os llaman—dijo Pommeferre, afianzando la cesta en su brazo.

Perea se acercó á la reja.

—Pommeferre echó á correr la calle de las Huertas abajo, torció por la del Príncipe, y se lanzó luego por la del Prado.

Entretanto, Giovanna, que ella era, decía á Perea:

—Sois un imprudente; gracias á que por lo que me dijo Giussepina supuse que queríais trabar cuestión con ese criado, y he venido para evitarla; acabaréis por disgustarme completamente: el abate Alberoni i.2 hecho muy mal confiando en vos y entrometiéndoos en negocios harto delicados.

—Lo que ha querido hacer de mí el abate Alberoni es un inconveniente para la princesa de los Ursinos.

—Concedámoslo; pero en todo caso, Alberoni ha debido de estudiaros antes de iniciaros hasta cierto punto en secretos, á los cuales habéis estado á punto de hacer traición.

—¿Yo, señora?

—Sí: he oído todo lo que habéis hablado con Pommeferre; habéis adivinado que tendría una carta mía para su señora, y habéis querido apo-

deraros de esa carta; esa es una traición á mí, que no puedo perdonar.

—¡Ah, señoral ¡me desesperais!

—No os hagais vos digno de que se os desespere.

—Imponedme una penitencia y la cumpliré.

—¿Sí? No vengais a casa del abate Alberoni hasta que os avise.

—¿Y cómo he de vivir sin veros, sino muriendo?

—Pues he ahí la penitencia.

—Comprendeis, pues, que os adoro.

—Comprendo que estais empeñado por mí, y quiero saber si puedo y debo empeñarme por vos.

—Soy vuestro esclavo.

—Obedecedme.

—No pareceré por casa del abate Alberoni.

—Ni aunque él os llame.

—Descuidad.

—Obedecedme ahora.

—¿Y en qué?

—Yéndoos.

—¡Ah, qué cruel sois!

—No os rebeléis.

—Obedezco, señora; pero os suplico me levanteis pronto la penitencia.

—Idos, idos, que es muy tarde, tengo sueño, y necesito descansar.

—Adiós, señora; y no me dilateis mucho la felicidad de veros.

—Adiós—dijo Giovanna, cerrando la reja.

—Y entretanto se me ha ido ese pícaro de Pommeferre: ¡vive Dios que esto es un embrollo, y que no sé dónde estoy, ni lo que me conviene hacer! ¿Debo consagrarme á la señorita Giovanna, ó á la señorita Emma? Indudablemente lo que yo necesito es hacerme con un secreto, y Pommeferre me ha de hacer dueño de él.

Perea tomó la calle de las Huertas adelante, llegó á su fin, y se detuvo delante de la casa de Petra Pica.

Se puso á escuchar, y oyó el rumor de dos voces y el ruido de los cubiertos en los platos de dos personas que cenaban.

—¡Cuando decía yo!... — exclamó Perea —: ¿con quién otra que con Petra Pica habia de cenar ese tuno? Tienen el balcón abierto; ya se ve, hace mucho calor: esperemos á que acaben de cenar, y quitémonos de en medio, no sea que Pommeferre cuide de mirar si yo parezco por la calle.

Y Perea dobló la esquina.

No hizo mal en tomar esta precaución, porque apenas había desaparecido Perea, asomó en el balcón Pommeferre.

—¡Bah! — dijo —: allá se habrá quedado entretenido con la señora Giovanna.

Y volvió á meterse dentro.

Pasó una hora, durante la cual Perea se acercó y escuchó.

Al fin dejó de oirse el murmullo de las voces.

Poco después se amortiguó la luz que lucía en el interior.

—Vamos — dijo Perea —; han apagado el velón ó las bujías, y han encendido la lamparilla: veamos.

Perea trepó por la reja, llegó al piso del balcón, miró y escuchó.

Volvió á bajarse, y tomó de nuevo la vuelta de la esquina, murmurando sordamente.

Esperó todavía una hora.

Al cabo de ella, volvió á trepar por la reja y á escuchar.

—Se oía un ronquido persistente, y otro ronquido más leve.

—A cierta edad — dijo Perea —, roncan todos: los hombres y las mujeres.

Y acabando de trepar, se metió por el balcón en la sala.

La mesa estaba puesta, y quedaban en ella restos de manjares.

La ánade apenas había sido tocada.

Perea miró en torno suyo, y vió sobre una silla ropas de hombre.

Se acercó, tomó la casaca, y buscó en sus bolsillos.

En uno encontró la carta de Giovanna.

Estaba cerrada simplemente con una oblea.

Perea se fué á la mesa y mojó por encima la oblea.

Logró al fin abrir la carta sin romper el papel.

Se conocía que no era la primera vez que hacía esta maniobra.

Leyó la carta.

—¡Ah! — dijo —: ¡conque van á verse á solas la señora Giovanna y la abadesa de las Ursulinas! Bueno es saberlo, como bueno es saber también que Petra y Pommeferre se entienden: ya tenemos una base, partiendo de la cual puede hacerse mucho.

Volvió á poner la carta en su lugar después de haberla cerrado, y como le importaba muy

poco lo que sucediese, y sentía buen apetito, y tenía delante buena cena, se sentó y se puso á cenar tranquilamente, pero dando cara á la puerta del cuarto del cual salían los ronquidos, y sin desceñirse la espada.

Pero tan profundamente dormían, que no le sintieron.

Por la mañana, antes del amanecer, despertó Pommeferre, se vistió, fué á la mesa para tomar un vaso de vino, y se encontró conque todas las botellas y todos los platos estaban completamente vacíos.

—¡Qué es esto!—dijo á Petra Pica, que aparecía soñolienta—; aquí ha entrado alguien.

—¿Alguien? ¿Ladrones?—dijo asustada Petra Pica—. ¿Qué se han llevado?

—Se han comido todo lo que había quedado de cena, que no era poco; y se han bebido todo el vino, que era mucho.

—¿Y mi niño Jesús?—exclamó Petra.

Ya sabemos que aquel niño Jesús tenía sobre sí algunas buenas alhajas.

—Nada, no se han llevado nada—dijo Petra, que había examinado ansiosa su niño Jesús.

—Ni á mí tampoco—dijo Pommeferre, que había registrado sus bolsillos y había encontrado la carta y el dinero. ¿Pero hemos estado muertos?

—No, hombre, no; es que estábamos muy cansados: lo que es yo, aunque me abrase de calor, no vuelvo á dejar el balcón abierto: ¿si habrá sido el marqués de Fuentes?

—Más bien hubiera sido Perico Perea; pero no ha sido tampoco, porque si él hubiera sido, se hubiera llevado esta carta que tengo en el bolsillo, y por lo menos, la hubiera abierto: eso ha sido algún chusco, tal vez algún estudiante; ahora es tiempo de vacaciones, hay en Madrid muchos sopistas, y estos malditos se atreven á todo.

—Un sopista se hubiera llevado los cubiertos para remediarse.

—No, mujer, no; aunque sean pobres, no hemos de creer que sean ladrones.

—Pues yo he de saber lo que ha sido esto.

—Pues á mí me importa muy poco—dijo Pommeferre—: lo siento únicamente porque un buen vaso de vino me hubiera quitado de la boca el mal sabor del sueño; pero á bien que ahora me voy á la hostería de Segura, y beberé lo que quiera: ves tú colocando en la cesta, mientras acabo de vestirme, los platos, las botellas, las

copas, los cubiertos y los manteles, que he dejado dinero en prenda, y necesito que me lo vuelvan.

Media hora después, y á punto que amanecía, Pommeferre caminaba á buen paso hacia la hostería de Segura.

Llegó, le devolvieron el dinero, montó á caballo, y se volvió á la quinta.

—¿Hasta qué hora ha estado aquí el rey?—dijo Pommeferre á Malegarde.

—Hasta las dos.

—¿Y á qué hora vino?

—A las doce y media.

—Vaya, bien, no es mucho; no tiene por qué ofenderse el señor duque de Maine. ¿Y la señora?

—Está recogida.

—Vaya, pues yo también voy á recogerme, que he dormido poco y mal, pero con un sueño muy pesado: calcula tú que no he sentido á una persona que ha cenado junto á mí.

—Estarías borracho, Pommeferre.

—Vamos, puede ser que sea eso: conque buenos días, Malegarde; ciérrame esa ventana, hijo, que no entre la luz, y llámame á las nueve, que ya se habrá levantado la señora.

CAPITULO VI

DE CÓMO EMPEZÓ Á TRATARSE EL CASAMIENTO DE FELIPE V CON ISABEL FARNESIO

El rey se encontró á solas con Alberoni en la carroza.

—Ciertamente —le dijo—, no sé si debía prestarme á esta exigencia; ¿á qué viene el incógnito de mi amada prima? La hubiéramos recibido con mucho placer en nuestra corte.

El rey hablaba por hablar de algo.

—Creo—dijo Alberoni—, que doña Esperanza esquivá todo ocasión de encontrarse con la señora princesa de los Ursinos.

—Sí, ciertamente; doña esperanza no estima gran cosa á la princesa.

Después de estas palabras, el rey, que creía haber dicho bastante, se calló.

Antes de llegar á la puerta de Alcalá, dijo:

—Supongo que se habrán tomado todas las medidas para evitar inconvenientes al salir.

—¡Oh! sí señor—dijo Alberoni.

En efecto: apenas llegó el coche á la puerta, ésta se abrió.

—Hace una noche muy calurosa—dijo el rey después de algún tiempo.

—Sí, sí, señor, muy calurosa—contestó Alberoni.

El rey guardó silencio, hasta que habiéndose detenido el carruaje, preguntó:

—¿Hemos llegado?

—Sí, sí, señor, hemos llegado.

Y bajó del carruaje, y ofreció su brazo al rey para que bajase.

El portalón de la cerca estaba abierto.

El rey pasó por él embozado, acompañado de Alberoni.

—¡Hermosa quinta! ¡Hermosos jardines!—dijo el rey, también por decir algo; porque la noche era bastante opaca, y no podía juzgarse de los jardines si eran hermosos ó no.

Alberoni se metió con el rey por entre unos árboles que flanqueaban el edificio de la quinta, y dejó oír una señal.

A poco se vió el reflejo de una luz en un balcón, y sobre ¡aquel reflejo se destacó esbelta, aérea, la sombra de una mujer, que desapareció instantáneamente.

—Adelantemos, señor—dijo Alberoni—: cuando llegemos, ya estará abierto el postigo por donde debe entrar vuestra majestad.

—Supongo que ella será la que abra ese postigo.

—Sí, señor, su alteza es.

—¡Ah! tengo mucho deseo de verla: la estimo mucho—dijo el rey.

—Todo lo merece su alteza, señor.

Llegaron entonces al postigo.

—¿Estáis ahí, señora?—dijo Felipe V.

—Sí, sí, señor—contestó la voz sonora y ardiente de doña Esperanza—: dadme la mano para que os gufe entre la oscuridad.

Y después, dirigiéndose al abate, continuó:

—Señor embajador, hacedme la merced de internaros entre los árboles y dar una palmada: acudirá un criado mío de toda mi confianza, que os llevará adonde refrescaréis y esperaréis sin molestia: si os viene á placer, podéis también tomar un baño.

—En efecto, hace mucho calor—dijo el rey, que tenía su mano en la mano de doña Esperanza.

—Adiós, señor—dijo Alberoni—: gracias por vuestras bondades, señora.

Doña Esperanza cerró el postigo.

—¡Oh, qué hermosa mano tenéis, prima mía!—dijo el rey.

—Ya sé que tengo las manos hermosas—dijo doña Esperanza—: no se trata ahora de eso.

—Pues el buen abate Alberoni se va muy disgustado.

—El abate Alberoni no sabe dónde está.

—Ni yo tampoco.

—Pues bien, dejaos guiar, señor: ¿qué hacemos aquí parados? Cuidad; ahora hay un escalón: seguid subiendo hasta que yo os avise.

—Esta escalera está alfombrada—dijo el rey—: ¿corresponde esta escalera al cuarto de la marquesa de Fuentes?

—Creo que sí: porque conduce á las habitaciones en que se me ha aposentado, y son de todo punto habitaciones de señora.

—¡Ah!—dijo el rey—; ¿pero para qué habrán alfombrado esta escalera?

—Podrá ser muy bien para que la alfombra apague el ruido de las pisadas.

—¡Ah! puede ser, puede ser.

—Hemos acabado de subir, señor.

—Y ya tenemos algo de luz.

—He dejado una bujía á la vuelta del corredor.

—¿Y estáis sola?

—Completamente sola, señor: tenemos que hablar de asuntos muy graves: á más de eso, que vuestra majestad viene de escapada.

—Sólo por vos, sólo por vos, señora; pero ¡ah, Dios mío! ¡esperad que yo os veal!

—Iluminaba ya de lleno á doña Esperanza la luz de una bujía que estaba puesta en el hueco de una ventana, al volver un ángulo del pasillo.

—¡Encantador! ¡admirable! ¡terrible!

—Vamos, soltad mi mano, señor—dijo sonriendo doña Esperanza—: ya no la necesitáis, hay luz: seguidme.

—No sé si alegrarme ó entristecerme por haberos vuelto á ver.

—Cuidado, señor, que estáis ofendiendo á vuestro tío el duque de Maine.

—Mi tío bastardo—dijo con un ligero acento de desdén Felipe V.

—Pero siempre vuestro tío—dijo doña Esperanza, abriendo una mampara de cuero de Marruecos y pasando á un retrete, en el cual no se detuvo.

—¿Y por qué he de ofender á mi tío?—dijo el rey siguiendo á doña Esperanza, que entró en una cámara.

—Porque soy su prometida, señor—contestó con un ligero acento de reprensión doña Esperanza.

—¡Ah!—dijo Felipe V—: habeis hecho muy mal en haberos prometido al duque de Maine: tiene muy mala conducta; juega por adelantado sus rentas, y aunque ahora dejara de jugar, ne cesitaría vivir hasta los sesenta años para que pudiesen gozar renta sus herederos.

—¡Oh! es un gran señor.

—Sí, arruinado.

—Vuestro abuelo es para con él muy generoso.

—Pero morirá mi abuelo, será regente el duque de Orleans, que no puede ver á su hermano el duque de Maine, y os vereis reducidos á la miseria vuestro esposo y vos, y vuestros hijos.

—Viviremos de las rentas de mi infantazgo.

—¡Ah, sí es verdad—dijo el rey—; pues por eso se casa con vos el duque de Maine.

—Os equivocais: este enlace es cosa de vuestro abuelo, que me quiere mucho; por lo demás, el duque de Maine está tan enamorado de mí, que ha enfermado, y si no nos casamos pronto, se muere.

—¡Ah, gran descubrimiento!

—¿Cuál, señor?

—¿Os parece poco encontrarse con que el duque de Maine tiene corazón?

—Para mí, á lo menos todo él es corazón.

—Gran pérdida para las buenas Ursulinas.

—Os engañais, señor: yo soy muy rígida, y aquellas señoras no están completamente contentas conmigo.

—¡Ah, sois muy rígida!

—No tanto, sin embargo, como debiera, porque aún no os he dicho que retireis un poco vuestro sillón.

Se le nubló el semblante á Felipe V, que se puso de pie.

—¿Os habeis disgustado, señor?—dijo tranquilamente y sonriendo doña Esperanza.

—Comprendo—dijo el rey secamente, que no he debido venir, y corrijo mi error yéndome.

—Id con Dios.

—Sí, me voy; pero quiero que confeseis antes que tengo sobrada razón para irme.

—Más razón tuvo hace nueve años vuestro abuelo en el palacio de San Germán, en el pabellón de Enrique IV, cabalmente en el mismo punto donde vuestro abuelo nació; y sin embar-

go, yo no sé cómo sucedió, porque vuestro abuelo no se fué.

—Contadme, contadme—dijo Felipe V sentándose de nuevo; pero habiendo retirado un tanto su sillón del de doña Esperanza.

—Pues sucedió que el gran Luis XIV perdió el equilibrio, quiso buscarle abrazándose, y yo se lo hice perder de todo punto empujándole. Afortunadamente había cerca un sillón, que recibió á su majestad.

—¡Oh! ¿y qué hizo mi abuelo?

—Lo echó á broma y soltó la carcajada.

—Pues ríamonos—dijo Felipe V.

Y se echó á reír; pero de una manera tan premiosa, tan forzada, como debió reirse Luis XIV en la situación á que se refería doña Esperanza.

Esta se puso gravemente seria.

—He venido á España—dijo doña Esperanza—después de nueve años de destierro, para cosas muy importantes.

—Ya os he escrito muchas veces—dijo Felipe V—, que la reina y yo nos habíamos visto obligados á separaros de nuestra corte.

—Sí; y yo no me quejo de esto—dijo doña Esperanza.

—Y creo que habeis ganado; que habeis vivido en París mucho mejor que podáis haber vivido en Madrid.

—Sí; me he divertido grandemente corrigiendo los resabios de que adolecían las Ursulinas.

—Habeis sido, pues, una reina.

—De vasallas rebeldes.

—Pero os habeis indemnizado cumplidamente del fastidio del convento con las fiestas de la corte.

Mi celda y el coro han sido mi Versailles.

—¡Ah! ¡Tenemos en vos una especie de santal

—No tal, primo mío, santa no; pero tampoco una gran pecadora; me falta mucho para parecerme á otras mujeres.

—Eso lo decís por la de los Ursinos.

—Lo decía por la de Maintenon, por la Escuderi; pero que entre también en cuenta la de los Ursinos.

—Vamos, no la perdonáis.

—Si yo la perdonara, sería una santa, y no he llegado á tal punto de perfección.

—¿Y venis simplemente á hacer la guerra á la princesa?

—No por cierto; vengo á traeros la influencia de un buen corazón y de un buen consejo.

—Seamos francos, prima mía, seamos francos.

¿Quién os envía á Madrid? Madama de Maintenon, ¿no es esto?

—Puede ser que haya intervenido la influencia de madama de Maintenon; el que me ha dado la orden de venir á Madrid ha sido vuestro abuelo.

—¿Y qué quiere mi abuelo?

—Vuestro abuelo quiere que os caséis. La salud del príncipe de Asturias es delicada, y de béis procurar tener una nueva sucesión masculina para todo evento.

—Sí, que me case; esto me están diciendo todos los días: que me case; ¿y con quién? ¿Con una princesa de mi familia? Esto alarmaría. ¿Con una de la casa de Inglaterra? Alarmaría también. ¿Con una princesa alemana? Aborrezco á los alemanes; me han hecho pelear mucho, ¿con quién queréis, pues, que me case, si vos estáis ya comprometida con mi tío el duque de Maine?

En vano Felipe V observó después de estas palabras á doña Esperanza; no vió en ella ninguna señal de conmoción.

—¿Un enlace conmigo?—dijo—. ¿Con una bas tarda?

—Hija al cabo del rey don Carlos II, legitimada y reconocida por su majestad.

—¡Ah! Eso no puede ser—dijo doña Esperanza.

—Los españoles lo llevarían muy bien, y ninguna potencia europea tendría por qué alarmarse.

—Pero lo llevaría muy á mal vuestro abuelo.

—¿Y qué me importa? ¿Acaso mi abuelo no me ha abandonado?

—Las circunstancias de la política general. Pero esas circunstancias han pasado, y Francia ha quedado en una situación respetable; díganlo si no, las ventajas que ha obtenido en el tratado de Utrech.

—Ciertamente; grandes ventajas á costa mía.

—Vos habéis ganado más que Luis XIV; habéis ganado un reino.

—Pero un reino al que se le han arrancado grandes estados hereditarios.

—Siempre un reino, primo y señor, siempre un reino.

—Venís muy francesa, doña Esperanza.

—Me une á la óasa de Francia un vínculo de agradecimiento, don Felipe.

—Este es un reproche.

—No, señor; es simplemente una respuesta.

—¿Pero qué quiere mi abuelo?

—Que os caséis.

—Perfectamente, que me case; ¿y con quién, para evitar complicaciones?

—Con una pequeña heredera de un pequeño soberano, que es sin embargo una gran mujer, y que será una gran reina.

—Pues no, no adivino... ¿Dónde está ese portento?

—En Parma.

—¡Ah! Isabel Farnesio—dijo con repugnancia Felipe V—; dicen que es una especie de sabia, ó más bien una erudita insoportable que ha aprendido muchos libros de memoria, que ha embestido con todas las ciencias; que ha estudiado astronomía, y ¡Dios me perdone! creo que también medicina.

—Y bien, un gran talento necesita alimentarse de ciencia.

—Dicen que es una joven de muy poco entendimiento.

—¡Ah! Calumnias de la envidia; ha desdeñado á algunos soberanos que la han pretendido, seducidos por su hermosura.

—Dicen que es la suya una hamosura vulgar.

—No la conocéis, y vais á conocerla—dijo doña Esperanza levantándose, yendo á su papelera y tomando de ella una caja, con la cual se acercó á una mesa donde estaban los dos candelabros con seis bujías encendidas cada uno, que alumbraban la cámara—; venid—añadió—, vais á conocer á Isabel Farnesio por medio de una obra maestra.

Felipe V se acercó.

Doña Esperanza abrió la caja, que era de concha, guarnecida de oro, sobre cuya tapa estaban las armas de Parma, y sacó de ella un medallón guarnecido de rubíes y que bajo un cristal convexo guardaba un bellissimo retrato.

—¡Ah!—exclamó Felipe V—: ¿Y es esta Isabel Farnesio?

—Sí, señor.

—¿Sin exageración?

—¡Ah, no! El pintor no ha podido llegar á la naturaleza: Isabel Farnesio es una hermosura de esas que desesperan al arte: aquí está la forma, pero falta la vida.

—¡Ah!—dijo Felipe V devorando el retrato—; pues en efecto: calumnian á esta señora cuando la llaman estúpida; la inteligencia arde en sus ojos; está animada por un grande espíritu.

—Pues bien, esa puede ser vuestra esposa; esa debe ser.

—Pero esto no puede quererlo mi abuelo, ó mi abuelo no ha visto este retrato.

—Ha visto otro, y tanto da.

—¿Otro?

—Sí; otro en que respetándose la forma y el parecido, se ha dado cierta expresión á Isabel Farnesio; se le ha perjudicado terriblemente, se le ha puesto en armonía con las noticias que de ella tiene Luis XIV: por esto, vuestro abuelo, que no quiere perder sobre vos una influencia que cree legítima, me dijo hace quince días:

—Mi querida hija, es necesario que dejéis vuestras Ursulinas y os vayáis á Madrid.

—¿Y para qué, señor?—contesté yo.

—Necesito casar á mi nieto.

—Pues si pensais casarle conmigo—le respondí—, es inútil: yo tengo ya esposo.

—Sí, sí; ya sé—me contestó—: un esposo que yo os he elegido; por lo mismo podeis ir tranquila á Madrid.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Contrapesar mi influencia de la señora de los Ursinos, que no me sirve, porque se cree reina de España.

—¡Oh! Ana María ne piensa en eso—dijo Felipe V.

—Efectivamente, señor—contestó doña Esperanza—: la princesa de los Ursinos sabe demasiado que vuestra majestad no la elevará al trono: sabe que no puede ser reina de derecho; pero quiere serlo, ó por mejor decir, continuar siéndolo de hecho.

—¡Oh! Yo siempre he sido el rey.

—Que ha obedecido las inspiraciones de la princesa de los Ursinos, y que ha hecho bien en obedecerlas, porque obedeciéndolas, ha conquistado una corona.

—Debo, pues, mi corona á la princesa.

—No exactamente, señor: cierto es que el pensamiento que todo lo ha dirigido ha sido el de Ana María de la Tremoille; pero ese pensamiento ha tenido una gran representación, la de una joven reina llena de valor, de abnegación y de virtud, á quien adoraban los españoles: la de María Luisa Gabriela de Saboya, que tenía tanto corazón como imaginación y talento la princesa. Reconocéos, señor; oid la voz de vuestra conciencia, que os dice sin duda: lo que soy, lo que tengo, lo que puedo ser aún, todo lo debo á una mártir, á una santa: su vida es lo que yo poseo; porque adquirirme lo que poseo la ha costado la vida.

—¡Ah, no, no!—dijo Felipe V—: la salud de la reina era delicada.

—Los celos, la desesperación, la continua contrariedad, la penosa agonía del alma, el sacrificio de un noble orgullo, todo esto junto mata, mata lentamente, determina la tisis; el trono de vuestra majestad está sobre una tumba; sobre vuestro trono y á vuestro lado verá siempre la historia á María Luisa Gabriela de Saboya.

—¿Qué es lo que me ha enviado en vos mi abuelo?—dijo Felipe V— ¿Un embajador secreto y hechicero ó un cirujano impío que se apodera de mí, me abre el pecho y me hiere en el corazón.

—Os envía una buena parienta, una amiga leal.

—Que, sin embargo, aborrece á la princesa de los Ursinos.

—Debe aborrecerla, porque la princesa de los Ursinos es vuestro ángel malo.

El rey continuaba mirando como distraído el magnífico retrato de Isabel Farnesio.

Se había enamorado.

—Y bien—dijo—: todo puede cohonestarse: la princesa de los Ursinos puede ser muy bien, al par que aya del príncipe de Asturias y de los infantes, camarera mayor de la reina.

—¡Pues y ya lo creo!—dijo doña Esperanza, sonriendo de una manera que podría llamarse sutil—: la princesa puede ser camarera mayor de Isabel Farnesio, como lo fué de María Luisa Gabriela de Saboya.

—Perfectamente—dijo el rey—: creo que podré llevarme este retrato.

—¡Ah, no! podría verlo la princesa, y entonces todo se habría echado á perder: dejad, dejad que la princesa vea el que tiene el abate Alberoni, y os aseguro que la princesa se esforzará porque os caseis con Isabel Farnesio.

—Creo—dijo el rey—, que ni vos ni yo decimos lo que sentimos, mi buena prima.

—Empecemos á explicarnos, señor.

—Pues vos no me habéis dicho que todo esto no es más que una intriga de dos mujeres contra la princesa, de dos mujeres que aborrecen á esta señora.

—¿Y quiénes son esas dos mujeres?

—¿Me contestareis afirmativamente si os digo la verdad?

—Sí, palabra de honor.

—Pues bien; esas dos mujeres son madama de Maintenon y vos.

—No puedo negarlo; ¿pero por qué creéis que madama de Maintenon y yo somos las autoras de una intriga á muerte contra la princesa?

—Según se afirma, con tal insistencia que hay que creer en ello, madama de Maintenon es mujer de mi abuelo; pero á pesar de que logró casarle con ella, como de él ha logrado otras tantas cosas, no ha logrado que mi abuelo la declare reina de Francia, ni lo logrará jamás.

—Quién sabe: vuestro abuelo está ya muy viejo, y va sintiendo escrúpulos de conciencia.

—Pero su conciencia no llegará nunca hasta el punto de hacerle sentar sobre el trono de San Luis á la viuda de Scarron.

—La viuda de Scarron ha logrado que Luis XIV legitime los hijos que ha tenido de ella, y los llame á la sucesión de la corona.

—Luis XIV reconoce en esos bastardos á sus hijos: Luis XIV es el dios de la Francia: eleva lo que de él ha provenido; pero no elevará lo que ha provenido de la multitud.

—Esto significa para mí que tampoco elevaréis vos á la mujer de tantos maridos.

—¡Ah, no, no! ni creo yo que la princesa de los Ursinos haya ni aun siquiera soñado en ser reina por mi medio—dijo con altivez Felipe V—: ¿se dice esto por Versalles?

—¡Ah, no, señor! En Versalles se tiene á la princesa por vuestra favorita.

—¡Ah! eso es distinto—dijo tranquilizándose el rey y sin dejar de mirar el retrato de Isabel Farnesio—; pero como la Maitenon es ambiciosa, podrá suceder que crea también ambiciosa á su manera á la princesa, á mí más débil que mi abuelo, y le irrita la sola idea de ver reina á una mujer que ha estado á punto de sustituirla en el favor de mi abuelo.

—En efecto, señor, algo de eso hay en la enemistad de madama de Maintenon contra la princesa.

—Vengamos ahora á vos.

—¡Ah! yo soy enemiga declarada de esa mujer desde el día en que me lanzó de la corte de Madrid; pero creedme: si esa mujer no os fuera funesta, no conspiraría yo contra ella.

—¡Funesta, y confesais que la debo la corona!

—Os ha servido, y por lo mismo debéis romperla: la princesa puede pretender la pagueis demasiado caros sus servicios, que nunca han sido desinteresados.

—Sin embargo, vos misma confesais que no

es creíble que la princesa aliente la idea ambiciosa de ocupar mi trono.

—No; pero una de dos: ó habréis de permanecer viudo, ó no podréis contar con la paz de vuestra familia mientras tengais á vuestro lado á la princesa: ¿creéis que vuestra difunta esposa la hubiera sufrido, á no necesitar de ella? ¿Creéis posible una virtud tal como la de la esposa que habéis perdido, en otra princesa que avenga á vuestro tálamo? No, no, señor; mujeres como Maria Luisa Gabriela de Saboya son un milagro de la Providencia, y no se repiten: estad seguro, señor, de que Ana María de la Tremoille es para vos un gravísimo inconveniente.

—Me está asombrando una cosa—dijo el rey, que continuaba mirando el retrato de Isabel Farnesio.

—¿Y qué os asombra, señor?

—Que esteis aquí conspirando contra la princesa, y sin que ella lo sepa.

—Pues ahí veréis, señor; la princesa está ciega por su ambición.

—¿Y creéis que continuará en su ceguedad?

—Empezad por no cometer vos ninguna imprudencia, y estad seguro de que cuando la princesa abra los ojos, se encontrará impotente.

—¿Y os parece una imprudencia que yo me lleve este hermoso retrato?

—De todo punto: la princesa acabaría por saber que lo tentais: os enamora demasiado Isabel Farnesio; lo veo: no podríais resistir á la tentación de contemplar su retrato; y como la princesa vive con vos, os sorprendería alguna vez contemplándole: entonces todo habría fracasado; la princesa tiene bastante talento para envolvernos á todos en una intriga que alcanzaría hasta Luis XIV. Creedme: si la princesa de Parma os enamora, valeos de mí; yo os casaré con ella.

—¿Pero tenéis la seguridad de que esta señora acepte una unión conmigo?

—¡Ah! Isabel Farnesio está enamorada de vos.

—¡Cómo!—exclamó Felipe V.

—¿Pues qué, creéis que madame de Maintenon y yo habíamos de haber dado un paso en vago? No: esta es una cosa muy meditada, concluida, como si dijéramos, en consejo de familia: hace mucho tiempo que Isabel Farnesio posee vuestro retrato, y sabe con entusiasmo que que vos sois un rey soldado.

—¿Y quién ha sido el mediador?

—El abate Alberoni y el buen duque de Parma.

—¡Ah! ¿Y creéis que este negocio está ya maduro, por decirlo así, para transacciones formales?

—¡Oh! de otra manera no hubiera yo venido á Madrid: es cosa que puede concluirse en un mes.

—¡Un mes!

—No es mucho un mes cuando se trata de una tal princesa; sois muy afortunado, primo mío: se muere sin sucesión el rey don Carlos II, y su derecho sube por la línea recta ascendente hasta vuestra bisabuela Ana de Austria, de la cual el derecho á la corona de España baja hasta vos, pasando por Luis XIV y por monsieur el Delfín: os encontráis legítimo heredero de una gran monarquía, os disputan vuestro derecho, y la Providencia os depara una esposa tal como María Luisa Gabriela de Saboya, y una tal amiga como la princesa de los Ursinos; vencéis: sufrís con la muerte de vuestra esposa una pérdida que pudo y debió creerse irreparable; y sin embargo, os encontráis con una princesa tal como Isabel Farnesio, cuyo sólo retrato os enamora, y que por el vuestro y por vuestra fama está ya enamorada de vos. La razón de Estado y el amor se ponen de acuerdo para haceros feliz: si yo no fuese también muy afortunada, os envidiaría, augusto primo y señor.

—¡Pobre princesa!—dijo Felipe V—: es verdaderamente una ingratitud engañarla de la manera que la engañamos.

—Todo grande hombre rompe los escalones que le han servido para subir: de otro modo, sería siempre esclavo.

—Decís bien; pero es una desgracia de los grandes hombres verse obligados á robustecerse con el desagrado. Pero volviendo á la princesa de Parma, ¿creéis que puedo escribirla sin incurrir en una inconveniencia?

—Esperad: entramos ya en la cuestión diplomática. Nos hace de todo punto falta el abate Alberoni: dispensadme si os dejo un momento; voy á hacer que le llamen.

Y doña Esperanza salió.

Lo primero que hizo Felipe V en cuanto se vió solo, fué besar el retrato de Isabel Farnesio.

Aquel magnífico retrato había excitado de una mera excesivamente viva sus sentidos y su inteligencia.

Le había parecido una deidad Isabel Farnesio.

De tal manera había sabido representar su alma el artista, que aquella alma, hermosa, pura, y á la par altiva, se había apoderado de la impresionable alma de Felipe V.

Al cabo de algunos minutos volvió á aparecer doña Esperanza.

La acompañaba Alberoni, en cuyo semblante se veía algo de impaciencia, algo de ansiedad.

—Señor—dijo—: he tenido la satisfacción de saber que vuestra majestad quiere hablarme.

—Sí, señor abate, sí: tengo en las manos algo que me interesa vivamente.

Y mostró á Alberoni el retrato.

—¡Ah!—dijo Alberoni—: ¡mi señora!

—Sí; os autorizo para que escribáis á vuestro soberano que yo os he hablado con un vivo interés de madame Isabel Farnesio.

—¡Ah, señor, señor!—exclamó Alberoni, arrojándose á los pies de Felipe V—: ¡qué feliz me hacéis!

—No se trata de vuestra felicidad, señor abate—dijo Felipe V—, sino de la mía: aquí estamos solos, como si dijéramos, en confianza, y puedo deciros que me he enamorado de vuestra señora.

—¡Oh! permítame vuestra majestad le diga que mi señora es digna del amor de un tan gran rey como vuestra majestad.

—Creo—dijo Felipe V—que vuestra señora me conoce como yo la conozco á ella.

—Hasta mi señora ha llegado la fama de vuestras hazañas: como yo he tenido la honra de asistir á las campañas de vuestra majestad, como secretario del señor duque de Vendome, he podido hablar de vos á su alteza, y aun procurarla un retrato de vuestra majestad.

—Y decidme: ¿os parecería inoportuno que yo escribiese á vuestra señora, no como un rey, sino como un amante?

—¡Ah, señor! ¡Inoportuno! De ninguna manera; me ofrezco con toda mi alma á ser el intermediario secreto de estos amores, que han de producir un enlace admirable: ¡qué gran reina para tan gran rey!

—Pues bien—dijo doña Esperanza—: escribid vos, señor, á la princesa de Parma, y vos, abate Alberoni, escribid también la carta en que ha de incluirse la de su majestad. En la habitación inmediata encontrareis recado de escribir, señor Alberoni.

Alberoni salió por una puerta que le había señalado doña Esperanza. Esta abrió su papelera para que escribiese el rey.

Felipe V y Alberoni pusieron manos á la obra.

Doña Esperanza, entretanto, salió y llamó á Bizarro.

Este acudió.

—Vístete tu traje de camino; vas á correr la posta.

—¿Para dónde, señora?

—Para Barcelona: allí tomarás el primer buque que encuentres, y te trasladarás á Italia; luego llevarás á Parma un pliego que te se dará. Ve, ve, y está dispuesto en cinco minutos.

Cuando Felipe V hubo terminado su carta, la leyó á doña Esperanza.

Decía así:

“A su alteza la princesa de Parma, Isabel Farnesio.—Felipe de Borbón, rey de España.

Perdonadme, señora, me dirija á vos sin conoceros personalmente, aunque conozca mucho por la fama vuestras virtudes y la grandeza de vuestro espíritu, que están en armonía con la grandeza de vuestra hermosura, que he podido apreciar, aunque de una manera imperfecta, por un retrato vuestro que me ha procurado una buena parienta mía. No es el rey quien se dirige á vos, señora, sino el hombre enamorado: esta es una carta escrita solamente para vos; una carta cuyos conceptos salen del alma, sin que ninguna parte tenga para inspirarlos la razón de Estado. ¿Podré esperar contesteis á un enamorado impaciente?

El Abate Alberoni, embajador de vuestro ilustre padre, se ha prestado á servirme de intermediario para con vos: él también debe escribiros; por su carta sabreis cuánto se interesa por vos, cuánto os ama vuestro apasionado, *Felipe de Borbón*.”

—¿Qué habeis escrito á vuestra señora?—dijo el rey, viendo asomar al abate Alberoni, que traía una carta en la mano.

—Escuchad, señor—dijo Alberoni.

Y leyó:

“Serentísima señora princesa de Parma, Isabel Farnesio.—Su majestad el muy noble y poderoso rey de España ha tenido la dignación de llamarme y de hablar conmigo durante dos horas. Su majestad posee, sin que yo sepa cómo, un retrato de vuestra alteza, que tiene en grande estima. La conversación habida entre su majes-

tad y yo ha versado exclusivamente acerca de vuestra alteza. El señor rey de España ha tenido á bien decirme que era para su majestad de grande interés hacer que llegase una carta suya á vuestra alteza. Yo he creído no podía negarme á esta pretensión de su majestad. Me he prestado á ello con tanto placer, cuanto sería para mí glorioso el concluir un enlace entre vuestra alteza y su majestad católica. Incluso es la carta de su majestad el rey de España, que espera impaciente la contestación de vuestra alteza.—Soy, señora, con la mayor veneración y el más profundo respeto, humilde servidor de vuestra alteza, *el abate Alberoni*.”

Se cerraron estas dos cartas bajo un sobre, y Bizarro, provisto de dinero, montó á caballo, y partió.

El rey se volvió contentísimo con Alberoni, y doña Esperanza se acostó satisfecha, porque había empezado á vengarse de la princesa de los Ursinos.

CAPITULO VII

DE CÓMO INTRIGABA POMMEFERRE

Cuando á las diez del día siguiente se levantó doña Esperanza, se encontró con que la esperaba ya en su antecámara Pommeferre.

Este la entregó la carta de Giovanna, que ya conocemos.

—Pues bien—dijo doña Esperanza—; es necesario que traigas aquí esta noche á esa señora.

Pommeferre salió; y para preparar, según él decía, la venida de la joven, se fué á Madrid, yéndose á parar á casa del bachiller Marcos Calderón.

Este estaba más tranquilo.

Había acabado al fin por creer en que nada había de reparable ni de punible entre su mujer y su primo el soldado de la Guardia Walona.

Así es, que se prestó á ir por sí mismo á buscarle al cuartel mientras su mujer preparaba un buen almuerzo costeado por Pommeferre.

En el cuartel le dijeron que Simón no estaba allí, porque había entrado á servir de asistente á don Pedro Perea, teniente de su compañía.

Marcos Calderón se informó de la habitación del teniente, se fué allá, le encontró, y le dijo que el señor Pommeferre le esperaba en su casa.

—Esperad—contestó Simón—á que el teniente almuerce y se vaya al cuartel.

—Decid á que coma—contestó Marcos Calderón, que como sabemos no dejaba pasar nada contrario á la propiedad ó la precisión del lenguaje—; son ya más de las doce.

—¿Y cómo llamaréis vos á la primera comida que hace un hombre después de levantarse?

—Según y cómo; preferiré decir que la tal persona se ha levantado á la hora de comer.

—Qué queréis; el teniente ha venido al amanecer á casa.

—¿Qué conducta la de estos jóvenes!

—Se divierten, primo, se divierten, y hacen bien.

—¡Buenas diversiones! Contrarias al descanso, y por consecuencia, á la salud. ¿Cómo está el mundo! Pero en fin, esto no importa nada; ¿qué digo al señor Pommeferre?

—Decidle que mi amo tiene que estar á las doce en el cuartel, y que en cuanto se vaya, iré yo á vuestra casa. ¿Y cómo está mi prima?

—Muy buena—dijo, como quien no responde muy á gusto suyo, Marcos Calderón—; quedad con Dios, que me están esperando.

—Id con Dios, primo.

Marcos Calderón volvió á su casa.

—¿Por qué no traéis al soldado?—le dijo Pommeferre, que se entretenía con una botella esperando el almuerzo—¿Está de servicio?

—¡Cal! No señor; es asistente de un oficial.

—¡Ah, sí! De Perico Perea; vamos, ya sabemos algo; Simón ha cumplido su palabra; será merester comprarle su caballo, según se le había prometido, ya que tant. le quiere. Y si está de asistente, ¿por qué no viene?

—Porque tiene que dar de almorzar á su amo.

—Muy tarde almuerza el señor Pedro Perea.

—Consiste el que hoy almuerce tan tarde, según me ha dicho Simón—contestó el bachiller—, en que ha pasado la noche fuera y se ha acostado ya de día; á la fuerza, el que se acuesta cuando los demás se levantan, tiene que almorzar cuando los demás comen.

—Pues mirad—dijo Pommeferre, poniéndose serio; me parece á mí que el tal teniente ha cenado á la hora que otros almuerzan.

—¿Y vos qué sabéis?—dijo Marcos Calderón.

—Decís bien—contestó Pommeferre—; pero lo supongo.

En aquel momento entró Simón.

—¿Qué es eso?—dijo el bachiller—. Yo no os

esperaba tan pronto; le habéis dado de almorzar por el aire á vuestro amo.

—¡Bahl!—contestó Simón—. Mi amo me ha dicho, cuando le pregunté qué quería de almorzar, que antes de venir á casa había almorzado tan bien, que aún no tenía gana; y por cierto que me dijo que se había comido, menos un anca, una ánade entera, y una ánade rellena.

—Perfectamente—dijo Pommeferre—; y si no le costó el dinero, como es probable, debió saberle mejor.

—Mi amo es muy favorecido de las damas—dijo Simón—, y probablemente le regalaría alguna.

—¡Por vida de tantos y cuantos!—dijo Pommeferre.

—Vamos, os da envidia mi teniente.

—Buen pícaro está el señor Pedro Perea, y buen estúpido soy yo; ¿quién había de figurarse...?

—Como si no supiéramos aquí de antiguo—dijo el bachiller—lo que es Periquito Perea; ya lo había yo dicho; este muchacho hará suerte; y ved si me he engañado; las damas le favorecen; ya se ve, es un hermoso joven, y le sienta muy bien el uniforme. ¿Pero le tenéis todavía ojeriza, señor Pommeferre, después de lo que hicisteis con él?

—Dios quiera que no tenga que hacer mucho más—dijo Pommeferre.

—Pues qué, ¿habéis tenido vos victorias con mi amo?—dijo Simón.

—Guárdate tú de decirle que me conoces, y no hablemos más de esto: vamos, vamos á ver qué tal habéis frito ese lomo, esas criadillas y esos huevos.

—Sois nuestra Providencia, señor Pommeferre—dijo sentándose con delicia á la mesa Marcos Calderón—; siempre que me habeis encontrado, antes y ahora, me habéis dado de comer.

—Espero, por consecuencia, que me seais agradecido.

—Hasta la muerte—dijo el bachiller—, y más de lo que creéis, porque tengo grandes motivos: sin vos no hubiera llegado á mi escuela de gramática en la universidad de Salamanca, que era mi sueño, y sin ella no hubiera conocido á mi mujer, que es mi felicidad.

—¡Buena felicidad! ¡Y tengo todavía los cardenales de los golpes de anteanochel!

—Aquello fué una equivocación, mujer, y una muestra de lo mucho que te quiero.

—Pues no me quieras de ese modo, ni vuelvas á equivocarme: porque me desesperaré y haré lo que nunca he pensado hacer.

—Eso no lo dice nunca una mujer bien criada—dijo poniéndose hosco Marcos Calderón.

—Vamos, haya paz—dijo Pommeferre—; no seáis vos ridículo, amigo bachiller, ni os insolenteis vos con vuestro marido, señora: para que haya paz en un matrimonio, es menester que ambos cónyuges pongan lo que puedan de su parte; si no, ¿adónde vamos á parar? Y dime tú—añadió Pommeferre, dirigiéndose á Simón—: ¿cómo es que has entrado tan pronto al servicio del teniente?

—¡Bah! Porque lo estaba deseando.

—Dime tú: ¿tiene el teniente confianza contigo?

—¡Ya lo creo!

—De modo que tú puedes saber sus cosas.

—Sí, señor.

—Pues si quieres ganar mucho dinero, observa al teniente y dime todo lo que de él sepas: si yo no estoy en Madrid se lo dices á tu primo el bachiller, que él me lo contará: ¿has acabado ya de almorzar?

—Sí, señor.

—De seguro que tu amo estará todavía en el cuartel.

—Creo que sí.

—Pues vete al cuartel, y cuando salga tu amo le sigues, miras dónde para y vienes á avisarme. Simón se levantó y se fué.

Pommeferre acabó de almorzar, y se acostó sin ceremonia en la fementida cama de Marcos Calderón.

Su mujer se fué á hablar con una vecina, y el bachiller á dar sus lecciones de maestro de escuela á domicilio.

Pommeferre se durmió.

A las tres de la tarde le despertaron.

Abrió los ojos y se encontró junto á sí á Simón.

—¿Qué hay?—le dijo.

—Hay—dijo Simón—que al salir del cuartel me vió mi amo y me llamó.

—No me esperes á comer, Simón—me dijo—, que como hoy en casa de un amigo.

Y se fué.

Yo me fuí detrás, á la larga, de manera que no podía verme.

—¿Y dónde se metió?—dijo Pommeferre.

—En la última casa de la calle de las Huertas, á la derecha, junto al Prado.

—¡Bah! bien: ¿y tú que has hecho después que has visto donde entraba?

—Me he metido en una casa de enfrente en donde me dieron hospitalidad, porque viven en ella personas caritativas; he estado mirando por la reja, y á las dos y media he visto que salta el teniente y que salta á despedirle á la puerta toda una buena hembra: luego me fuí detrás hasta Palacio, donde se metió el teniente, y he venido á avisaros.

—Gracias—dijo Pommeferre.

Y se ciñó su espada, se puso su manteo y su sombrero y salió, yéndose en derechura á casa de Petra Pica.

—Estoy seguro—le dijo Pommeferre—de que te vas á poner en el caso de que yo te sienta la mano.

—¿Porque ha estado aquí Periquillo Perea?—contestó Petra.

—Vamos, mujer, creí que me lo ibas á negar.

—¡Quial no, si la única persona con quien obro yo de buena fe es contigo, maldito; además que tengo que avisarte: ¿sabes que se me figura que quien estuvo aquí esta mañana sin que le sintiéramos fué él?

—Yo lo sé de cierto—contestó Pommeferre.

Y contó á Petra lo que le había dicho Simón.

—¿Y á qué ha venido ese?—añadió Pommeferre.

—A descubrir terreno; me ha hablado de tí, me ha dicho que te ha visto, que al verte ha comprendido que tú y yo nos veríamos, que ha tenido celos, y que no ha podido pasar sin volver á verme: ya ves tú, cuando yo le tenía olvidado, y cuando nada ha tenido él que ver conmigo: es un truhán muy largo, y algo ha olvidado él.

—Si no hubiera yo examinado la carta que tenía en el bolsillo de la casaca, y no hubiera visto que estaba bien cerrada, creería que se había enterado de cierto secreto.

—¿Qué secreto?

—No es cosa mía, Petrilla, no es cosa mía, y no te lo puedo decir: á más, no te tengo bien probada, y no me fio de tí.

—Tampoco yo: quién sabe por dónde tú andas.

—Oye ¿y está muy enamorado de tí Perea?

—Si yo me empeño, se casa conmigo.

—¡Hola!

—Sí, hombre, sí: ¿pues á qué puede aspirar un teniente de caballería en este mundo?

—Es hombre que tiene mucha suerte con las mujeres, muy vanidoso, y raya muy alto: él busca algo grande.

—Pues te aseguro que si yo le dijera cástate, se casaba.

—Engañale, Petra: ese hombre está metido en intrigas muy graves, y puede servirnos de mucho.

—Sí, yo he notado algo; le he oído nombrar á la princesa de los Ursinos, al abate de Estrés; esto me lo ha dicho para probarme que él tiene buenas relaciones en la corte, y que puede hacer mucho.

—Me parece, Petra, que ese no te busca para casarse, sino para ver si por tu medio deserreña una maraña: esto prueba que sabe que nosotros nos tratamos, y que él fué quien estuvo aquí anoche. Vamos, te voy á poner en antecedentes; en la inteligencia de que si me haces traición, te desuello viva.

Y Pommeferre contó todo lo que sabía á Petra.

—¡Ahl —dijo Petra—; ¿y qué es lo que tú intentas?

—Entre Perico Perea y la princesa de los Ursinos hay algo, no tengo duda de ello: si pudiéramos averiguar lo que hay, y hacer que el rey lo supiese, habíamos hecho nuestra fortuna, Petra, una fortuna inmensa.

—Pues descuida—dijo Petra—, que lo que haya que hacer yo lo haré; pero vete, que dentro de poco vendrá el marqués de Fuentes.

Pommeferre se fué y se entretuvo hasta las ánimas de taberna en taberna, visitando á antiguos conocidos.

A las ánimas, fué á una casa de alquiler de sillas de manos, y tomó dos, mandando las tuviesen dispuestas para las once de la noche.

Después se fué á casa de Marcos Calderón, cenó, y á las once tomó su guitarra, se fué á la casa de las sillas de manos, y las llevó con sus mozos á la entrada de la calle de las Huertas, por la plazuela del Angel.

Luego se acercó al postigo de la tapia del jardín de la casa de Alberoni.

En aquel momento se le unió Malegarde, á quien enviaba doña Esperanza.

—¿Has dejado arreglado lo de la puerta de Alcalá de manera que no haya impedimento?—dijo Pommeferre.

—Sí, mediante diez ducados que he dado á los guardas.

—Pues aléjate un tanto, que voy á hacer la señal.

Malegarde se alejó hacia las sillas de manos.

Pommeferre empezó á templar su guitarra, y antes de que acabase de templarla, se oyó un seseo en la reja.

Acercóse.

Era Giusseppina.

—¿Está dispuesta vuestra señora?—la dijo Pommeferre.

—Sí—contestó Giusseppina—; aquí está conmigo.

—¿Y el abate Alberoni?

—Durmiendo muy tranquilo.

—¿Estáis dispuestos?—dijo Giovanna, terciendo en la conversacion.

—Sí, señora—dijo Pommeferre—; os escoltaremos mi compañero Malegarde y yo, que valemos por un ejército y traemos dos sillas de manos.

—Pues cuanto antes—dijo Giovanna.

A poco se abrió el postigo y salieron.

CAPITULO VIII

DE CÓMO SE QUEDÓ SIN PAJES EL ABATE

ALBERONI

Las dos jóvenes entraron en las sillas de manos, que no eran muy decentes; como que eran de alquiler.

Los ganapanes que las conducían llevaban li-brea; pero los sombreros eran viejos, las pelucas de estopa, las casacas descoloridas, la camisa y las medias sucias.

Esto podía haberse visto si hubiera sido de día ó hubiera habido luz.

—Echad hacia la puerta de Alcalá—dijo Pommeferre á los lacayos alquileres.

Y montó á caballo, así como Malegarde.

—¡Ahl no te has olvidado de los arcabuces, y me alegro: ¡cuánto tiempo tiempo hace, Malegarde, que no tomamos un arcabuz en la mano!

—¡Bah, bah, bah! desde el sitio de Amberes.

—Pues, hijo, ya hace tiempo: vamos siendo viejos: ¡ah! pero mira, tú habrás traído algo de municiones.

—Sí, hombre, aquí traigo cuatro cartuchos.

—Pocos son.

—No parece sino que vamos á entrar en batalla.

—Quién sabe, Malegarde, quién sabe: dame. Malegarde le dió dos cartuchos.

—Sospechas algo—le dijo.

—Hombre, cuando se anda en aventuras de corte tales como éstas, es menester no descuidarse, porque donde menos se piensa salta la liebre; y si no se tiene algo con que atajarla; escapa: por aquí por Madrid podemos ir juntos, pero en saliendo al campo, yo delante y tú detrás, á siete ú ocho cuerpos de caballo de distancia de las sillas. Mucho ojo, hermano, no nos hagan alguna mala jugada.

—¿Sabes tú que me ha dado vergüenza de que esas señoras entren en tales sillas de manos?—dijo Malegarde.

—Y qué quieres, hombre: aquí no tenemos carroza, y como la señora no ha de salir de la quinta, no nos hacía falta.

—Pero ha podido pedirla la señora al señor marqués de Fuentes.

—Eso hubiera sido dar en que pensar.

—O al rey.

—Eso hubiera sido peor: deja, que ya se disculpará su alteza por la mala manera como hemos traído á estas dos buenas mozas.

—¡Y vaya si lo son! Daría yo cualquier cosa por verlas vestidas de mujer.

—Puede ser que se perdiera en el cambio porque parecieran menos jóvenes.

—Pues de buena gana me perdería yo con ellas.

—Calla, espíritu tentador—dijo Pommeferre—: buena la haríamos; pero á bien que esto no puede durar mucho.

—¿Tienes tú ya amores con alguna?

—Sí.

—¿Con cuál, oyes?

—¿Con cuál ha de ser?

—Con cualquiera, porque tú á todo te atreves.

—Con la doncella, hijo, con la doncella.

—¿Y la Petra?

—También con la Petra.

—Pero hombre, eres atroz; nunca me dejas nada: estoy viendo que acabaremos por reñir.

—Ahí tienes la mujer del maestro de escuela.

—Vaya, pues muchas gracias, hombre, porque al fin le dejas á uno algo.

—¿No te parece más que algo esa muchacha?

—Si por las carnes se mira, ya es más que algo y que aun algos.

—Es blanca, fresca, buenos ojos, buenos caballos...

—Sí, hombre, sí; un buena mujer; pero tiene la rareza de querer á su marido, á pesar de que el tal maestro de escuela parece un cigarrón.

—Qué quieres, hombre; el primer amor: mira, Malegarde, adelántate y que abran la puerta.

Malegarde picó á su caballo, y adelantó al trote.

Poco después, Pommeferre y las sillas de manos llegaron á la puerta, que estaba entornada.

Salieron, y la puerta volvió á cerrarse.

Pommeferre echó delante, ganando á las sillas una delantera de treinta pasos.

Malegarde se quedó otros treinta pasos á retaguardia.

Iban despacio; como que tenían que templarse á la marcha de los mozos de las sillas.

Tanto Pommeferre como Malegarde miraban cuidadosamente á los costados del camino; pero esto venía á ser inútil, porque á ambos lados, de trecho en trecho, había grupos de árboles.

Pommeferre llevaba cierta inquietud.

Sin saber por qué se le iba metiendo en la imaginación el señor Perico Perea.

Pommeferre sabía que el antiguo paje de la princesa de Tilly era capaz de todo.

Estaban ya á la mitad del camino entre dos hileras de espesos árboles.

Pommeferre sintió una verdadera inquietud, y desenganchó el arcabuz, lo torció por delante y lo amartilló.

—En otro tiempo, en viendo yo un bulto, aunque fuera de noche y á distancia, le atravesaba de un balazo: quiera Dios no tenga que probar si conservo la puntería.

Apenas había dicho esto, le salió de través al camino, de entre los árboles de la derecha, un jinete.

—¡Altol—dijo aquel jinete con voz robusta y amenazadora.

Pommeferre detuvo á su caballo y se tiró el arcabuz á la cara.

Lució un ligero relámpago, sonó una detonación; el jinete que había pretendido cortarle cayó al suelo, y su caballo salió á escape á lo largo del camino.

Otra detonación había sonado á retaguardia.

—Cuando yo decía...—exclamó con cólera Pommeferre.

Y se desenganchó de su cintura una pistola y revolvió su caballo.

Las sillas se habían quedado solas en medio del camino, rodeadas por algunos jinetes, cuyo número, á causa de la oscuridad, no pudo apreciar Pommeferre.

Pero vió, sí, que dos de aquellos jinetes venían sobre él.

Sonaron á un tiempo cuatro ó cinco pistoletazos.

Uno de los dos que acometan á Pommeferre cayó del caballo, sin exhalar un grito, como el primero que había caído.

Pommeferre conservaba su buena puntería, ya de arcabuz, ya de pistola.

Aunque habían disparado simultáneamente sobre él los dos que le habían acometido, no le habían herido.

Pommeferre tiró de la espada, y se fué al otro jinete que venía sobre él.

De repente sonó un silbido muy cerca, y el jinete sobre el cual iba Pommeferre hizo botar á su caballo, y salió de costado, perdiéndose por entre los árboles de la izquierda.

Pommeferre soltó un redondo voto en francés, y se quedó indeciso entre acudir á las sillas de manos ó seguir á aquel jinete.

Se decidió por lo segundo, y se metió por entre los árboles, pero con mala fortuna; como que no tenía estudiado el terreno.

Su caballo tropezó en el tronco de un árbol cortado y ahocicó.

Pommeferre le contuvo y logró impedir que arrodillase, lo que demostraba que, á pesar de su transformación de nueve años en las Ursulinas, se conservaba aún buen jinete.

Se mantuvo perplejo por algunos momentos.

—¿Y adónde voy yo?—dijo—: esos canallas han escapado ya: ¿quién sabe por dónde han tirado? veamos si se han llevado á las mujeres: yo no he oído gritos, y las mujeres chillan mucho cuando suceden estas cosas; pero con el ruido de los tiros y la sorpresa puedo muy bien no haberlos escuchado.

Pommeferre volvió al camino.

Se encontró con las dos sillas en medio de él, y con un hombre que venía á pie.

—¿Quién va?—exclamó Pommeferre.

—El demonio que nos lleve—contestó Malegarde.

—¿Eres tú?

—Yo soy.

—¿Y por qué estás á pie?

—Han dado un tiro en la cabeza á mi caballo.

—¿Y te has hecho algo?

—No, porque he caído bien, y he podido saltar de los arzones. Esto demostraba que también Malegarde era buen jinete.

—¿Y á ti te han herido?

—No; y he matado á dos.

—Y yo á otros dos—dijo Malegarde.

—Vamos á ver si están en las sillas las señoras.

—Sí, ¿chales un galgo—dijo Malegarde—: eran lo menos doce, y mientras la mitad se venían sobre nosotros, los otros sacaban á las señoras de las sillas.

—¡Por todos los santos del cielo y todos los demonios del infierno!—dijo Pommeferre—: ¿con qué cara nos presentamos á la señora? Esta es una vergüenza; y gracias á que no vive monsieur de la Chaumière y no ha sido él quien nos ha enviado; pero, en fin, esto es que la señora tampoco es blanda cuando llega la ocasión; pero yo no las he oído gritar.

—Hombre, se habrán desmayado.

—Tienes razón, porque á mí por poco me da algo, no de miedo, sino del compromiso; pero vamos á ver si se han quedado desmayadas y todo ahí, porque como tú y yo hemos echado abajo cuatro hombres, puede haberles entrado miedo y haberse ido sin ellas.

—Vamos á ver, hombre; pero maldita la confianza que tengo—dijo Malegarde.

Cuando se acercaron á las sillas, vieron que estaban abiertas.

Metieron las manos y encontraron las sillas vacías.

—Vamos á ver si alguno de esos está todavía vivo, y arrepentido con la muerte nos dice quién los ha traído—dijo Malegarde.

—Lo que es los míos la han llevado en la cabeza, y me parece á mí que ya tendrán la lengua fría.

—Pues no, que los míos...—dijo Malegarde—somos demasiado buenos tiradores.

—Pues mira, más vale así; porque hombre muerto no habla; pero vamos á ver.

Reconocieron los cuatro que estaban tendidos en el suelo, acá y allá, y se encontraron con que estaban muertos.

—Y no tienen uniformes—dijo Pommeferre.

—¿Y por qué dices eso?—contestó Malegarde.

—Lo digo, porque creo que quien nos ha hecho esta mala jugada es el teniente Perea.

—Pues eso claramente se saca en limpio—dijo Malegarde—; pero por ahora lo mejor es huir el bulto; puede ser que hayan oído los tiros en la puerta de Alcalá, porque el viento iba para allí.

—Tienes razón; pues mira, á caballo y fuera bultos; mi bicho es fuerte, y bien puede galopar con los dos á cuestas.

—Por lo que pueda suceder, Pommeferre, recogeremos los arcabuces y los cargaremos.

—Tienes razón.

Buscaron los arcabuces que habían arrojado después de servirse de ellos, los encontraron y los cargaron.

Después Pommeferre montó á caballo, y saltó á la grupa Malegarde.

Pommeferre lanzó el caballo á lo largo del camino.

—Supongo que no iremos á la quinta—dijo Malegarde.

—Por ahora no; no me expongo yo á la cólera de su alteza. ¿Tienes tú dinero?

—Siete ú ocho ducados; ¿y tú?

—Diez ó doce.

—Poco dinero es.

—Pero nos queda el caballo, que es muy bueno, y vale lo menos cuatrocientos ducados.

—Pero tiene la marca del señor marqués de Fuentes.

—Con un mal clavo ardiendo le embrollo yo la marca, que no la conoce ni el mismísimo demonio—dijo Malegarde.

El caballo galopaba; pero galopaba con trabajo.

—Vamos mal—dijo el inteligente Pommeferre—; el pobre bicho se resiente de la mano derecha; ya se ve, si dió un tropezón...

—Mientras no se enfríe, no le hace; apriétale, Pommeferre, que cuanto más le aprietes, mejor.

—¿Sabes que nos divertimos? Malegarde.

—Calla, hombre, que mientras se vive no está todo perdido; peor sería que los otros hubiesen hecho con nosotros lo que nosotros hemos hecho con ellos.

—Estoy inquieto—dijo Pommeferre.

—¿Y por qué, hombre?

—Los lacayotes de las sillas de manos han escapado, y con sus pelucas de estopa y sus sombreros y sus casacas llamarán por ahí la atención al primer guarda de campo que se les encuentre; y luego las sillas que se han quedado en medio del camino y que se reconocerán...

—¿Pero has dicho tú quién eras cuando fuiste á alquilar las sillas?

—Hombre, no; pero los lacayotes han visto de dónde salieron los dos pajes.

—¿Y eso qué le hace? El abate Alberoni no sabe que nosotros hemos ido por ellas.

—También es verdad; pero mira, mucha gente ha andado en el lance, y no sabes tú lo que pregunta y lo que repregunta un maldito de un alcalde; y si no, acuérdate de lo que nos molieron cuando el gitano mató á nuestro amo.

—Vamos llegando á la quinta—dijo Malegarde.

—Pues pasemos de largo.

Empezaban á entrar entre los árboles de los dos lados del camino.

—¡Alto quien sea!—dijo una voz robusta desde la entrada que por aquella parte tenía la quinta.

Malegarde afianzó su arcabuz; pero no veía á nadie.

Había hecho alto.

—¡Pie á tierra!—dijo la misma voz entre los árboles— ¡Pie á tierra, ó disparo!

—¿Sois de la quinta, vive Dios?—dijo Pommeferre.

—¿Y qué os importa?—contestó la misma voz.

—Es que nosotros somos de la quinta—dijo Malegarde.

—¡Ah! Entonces sois el señor Pommeferre y el señor Malegarde—dijo la voz.

—Los mismos.

—¡Bahl pues hubiera sentido una desgracia—dijo la voz más cerca.

Dos hombres habían salido de entre los árboles.

—¿Vosotros sois Lucas Cabezudo y el tío Manzampulas?—dijo Pommeferre.

—Los mismos—contestó Lucas Cabezudo.

—Pues nos venís como liovidos—dijo Pommeferre—; nos ha sucedido una mala aventura.

—Nosotros esperábamos aquí para lo que fuera menester—dijo Manzampulas.

—Pues ya estais haciendo falta.

—Ya lo estoy viendo—dijo Lucas Cabezudo—, porque venís dos sobre uno: señal de que se ha llevado el diablo un caballo; y dos personas que debían venir con vosotros, no vienen.

—Nos las han robado—dijo Pommeferre.

—¿Y no os da mala vergüenza de decirlo?—contestó Lucas Cabezudo.

—A cuatro hemos tendido, y mientras los hemos tendido, los otros se han llevado las señoras—dijo Pommeferre.

—Vamos, pues entonces es menester disculparos, porque eso le sucede á cualquiera; pero no tengais miedo, que ya daremos con ellas muertas ó vivas: esta tierra es nuestra.

—Como que no hay cortijero ni ventero que no nos conozca y que no nos respete—dijo el tío Manzampulas—; y lo que es nosotros, vamos á buscarlas: mucho será que antes de que amanezca no hayamos dado con ellas.

—¿Sí?—dijo Pommeferre—; pues mirad: yo me voy á Madrid, que también será mucho que no averigüe yo quién es el que nos ha armado esa emboscada.

—Creedme—dijo Lucas Cabezudo—: lo mejor que podeis hacer es dar cuenta de lo que ha pasado á vuestra señora, que estará esperando.

—Lo mismo me parece á mí—dijo Malegarde.

—Pues mira, entra tú en la quinta, que yo me vuelvo á Madrid.

Malegarde se dejó caer de la grupa al suelo.

—Veamos cómo está este bicho—dijo Pommeferre.

Y probó el caballo.

Se había enfriado y cojeaba de una manera terrible.

—¡Vaya!—dijo Pommeferre—; el pobre no sirve por ahora: vamos, vamos á la quinta, Malegarde, y suceda lo que Dios quiera.

—¿Qué ha de suceder!—dijo Cabezudo—: decid á su alteza que los dos compañeros de Bizarro van á buscar á las que se han perdido, y que darán muy pronto con ellas: y para no perder tiempo, adiós.

Manzampulas y Lucas Cabezudo tiraron hacia Madrid.

Pommeferre y Malegarde, tirando el primero del caballo, que cojeaba cada vez más, se entraron por la vereda que se internaba entre los árboles.

Una hora después, aparecieron de nuevo sobre otros dos caballos Pommeferre y Malegarde.

Adelantaron con cuidado á lo largo del camino, observando si encontraban gente.

Pero á nadie hallaron.

Llegaron al sitio del combate, y le encontraron tal como le habían dejado: con los cuatro muertos, las dos sillas abandonadas y el caballo que había montado Malegarde.

Siguieron adelante.

Pero antes de llegar á la puerta, torcieron á la derecha, buscaron el portillo por donde dos noches antes habían saltado, le saltaron otra vez, se

internaron en Madrid, y dejaron los caballos en la posada de Manzampulas.

Después se fueron á casa de Marcos Calderón, á la que llamaron.

—Al cabo de mucho tiempo abrió Marcos Calderón.

—¿Qué es esto?—dijo—: ¿á qué venís á estas horas?

—Vengo á que esteis dispuesto á acompañarme á casa del teniente Perea—dijo Pommeferre—: ahora voy á otra parte; entre tanto, aquí se queda con vos mi compañero Malegarde.

No le gustó mucho el huésped á Marcos Calderón; pero, en fin, hubo de tener paciencia.

Malegarde entró saboreándose con la esperanza de quedarse solo con la mujer de Marcos Calderón, y Pommeferre tomó el camino de la casa de Petra Pica.

CAPITULO IX

DE LAS AVENTURAS QUE ACONTECIERON AQUELLA NOCHE Á POMMEFERRE.

Temía Pommeferre, y no sin causa, que Petra Pica le hubiese hecho traición.

Recordaba entonces contradicciones de Petra, en que, confiado, no había reparado el día anterior.

Iba, pues, armado de todas armas para averiguar lo que pudiese, y obrar de una manera enérgica.

Se encontró conque el balcón estaba cerrado, lo que nada tenta de extraño, atendido lo que había sucedido la noche anterior.

Silbó, y la casa permaneció silenciosa.

Se cansó de silbar, y no tuvo contestación.

Arrostró por todo, y llamó á la puerta á grandes golpes, y tampoco obtuvo resultado.

Esto irritó por muchas razones á Pommeferre: ó no estaba en la casa Petra, ó le había engañado; la sorprendía con otro, y ella no podía abrir.

Qué otro podía ser aquél, era la confusión de Pommeferre.

Si era Perea, Perea no era el del rapto de Giovanna y Giussepina; porque á haber sido él, debía suponerse al lado de Giovanna.

Entonces, ¿quién había sido el autor del rapto?

Podía acontecer que este rapto proviniese de la princesa de los Ursinos, que lo sabía todo, y que podía muy bien por esta razón haber sabido que Giovanna debía tener una entrevista aquella noche con doña María de Ayala, que por tal nombre conocía á doña Esperanza, Pommeferre.

En este caso, la cuestión era muy grave para doña María, que estaba descubierta, y podía muy bien ocurrírsele á doña María que Pommeferre le había hecho traición.

No le llegaba, pues, á Pommeferre la camisa al cuerpo, y necesitaba salir de dudas.

Por otra parte, tenía celos; no se había decidido á elegir entre Petra y Giusseppina, cuando se encontraba con que Giusseppina le había sido robada, y con que Petra no le abriría la puerta.

Pommeferre, que tenía muy mal genio, se había puesto de un humor de los diablos.

Tentaciones tuvo de forzar la puerta de un pistoletazo.

Pero esta tentación era absurda, y la reprimió.

Dió la vuelta, y se encontró con la tapia de un pequeño jardín; pero ésta era muy alta, y como de construcción reciente, muy fuerte el enlucido.

Al cabo de algún tiempo volvió y se paró de nuevo frente á la casa de Petra Pica.

—O ella no está en su casa ó en la casa está éi —dijo Pommeferre—; llamemos de nuevo á ver si mientras yo he desaparecido, él se ha escapado.

Pommeferre llamó.

Por la primera vez no respondió nadie.

A la segunda se abrió el balcón.

—¿Quién es?—dijo la voz de Petra.

—Yo—contestó secamente Pommeferre.

—¡Ahl pues ya sabes por dónde se sube—dijo Petra.

—Pues no subo—contestó Pommeferre.

—Entonces, ¿á qué has venido?

—A nada; me basta con saber que estás en tu casa. Pero necesito ir á otra parte.

—Entonces no sé á qué has venido—dijo Petra con enojo.

—He alborotado á la vecindad, llamando, y no me ha contestado nadie.

—¡Ay, Dios! ¿cómo puede ser eso, cuando yo no he oído nada?

—Mira, métete adentro, porque me están dando tentaciones de soltarte un pistoletazo.

—Siempre serás tú el mismo hombre: no sé por qué te quiero yo.

—Pues mira, bien, sí, voy á subir; porque, bien mirado, si ha salido el otro, ya habrá tenido tiempo de volver á su casa.

Y Pommeferre trepó por la reja, salvó la balaustrada del balcón, entró en el aposento, y cerró las maderas.

Pommeferre se quedó frente á frente de Petra Pica.

—¿Quién ha estado aquí contigo?—dijo.

—Nadie, amor mío, nadie—contestó, colgándose al cuello de Pommeferre y temblando, Petra.

—Déjate de zalamerías y contéstame. ¿Quién ha estado aquí contigo?

—El marqués de Fuentes—dijo Petra—; y por cierto me has comprometido con tanto llamar y con tanto silbar. Su excelencia se ha ido muy disgustado.

—Mientes con toda tu boca, Petra; anoche me dijiste que el marqués se iba á las diez, y que podía yo venir á las once sin temor alguno.

—Es verdad: así lo ha hecho siempre el marqués; pero esta noche no se ha ido hasta las dos.

—Mientes, Petra; no ha sido el marqués el que ha estado aquí.

—¿Pues quién ha sido?

—Perico Perea.

—¡Ay, Dios mío, si no le puedo ver!

—Mira, Petra, te voy á dar tormento hasta que me digas la verdad.

Y la asió un brazo y se lo torció.

—No seas animal, Antolín—dijo Petra—; mira qué me estás lastimando.

—¡Ahl pues esto no es nada—dijo Pommeferre—; y después te voy á dar una paliza que vas á ver á Dios: ya sabes que yo tengo la mano dura.

—¡Suelta, por Dios, que me matas, que me descoyuntas el brazo!

—Pues habla.

—Es verdad: Perico Perea ha estado aquí—dijo Petra, no pudiendo resistir el dolor que le causaba el brutal torcimiento del brazo.

—¿Y por qué me has hecho traición?—dijo, soltándola y echando mano á la espada, Pommeferre.

—¡Ay, Dios mío, no!—dijo Petra—; yo no le quiero ni le he querido nunca: Perea ha estado aquí para tratar de otros asuntos.

—¡Ah! ya lo sabía yo eso—dijo Pommeferre—; los pajes del abate Alberoni, ¿no es verdad?

Y echó de una manera tan feroz mano á la espada, que Petra no se atrevió á negar.

—Es verdad—dijo.

—Eso lo tratasteis ayer por la mañana, ¿no es cierto?

—Sí—dijo Petra.

—¿Y por qué no me lo dijiste ayer tarde?

—Pensando en tí; porque Perico Perea me habla dicho que haríamos un muy buen negocio.

—¿Cuánto dinero te ha sacado Perico Perea?

—dijo Pommeferre, que ya se había puesto al cabo de todo.

—Quinientos ducados.

—Eres una necia—exclamó Pommeferre—: Perico Perea te habrá ofrecido casarse contigo, te habrá dicho sin duda que podrías hacer un gran servicio á la princesa de los Ursinos, y tú has caído en el lazo.

Petra miraba con espanto á Pommeferre.

Este la adivinaba.

—¿No es cierto lo que yo digo?—dijo Pommeferre, haciendo un nuevo y terrible gesto de amenaza.

—Sí, Antolín, sí—dijo Petra, cayendo aterrada de rodillas, porque Pommeferre estaba descompuesto de cólera.

—¿Conque es decir que Perea fué el que estuvo aquí al amanecer, que almorzó tranquilamente, y vió sin duda una carta que yo tenía en el bolsillo?

—Sí.

¡Idelme! ¿Y de qué manera la abrió y volvió á cerrarla, que no se conocía? Vamos, será preciso que yo le mate al fin.

—Harás bien—dijo Petra—; porque me voy convenciendo de que es un traidor.

—¡Ah! ¿y cómo te has convencido de su traición?

—Miraba de una manera tal al más hermoso de los pajes, á la señora, que yo vi que á quien él quería era á ella, y que todo lo que yo habla procurado era comprometerla para que fuese su esposa.

—¡Ah! ¿con que tú sabes dónde está la señora Giovanna Castil—dijo Antolín.

—Y tanto como lo sé: ya ves tú, cuando estabas llamando á la puerta, estaban aquí con Perico Perea esa señora y su doncella.

—¡Por San Dionisio y por Santiago, y por todos los santos que han matado mala gente, que

no sé cómo no te hago pedazos, bribona! ¿Y dónde están?

—Perea se ha ido con ellas en el momento en que tú desapareciste de la calle...

—¿Y cómo es que no ha gritado esa señora al saber que yo estaba aquí?

—¡Si ella estaba contenta y lo más amorosa del mundo con Perico Perea!

—Pues mira, ahora mismo vas á ponerte el manto y á acompañarme adonde el señor Perea ha llevado á esas damas.

Estaba tan aterrada Petra, que no se atrevió á negarse.

Cogió su manto, se lo puso, y salió con Pommeferre.

—Yo podía haberte dicho dónde estaban; pero sería inútil que llamasas, porque no te abrirían: llamaré yo, abrirán, y entonces puedes entrar tú; te temo, Antolín, te temo, y no quiero que hagas conmigo una atrocidad. Dame tu brazo: me he asustado tanto, que apenas puedo andar.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia San Andrés.

—Pues largo tomas el viaje, muchacha.

—Sí; allí vive una amiga mía, á quien yo tenía hablado.

—¡Hola! ¡conque contaba el señor Perico Perea con quitarnos las dos damas!

—Sí.

—¡Y tú te habías prestado á servirle, olvidándote de quién soy yo, y cómo las gastó!

—Ya ves tú, hace nueve años que no nos vemos: no se puede fiar gran cosa en tí: en otro tiempo me dejaste á la misericordia de Dios, porque te enamoraste de otra: Perico Perea había sido mi primer novio: es verdad que le dejé por tí; pero hazte cargo, Antolín, él es un caballero oficial.

—¡Ah, sí!—dijo Pommeferre—: ¡y como tú eres una señora!

—Entre ellas ando, y no se conoce la diferencia—dijo, picada, Petra.

—Eso es: te ofreció casarte contigo.

—Pues y ya lo creo; y que antes que casarse conmigo, le harían capitán, y si moría antes que yo, me quedaría viudedad.

—Ciertamente—dijo Pommeferre—; no hay que dudar que ganabas. ¿Y quién iba á hacer capitán al señor Perico Perea? Porque ya ves tú, entró de alférez en campaña, y á los nueve años sólo ha logrado ser teniente; pero ya, ya com-

prendo: como se trataba de hacer un gran servicio á la princesa de los Ursinos, habfa que contar con el agradecimiento de esa señora.

—Ciertamente—dijo Petra.

—Oye: ¿y qué servicio es el que ha pretendido hacer ó ha hecho Perico Perea á la princesa de los Ursinos?

—Se trata no menos que del casamiento del rey con una princesa que se llama Isabel Farnesio; y esto, según dice Perea, no le conviene á la princesa de los Ursinos.

—¡Ah, yal! ¿y para eso se ha apoderado Perea de la señora Giovanna Casti?

—Sí; para entregársela á la princesa de los Ursinos.

—Ya: ¿y qué tiene que ver eso con el casamiento del rey con la princesa de Parma?

—Con la princesa de Parma, no, con Isabel Farnesio—dijo Petra.

—Necia: Isabel Farnesio y la princesa de Parma son una misma persona.

—¡Ah! yo no lo sabía—dijo Petra—. Pues bien; esa señora, que ha venido á Madrid disfrazada de paje del abate Alberoni, es dama de honor de doña Isabel Farnesio.

—¡Ah, yal... y el señor Perico Perea ha dicho:—La princesa de los Ursinos podrá saber por la dama de honor de la princesa de Parma todo lo que secretamente se haga para el casamiento del rey con ella.

—Eso es.

—Necia: ¿para qué necesitaba Perico Perea de tantos rodeos? ¿No le bastaba con revelar á la princesa lo que sabía por una equivocación del abate Alberoni, que se ha fiado de él? Lo que quiere el señor Perico Perea, y lo ha conseguido, es comprometer á la señora Giovanna Casti para obligarla á ser su esposa; y como no tenta dinero para apoderarse de ella, se ha valido de ti, excitando tu ambición con el cebo de una recompensa de la princesa de los Ursinos. Has perdido tu dinero, y me alegro, porque lo mereces.

—¡Oh, Dios mío! Es verdad—exclamó Petra.

—Y es el caso—dijo Pommeferre—, que te vas á quedar sin él y sin mí. Pero anda, anda deprisa, que ya sabré yo lo que tengo que hacer contigo.

—Tú tienes la culpa; yo no podía fiarme de ti.

—Sigue, sigue, y sírveme bien: sin saber cómo, te encuentras metida en negocios muy graves, y ya que te has comprometido hasta este

punto, sal del compromiso no engañandome, procurándome los medios de obrar; esto puede todavía tener remedio. Tú me llevas engañado: no me engañes, Petra, porque te podrá costar muy caro.

—No, no te engaño—dijo Petra.

—Tú me llevas á algún lugar que te haya indicado el hermano Perea, donde éste me tenga preparada una traición; y sería yo indigno del nombre que llevo y de mi historia, si cayese en una trampa armada por ti.

—¡Ay, Dios! ¿y crees tú que pudiera entregarte?

—Por si acaso, te advierto que yo no te suelto; que al primer indicio de traición que vea, te meto la daga por un costado hasta que salga la punta por el otro.

—Tú tienes la culpa de que yo haya querido engañarte—dijo llorando Petra Pica; porque te tengo miedo.

—¡Hola, Petral! Si me llevas adonde está esa señora, te juro no sólo perdonarte lo que has hecho, sino quererte mucho, mucho, casarme contigo, partir contigo lo que me darán si salgo bien de este negocio.

—¿Me lo juras?—dijo Petra,

—Te lo juro por mi alma.

—Pues bien; esa señora está casa de Perico Perea.

—¿Y por qué me llevabas tú á la parroquia de San Andrés?

—Porque yo había dicho: en tomando camino muy largo, malo será que no me encuentre con una ronda, y encontrándome con una ronda me amparo de ella, y digo que el hombre que me acompaña es un mal hombre, que se ha metido en mi casa, y que me ha obligado á que le sirva: el alcalde te hubiera preso, y puede ser que á mí también; pero por el momento hubiera yo librado el pellejo: el marqués de Fuentes me hubiera sacado, y como me quiere y tiene mucho dinero, te hubiera puesto á ti en lugar donde no hubieras podido hacerme daño.

—¡Bribona como tú!—dijo Pommeferre—: si no me hicieras falta para que abriera la puerta el teniente, aquí mismo te abría yo en canal; de tal manera, que en vez de una mala mujer se encontrasen dos.

—Mira, Antolín, que empiezo á dar voces.

—A la primera voz que des te quito el habla: echa hacia casa del teniente, y que no tenga yo que arrimarte las espuelas, Petra.

—Pero eso no es lo que se ha tratado.

—Si entre nosotros no puede haber ya buenos tratos, mujer; si está todo echado á perder: anda, anda, y lleguemos cuanto antes.

Sosteniendo una conversaci3n de este g3nero, y deteni3ndose y llorando Petra, y empuj3ndola y amenaz3ndola Pommeferre, llegaron á la calle del Turco, á una mediana casa situada en el mismo lugar donde hoy lo est3 la Escuela de Sordo mudos.

—Oye, Petra; ¿ves esto?—dijo Pommeferre.

—¡Ay, Dios m3ol s3!—contest3 Petra—: es una pistola.

—Pues mira, con ella te muerdo en el momento que no hagas lo que yo te diga.

—¿Y qu3 he de hacer?

—Mira, yo voy á embeberme aqu3 en el hueco de la puerta; t3 vas á llamar; cuando respondan, dices qui3n eres, y que tienes que hablar necesariamente con don Pedro Perea, que importa. Conque á ver c3mo respondes, y no des lugar á que yo haga contigo una de las m3as.

Y Pommeferre asent3 tres fuertes golpes con el llamador sobre la puerta.

A poco se abri3 un balc3n, y dijo Sim3n:

—¿Qui3n llama á estas horas?

—¿Est3 vuestro amo?—contest3 Petra Pica.

—Mi amo no recibe á estas horas mujeres—dijo Sim3n—; perdone por Dios, hermana.

—¿Qu3 sabe el soldadotel Decid á vuestro amo que para un asunto muy urgente viene á buscarle doña Petra Pica.

—¿Y qu3 se os ofrece, señora?—dijo la voz de Perico Perea.

—No os lo puedo decir—dijo Petra, mirando con miedo á Pommeferre, que la ten3a encañonada con la pistola—: es muy grave y os importa mucho; si quereis saberlo, abrid.

—Esperad—dijo Perea.

Y baj3.

Ant3ln Pommeferre oy3 correr los cerrojos, y dijo á Petra:

—Vete á tu casa; aqu3 ya no haces falta.

Petra se apresur3 á escapar.

La puerta se abri3.

Perea estaba completamente vestido de uniforme.

Pommeferre empuj3 la puerta, puso la pistola delante de los ojos á Perea, y le dijo:

—¡Echad para adelante, 3 paso sobre vos!

—¿Qu3 es esto?—exclam3 Perea.

—Esto es que est3 de Dios que yo os mate—dijo Pommeferre: cerrad la puerta.

—Me habeis cogido á traici3n—dijo Perea cerrando; pero peor para vos si no me matais.

—¿Habeis cerrado ya?

—S3.

—¿D3nde est3n esas señoras?

—Direis mi esposa.

—En buen hora, vuestra esposa: la señora Giovanna Casti, la que me habeis quitado á traici3n en el camino de Alcal3.

—Señor Ant3ln Pommeferre, entre nosotros no hay que hablar de traiciones; yo hago lo que puedo, y vos haceis lo que podeis: me habeis cogido desarmado; s3 quien sois; y como no quiero morir, porque espero, y ser3a una tonter3a perder lo que espero por hacer el h3roe, me rindo á discreci3n: mañana ser3 otro d3a.

—En buen hora, señor Perico; pero no perdamos el tiempo: quiero ponerme á disposici3n de esa señora.

—Os advierto que esa señora me ama y est3 muy contenta en mi casa.

—Bien podr3 ser, pero no lo creo.

—Venid á verlo.

—Echad delante, y cuenta con que apagu3is la luz para escurrirlos, porque al primer movimiento que hag3is, disparo y os levanto la tapa de los sesos.

—Como sois muy capaz de hacerlo y yo no quiero que me la levant3is, tomad la buj3a, no sea que me la apague el aire y cre3is que yo la he apagado.

Pommeferre tom3 la buj3a, apoyando primero por si acaso la boca de la pistola en el pecho de Perea.

Era un p3caro que cog3a á otro p3caro.

As3, el uno tras el otro, subieron las escaleras, y entraron en una sala donde estaban los dos pajes del abate Alberoni, esto es, Giovanna y Giussepina.

—Y bien—dijo Pommeferre—: heme aqu3, señora, dispuesto á todo por vos.

—Vos sois uno de los criados de su alteza, ¿no es esto?—contest3 Giovanna—, que estaba seria, pero tranquila.

—S3, señora.

—¿Sois el que fu3 encargado de llevarme á cierto lugar?

—S3, señora.

—Y me habeis vendido si i duda á este caballero, ¿no es verdad?

—En prueba de que no os he vendido, decidme matadle, y le sacó al Prado y entre los árboles le doy de estocadas.

—No; yo no quiero que ese caballero muera, de ningún modo, á no ser que se niegue á ser mi esposo, que no lo espero: en ese caso, aceptaré vuestro ofrecimiento.

—¿Sabéis que os aman mucho, señor Pedro Perea?—dijo Pommeferre.

Perea estaba pálido y trémulo de cólera.

—¿Conque es decir—exclamó Pommeferre, que habéis abusado de la debilidad de una dama, como un infame que sois?

—¡No!—exclamó Giovanna, poniéndose enérgicamente de pie—: yo no hubiera vacilado entre la muerte y la deshonra.

—Pues entonces, señora, venos conmigo á casa del abate Alberoni, enviad enhoramala á este pícaro, y dejad que le castigue.

—No; eso será si mañana á la noche no es mi espo—dijo profundamente Giovanna.

—Pues no lo entiendo—dijo Pommeferre—; á no ser que le améis...

—Sí, le amo—dijo Giovanna—; pero no puedo menos de estar irritada por haberse atrevido á apoderarse de mí, ni puedo tampoco perdonarle hasta que satisfaga mi honra, puesta en lenguas; porque hay una mujer que sabe que yo he estado en poder de este caballero, á más de los hombres de quien se ha valido para robarme.

—Señora—exclamó Pommeferre—: no achacéis á cobardía nuestra el que no pudiéramos defenderos: cuatro hombres hemos matado mi camarada Malegarde y yo; pero mientras los matábamos, otros os arrebataban.

—Lo sé y no os culpo—contestó Giovanna—; os recompensaré, del mismo modo que á vuestro compañero. Ahora, señor don Pedro Perea, id delante y abrid las puertas de vuestra casa á fin de que salgamos con este buen hidalgo.

—¿Y nada más me decís, señora?

—Aún no me he despedido de vos; id.

Pedro Perea, tratado de este modo, tomó una bujía y precedió á Giovanna, Giusseppina y Pommeferre.

Simón estaba impasible en lo alto de las escaleras.

Perea las bajó, atravesó el zaguán, y abrió la puerta.

—Adiós, caballero—dijo Giovanna—: hoy iréis á casa del abate Alberoni temprano, á la hora del almuerzo, á las nueve, y me pediréis

formalmente por esposa: estaréis preparado para esta noche; pero á nadie digáis nada, porque el casamiento será secreto.

—Iré, señora—contestó Perea.

Giovanna y Giusseppina salieron.

Perea cerró la puerta.

Empezaba á amanecer.

—No podemos ir en el momento á casa, porque hemos perdido la llave del postigo—dijo Giovanna—; pero la mañana es fresca y hermosa; recogeos la espada, señor Pommeferre, de manera que no se os vea debajo de la capa, y quitáos las espuelas; así, aunque algún madrugador nos vea, como tenéis bayetas y cara de acólito, y nosotras vamos vestidas de pajes de clérigos, nadie extrañará el vernos paseando por las huertas de Atocha, donde almorzaremos.

—Tenéis razón, señora—dijo Pommeferre, quitándose las espuelas, que después de quitadas sujetó en su cinturón, y subiéndose la espada de manera que no se le veta debajo del manto—; en cuanto vea yo á un cristiano que pueda verme, echo la cara de sacristan; la diablura consiste en las botas de montar; pero en fin, creerán que me las he puesto porque tengo reuma y le temo al rocío que se queda entre la hierba.

—Cualquiera cosa; la verdad es que me habéis salvado, y que no sé cómo agradecerólo.

—Lo que yo siento, señora, es que no he podido evitar el mal rato que habéis pasado; ¿pero será posible que queráis casaros con un hombre tal?

—Sí por cierto; no quiero que haya la más leve sombra sobre mi honor; ese hombre me ha llevado á casa de una mujer de mal aspecto, y he tenido necesidad de toda mi energía, de todo mi valor y del valor de Giusseppina para no ser perdida.

—¿Pero no oísteis que llamaban á la puerta? ¿No oísteis después mi voz que llamaba á esa mujer? ¿Por que no os amparasteis de mí?

—Vos estabais en la calle, y yo dentro de la casa; temí un escándalo. Pero vamos, vamos deprisa; nos metemos en una de las huertas y esperaremos á que sea hora de que abran la puerta de la casa de Alberoni, para entrar como si volviéramos de un paseo de mañana.

—Ahí enfrente tenemos la huerta de Arroyo, y ya la han abierto.

—Pues entremos, entremos; pediremos por pretexto un almuerzo; Giusseppina y yo tomaremos un refresco, que bien lo habremos menester, y vos almorzaréis si gustáis.

—Cierto que almorzaré, señora—dijo Pommeferre, porque con lo que he trotado esta noche, con los dos hombres que he matado y con la cólera que he pasado, me ha entrado un hambre que no la puedo resistir; yo soy así, tengo muy buen estómago.

—A propósito; ¿traéis dinero? Porque á mí no se me ocurrió prevenirme.

—Mi señora me ha llenado los bolsillos de oro por lo que pudiera suceder.

—¿Y sabe vuestra señora el lance?

—Sí, señora.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha encargado que os busque á todo trance.

—Pues lo habéis hecho bien, señor Pommeferre; porque al fin me habéis encontrado y me habéis salvado de una vergüenza; bien es verdad que vos habéis tenido la culpa de todo.

—¿Yc, señora?

—Sí por cierto; porque con mi carta os fuisteis casa de esa mala mujer, donde os encontré dormido ese miserable, y pudo apoderarse de mi carta, leerla, volverla á cerrar... Todo, todo lo sé, y todo proviene de vuestras malas amistades.

Entonces comprendió Pommeferre el por qué de lo fría, de lo altiva, de lo ceñuda que se le mostraba Giussepina.

—Voy á rajár de alto abajo al teniente Perea en cuanto os caséis con él; id previniendo los lutos, señora, porque os vais á casar con un muerto.

—Os cojo la palabra—dijo Giovanna, mirando á Pommeferre de una manera que le espantó.

Tal energía, tal fuego sombrío había en su mirada.

—Pues lo dicho, dicho—contestó Pommeferre.

—Sí—repuso Giovanna—; pero por ahora no; me hace falta ese hombre.

—Bien, señora; con tal de que un día me digáis: libradme de ese estorbo, me satisfago.

—¡Ave María Purísima!—dijo Pommeferre entrando en la casa de la huerta, y poniendo su humilde y clerical semblante de monago.

—Sin pecado concebida—dijo un mozo que estaba en la puerta.

—¿Habrá un aposento donde tomemos un refrigerio estos pajes y yo?—dijo Pommeferre.

Giussepina, á pesar de su enojo, se echó á reír y le dió el corazón tres vuelcos por Pommeferre.

Era aquel mucho tunante, y las mujeres de

medio pelo se mueren, no sabemos por qué, por esta especie de pillos, y se lo perdonan todo.

—Siempre ha de estar de buen humor este señor José—dijo Pommeferre—: más vale así. ¡La juventud, señor, la juventud! ¡Quién tuviera ahora quince años y lo pasado pasado! Vamos, amigo, llevadnos á ese aposento.

—Vénganse detrás de mí—dijo el mozo.

—Y para abreviar, amigo—dijo Pommeferre—: ¿qué nos podéis dar de almorzar?

—Aves, caza, pescados...

—Bien, bien, traed de esas tres cosas lo que estuviere más fresco y mejor.

Entraron en un pequeño aposento, en el cual había una mesa redonda en que quedaban los restos de una cena.

—Mal huele aquí—dijo Pommeferre—: huele...

—A todos los cuartos les queda este olor por la mañana; porque como el verano es caluroso, viene aquí mucha gente alegre con sus amigas...

—No digáis eso delante de estos jóvenes ni delante de mí, que somos personas castas: traed un sahumario.

—Y una garrafa con agua de limón—dijo Giovanna, que estaba excitada.

—¿Antes del almuerzo?

—Pues por supuesto, hombre—dijo Pommeferre—; otros hacen boca con aguardiente y nosotros la hacemos con agua de limón: eso va en gustos.

—¿Helado el limón?

—Por supuesto, hombre, helado—dijo siempre con su acento nasal y en una salida de tono Pommeferre—: sois pesado y preguntón.

—Voy, voy al momento.

Y el mozo, sin duda por contrariar la calificación de pesado que debía á Pommeferre, volvió á poco, trayendo una chufleta en que humeaba estoraque.

Había allí olor á viandas, á vino vertido, á tabaco.

El mozo se apresuró á traer una gran garrafa con agua de limón y vasos.

Arrolló el mantel que estaba sobre la mesa, puso en ella el servicio, y se llevó lo que sobre la mesa había quedado.

Apenas salió, Giovanna llenó un vaso y lo bebió con ansia.

Luego llenó otro.

—¡Eh! poco á poco, señora, no lo consien

os podéis poner mala; estais encendida como un pavo.

—¡Ah! ¡el horrible compromiso en que me veol—exclamó Giovanna.

Y se echó á llorar.

—¡Eh, por Dios, señora, que va á venir ese hombre!

Giovanna se levantó, se fué á un balconcillo que había en el aposento, y quedó de espaldas á la puerta.

Giusseppina se fué con ella.

A poco entró el mozo, trayendo un nuevo servicio.

—¿Sabéis que tenéis el pie como yo?—le dijo Pommeferre.

—¿Por qué decís eso?—contestó con extrañeza el mozo.

—Habéis de saber—dijo Pommeferre—, que los lacayos de mi amo me han jugado una mala pasada para reirse de mí cuando vrelva del paseo que doy todas las mañanas con estos pajes de su ilustrísima; porque yo soy ayuda de cámara del señor arzobispo de Tesalónica, ¿entendéis?

El mozo miró con doble extrañeza á Pommeferre.

Tal arzobispo no parecía por el mundo.

—Pues—continuó Pommeferre—se han introducido en mi cuarto esta noche, se han llevado mis zapatos, me han dejado estas botas de montar, y yo dije: bueno; á la huerta de Arroyo vamos: para llegar allí hay que pisar mucha hierba mojada por el relente, y no me vienen mal las botas; yo haré que las pierda, y con eso no volverán á embromarme: mirad, son muy buenas, de vaqueta fina y lustrada; como que su ilustrísima tiene muy bien equipados á sus lacayos: ya podríais sacar vos por ellas cuatro ó cinco ducados.

—Ni por diez las daría yo si fueran más.

—Vaya, pues tenedlas por vuestras.

—Muchas gracias—dijo el mozo—: y hacéis bién; así no volverán á burlarse de vos esos malditos.

—Pero como no he de irme descalzo, traedme unos zapatos.

—Y nuevos y sin estrenar que van á ser; y buenos, como que han costado dos ducados.

—Vaya, vaya, id.

El mozo se fué, y volvió á poco ráto con un par de zapatos negros

Pommeferre se quitó las botas y se calzó los zapatos.

El mozo se llevó las botas de montar.

—Perfectamente—dijo Pommeferre—; ahora no tienen nada que extrañar.

El mozo volvió trayendo un guiso.

—Traed de una vez todo lo que hubiéreis de traer—dijo Pommeferre—, y no volváis hasta que se os llame.

Al fin, quedaron solos.

Pommeferr cerró la puertae.

Giovanna y Giusseppina se quitaron del balcón.

—Y decidme, señora—preguntó Pommeferre—: ¿por qué habéis de casaros vos con ese mal nacido? ¿no es mejor que yo le castigue? ¿teméis que se sepa esta aventura? Haré también cailar á la mujer en cuya casa habéis estado.

—¿Y los hombres que han quedado vivos? ¿y los que conducían las sillas de manos? Pues qué, ¿creéis que no tomará parte en este negocio la justicia? ¿creéis que no se averiguará lo que ha sucedido, y que por más que se eche tierra al negocio, por el género de personas que en él figuran, no habrá quién sepa que Giovanna Casti, que la condesa de Ansoleto, disfrazada de paje del abate Alberoni, ha estado perdida toda una noche con un oficial de Guardias? Esto no puede ser, yo os lo aseguro; es indispensable un casamiento. Ya es bien de día; ya estará abierta la puerta principal de la casa del abate, y podemos volver: almorzad cuanto antes.

—¡Ah! yo concluyo en cinco minutos—dijo Pommeferre.

—Pues bien, conclud.

Pommeferre, por consideración á Giovanna, se quedó á medio almorzar, llamó, pagó, salieron de la huerta, y un cuarto de hora después, Giovanna entraba casa del abate Alberoni.

—Señor Pommeferre—dijo Giovanna—, avisad á vuestra señora de lo que ha sucedido.

—Sí, sí, señora, se le avisará; pero yo me quedo aquí á vuestra disposición: se me encontrará en la hostería de Segura, donde si el abate Alberoni quiere saber noticias más por extenso, puede verme ó enviarme á buscar. Adiós, pues, señora, y tranquilizaos; ya sabéis que podéis disponer de mí, señora Giusseppina; será muy posible que esta noche toque yo la guitarra y que vos la oigáis.

—Id, id con Dios, señor Antolín.

Giovanna y Giusseppina se entraron en la casa.

Pommeferre se quedó en medio de la calle, meditando á qué sitio iría con preferencia.

—He dejado la guitarra—dijo—, casa de Petra; y á más de eso, tengo yo que ajustar á la tal una buena cuenta: son las cinco; hay que enviar á Malegarde á la quinta: lo primero, es lo primero: Malegarde á la quinta con la relación de todo lo acontecido: después casa de Petra.

Después de este programa, Pommeferre tomó á buen paso hacia el callejón del Gato.

CAPITULO X

DE CÓMO MANZÁMPULAS Y CABEZUDO SIRVIERON
MÁS DE DAÑO QUE DE PROVECHO

Como habían prometido á Pommeferre, los dos bandidos se pusieron á buscar la pista de los raptos de las dos damas.

Fueron y vinieron por veredas y trochas, reconocieron escondrijos, y á las dos horas se encontraron con un jinete que atravesaba harto deprisa por una senda.

Empezaba á alborar.

La escena pasaba entre unos árboles, junto al puente de Viveros.

El jinete tenía un sombrero bastante usado, una capa parda, unas botas de montar, viejas, llevaba arcabuz á la concha, y el caballo era fuerte, pero de mala catadura; caballo de contrabandista ó matutero, enflaquecido por el continuo trabajo.

El jinete tenía también muy mala facha.

Lucas Cabezudo, en cuanto le vió, le dijo, echándose el arcabuz á la cara:

—¡Alto ó mueres!

—¡Compadre!—dijo el del caballo—. Entre sastres no se pagan hechuras; ¡pues estaría de ver que Lucas Cabezudo robase al Bermejol!

—¡Ah!—dijo Lucas—. ¿Eres tú, buena pieza? Perdona, perdona, hombre; pero como llevabas el embozo tan subido...

—¿Qué quieres, os había visto el bulto y no sabía quiénes érais; porque todavía estamos entre dos luces; pero no venía desprevenido, porque mira.

Y desembozándose, dejó ver á Lucas Cabezu-

do y á Manzámpulas un largo pistolete amartillado.

Le desarmó, se lo puso en la cintura, y echó pie á tierra.

—Yo iba—dijo—á tomar la mañana al ventorrillo del Chisgo; ¿queréis venir?

—Si pagas tú, por qué no—dijo Cabezudo.

—Otras veces podría menos que ahora—dijo el Bermejo, que era un hombre como de cincuenta años, muy mal encarado.

Y golpeó un bolsillo, que dejó oír el tentador sonido de la plata.

—Pues has tenido suerte—dijo Manzámpulae—; nosotros no hemos tropezado en toda la noche con nadie más que con cuatro muertos.

—Pues por un milagro no soy yo de los muertos—dijo el Bermejo.

—¿Cómo es eso? ¿Pues qué ha sucedido?—dijo Lucas Cabezudo, haciéndose de nuevas.

—Parémonos, y os lo contaré antes de entrar en el ventorrillo; porque á vosotros se os puede decir todo; pero el Chisgo es muy hablador, y como se trata de un asunto gordo...

—Vamos, pues cuenta, hombre—dijo Manzámpulas.

—Ayer tarde estaba yo paseandome en la Fela, y bien triste, porque no tenía un cuarto; el jaco y yo no habíamos comido en dos días; no sabía qué hacerme, cuando he aquí que pasa junto á mí un señor oficial de la Guardia Walona, joven y buen mozo, y me dice sin detenerse:

—Sigueme á la larga.

—¿Qué me querrá este señor?—dije yo para mí—. Pues con seguirle nada se pierde.

El oficial tomó hacia el puente de Segovia, le pasó, torció á la derecha, se metió por entre los árboles del río, y yo detrás.

Cuando el oficial estuvo en sitio espeso, donde nadie podía vernos, se detuvo.

—¿Qué eres tú?—me dijo.

—Yo me quité con mucha cortésia el sombrero, y le respondí:

—Yo soy un pobre, señor, que se muere de hambre, y si vuesa merced me da una limosna, Dios se lo pagará.

El teniente metió mano al bolsillo y me dió seis ducados: digo, ¡seis ducados á mí, que por dos soy capaz de saltar por encima de la torre de Santa Cruz!

—Vuesa merced—le dije—, me habrá dado esto por algo; porque seis ducados son mucho para limosna.

—Te he dado eso—me dijo—, para que cobres confianza y me respondas sin engañarme: tú eres un buscavidas, ¿no es verdad?

—Hago lo que puedo para ganarme el pan.

—¿Aunque te expongas á ir á galeras?

—Ya ve su merced que cuando el hambre aprieta mucho no se repara en nada.

—Me pareces hombre de bríos.

—Así, así, señor: lo que basta para un empeño de honra.

—¿Eres tú jinete?

—¡Vayal como que soy soldado viejo de las corazas de Farnesio.

—¿Y conoces á algunos otros como tú?

—Sí, señor.

—¿Como cuántos?

—Buenos, buenos, ocho ó diez, qué creo que bastan para cualquier cosa; porque creo que vuesa merced no querrá tomar una ciudad.

—Me basta con esos ocho ó diez, si son buenos.

—¿Y cuándo los necesita vuesa merced?

—Para esta noche á las diez.

—¿Dónde?

—Cerca del camino de Alcalá, entre la puerta y la quinta del marqués de Fuentes.

—¿A caballo?

—A caballo, con pistolas, arcabuces y espadas.

—¿Y qué se va á hacer?

—Robar dos pajes que pasarán por el camino escoltados por sólo dos hombres.

—Pues os habéis lucido—dijo Lucas Cabezu-do—: los tales dos hombres han matado á cuatro de vosotros, y no habéis podido hacer el robo.

—Poco á poco: los dos que iban con los pajes eran gente que lo entendían: de dos arcabuzazos y de dos pistoletazos, dos hombres á tierra con los tiros en la cabeza; pero como éramos diez, los otros seis sacamos las dos mujeres de las sillas de manos.

—¿Pues no eran pajes?—observó Lucas Cabezu-do.

—De pajes iban vestidos—dijo el Bermejo—; pero eran dos mujeres, y muy hermosas.

—¿Y qué hicisteis con ellas?

—No lo sé; porque yo, cuando íbamos á campo traviesa, me dió el olor de los migueletes, y escapé: no sé si á los otros les habrán echado mano.

Como si la palabra miguelete hubiera sido

una evocación, aparecieron cuatro entre los árboles, se echaron encima de Manzámpulas, de Lucas Cabezu-do y del Bermejo, y los aseguraron, apuntándoles con las escopetas.

—¡Daos presos al rey nuestro señor, canallas!—dijo el cabo que los mandaba.

—¿Y por qué se nos prende á nosotros?—dijo Lucas Cabezu-do.

—Porque sois gente sospechosa, y es muy posible sepais por qué hay cuatro difuntos en el camino y dos sillas de manos.

—¿Y nosotros qué sabemos de eso?

—Ya responderéis á quienes tengais que responderle: á ver, pronto, á tierra las armas, y también á tierra vosotros.

Cogidos por sorpresa, no se atrevieron á resistir; porque los migueletes eran gente que tardaban muy poco en hacer fuego.

Los ataron codo con codo, y los condujeron á la cárcel de corte.

Ya estaban allí los mozos de las sillas de manos, que habiendo escapado despavoridos por el campo, habían sido presos por los guardias rurales.

Cuando entró el día se contó en la corte que se habían encontrado cuatro muertos de muy mala traza en el camino de Alcalá, junto á dos sillas de manos, y se dijo también que habían sido presos los cuatro mozos de las sillas, que se habían encontrado corriendo por el campo, y tres bandidos.

La princesa de los Ursinos, que no miraba con indiferencia ningún incidente, llamó á Orrí y le dió una real orden para que se averiguase especialmente, fuera de la jurisdicción de la justicia ordinaria, lo que en aquello hubiese.

Orrí envió á su secretario, monsieur Lesseps, que de nuevo tuvo ante sí, en la sala del tormento, al tío Manzámpulas.

Un nuevo alcalde autorizaba á Lesseps.

Manzámpulas reconoció á éste y se echó á temblar.

Lesseps reconoció también á Manzámpulas.

—Creo que estás manco—le dijo.

—Sí, señor; desde hace nueve años que tuve el honor de conocer á usía.

—Creo—dijo monsieur Lesseps—que no querrás perder el otro brazo.

—No, señor; y á más que ahora tengo buenos padrinos, que aunque declare no me dejarán pe-recer.

—Y bien: ¿qué hay?

—Hay, que anoche se han robado dos mujeres en el camino de Alcalá, antes de la quinta del señor marqués de Fuentes; pero ni mi amigo Lucas Cabezudo ni yo hemos estado en el robo: si hubiéramos podido impedirlo lo hubiéramos impedido.

—¿Y por qué se ha hecho ese robo?

—Es cosa que no puedo decir á usía, porque no lo sé.

—¿Y quiénes eran las damas robadas?

—Creo que esto debe decirse muy secretamente—contestó Manzámpulas.

Orrí, por no hacer el desaire al alcalde de despedirle, quedándose con Manzámpulas, suspendió la declaración, y cuando se hubo desembarazado del alcalde, se encerró con Manzámpulas y con Lucas Cabezudo.

—Sepamos—les dijo—quiénes eran las dos mujeres robadas.

—Eran dos pajes del abate Alberoni—dijo Manzámpulas.

—¡Oh! ¡dos pajes del abate Alberoni!—dijo Lesseps—: ¿esos dos pajes son dos mujeres?

—Sí, señor.

—¿Y á qué iban esos dos pajes mujeres, de noche, en sillas de mano y por el camino de Alcalá?

—A ver á una alta dama que vive en la quinta del marqués de Fuentes.

—¡Ah! ¡una alta dama! ¿Y quién es esa dama?

—Eso no se dice—respondió Lucas Cabezudo—: ni has debido decir lo de la quinta, Manzámpulas.

—¡Ah, ah!—dijo Manzámpulas—: no sabes tú quién es el señor que nos pregunta: ¿qué puede sucedernos por hablar? Arrostrar la enemistad de Bizarro: ¿y sabes tú lo que nos sucedería si no hablásemos? Que monsieur Amadeo Lesseps nos haría pedazos en el potro, tan sereno y tan tranquilo como está ahora; yo quise resistirme la primera vez, y mira, añadió, mostrándole su brazo izquierdo torcido y desfigurado: á poco más este caballero me mata.

—Estoy dispuesto á hacer ahora lo que hice entonces—dijo monsieur Lesseps.

—Por lo mismo, señor—observó Manzámpulas—yo no daré lugar á ello, y aunque os venda mi hija y tenga que reñir con Bizarro, una hora de vida es vida: además de que nada podéis contra ni hija, porque mi hija es muy poderosa.

—¿Y quién es vuestra hija?—preguntó Lesseps.

—La llamo mi hija porque la he criado; y ved qué vueltas da el mundo: esa niña que yo crié era hija de un rey; pero si vos la conocéis mucho.

—¡Ah, sí!—dijo recordando monsieur Lesseps—; la infanra doña Esperanza de Austria: ¿y esa señora está en Madrid?

—No, en Madrid, no, sino en la quinta del señor marqués de Fuentes.

—¿Y decís que iban á ver á doña Esperanza dos pajes del abate Alberoni, cuyos dos pajes son dos mujeres?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo hace que está doña Esperanza en la quinta del marqués de Fuentes?

—Hace tres noches.

—¿Quién ha robado á esas dos señoras?

Unos perdidos, por orden de un teniente de la Guardia Walona.

—¿Cómo se llama ese teniente?

—No lo sé.

—Esas damas debían ir escoltadas, puesto que ha habido un lance del cual nan resultado cuatro muertos.

—Sí, señor; iban escoltadas por dos criados de doña Esperanza de Austria.

—¿Y quiénes eran esos criados?

—Antolín Pommeferre y Paul Malegarde, franceses, acólitos de las Ursulinas de París.

—Conozco mucho á esos dos bribones—dijo Lesseps—; podrán ser muy bien ahora acólitos, sacristanes, ó lo que quieran; pero han sido los dos más aviesos y más terribles de los mosqueteros negros del rey de Francia.

—Pues bien; así era necesario que fuesen para matar á cuatro hombres no muy blandos en menos de cinco minutos.

—Tened en cuenta que os interrogo y no os pido observaciones—dijo Mr. Lesseps.

Manzámpulas se calló.

—¿Tenéis algo más que decirme acerca de este suceso?

—No, señor.

—¿Y cómo sabéis que está aquí la infanta doña Esperanza de Austria?

—Nos lo dijo nuestro compadre Bizarro, que nos buscó para servirla.

—¿Y dónde está Bizarro?

—Camino de Francia—dijo Manzámpulas, que no quiso decir que estaba camino de Italia.

—¿Y á qué ha venido á España doña Esperanza de Austria?

—A tomar los aires de la patria, porque anda enferma.

—¿Y por que ha venido de incógnito?

—Por la enemistad que la tiene la señora princesa de los Ursinos.

—¿Y para qué iban á verla esos pajes damas del abate Alberoni?

—Lo ignoro, señor.

De buena gana hubiera Lesseps dado tormento á Manzampulas y á Lucas Cabezudo; pero no se atrevió, porque mediaba en todo aquello doña Esperanza de Austria.

Le tardaba además contar lo que sabía á Orri, para que éste lo contase á la princesa, y suspendió la declaración, salió de la cárcel y se volvió á palacio.

Orri lo supo todo, é inmediatamente después la princesa de los Ursinos, que se sorprendió y se puso gravemente cuidadosa.

Veta en la venida secreta de doña Esperanza, un tiro demasiado certero de madama de Maintenon.

El rey en otro tiempo había estado enamorado de doña Espeanza, y una vez viudo, podía haber pasado por el pensamiento de la Maintenon, que era lo mismo que haber pasado por el pensamiento de Luis XIV, la idea de casar á Felipe V con doña Esperanza de Austria.

Esto no era absurdo, porque doña Esperanza estaba reconocida por Carlos II; y aunque este reconocimiento se hubiese mantenido secreto, podía publicarle Felipe V.

La princesa llamó á Alberoni.

CAPITULO XI

EN QUE ALBERONI HABLA Á BULTO CON LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Era muy temprano.

Cuando Alberoni fué llamado por la princesa de los Ursinos, aún no se le había presentado Perico Perea á decirle que necesitaba casarse con Giovanna Casti.

El abate ignoraba de todo punto las aventuras que habían pasado aquella noche por sus asendereados pajes. Le extrañó, pues, aquel lla-

mamiento de la princesa. No se explicaba la causa, y fué á verla lleno de cuidado.

La princesa le recibió en sus aposentos del convento de San Antonio del Prado.

Las humildes celdas de los capuchinos habían desaparecido por aquella parte: se habían echado abajo tabiques y techos para ensanchar y dar elevación á las habitaciones.

Las baldosas se habían convertido en pavimento de mármol, y ricas tapicerías y grandes cuadros de nuestros pintores de más fama, salvados milagrosamente del incendio del alcázar, ornamentaban las paredes.

El mueblaje era admirable.

La mitad del convento, por lo menos, había sido convertida en palacio: hasta en la huerta se habían hecho modificaciones: se habían puesto estatuas profanas, y algún pabellón tan voluptuoso que venía á ser una profanación introducida en aquel antes tan sencillo y puro huerto.

La servidumbre de la princesa, que era tan numerosa como la del rey, había invadido las demás celdas y las había alterado, introduciendo en ellas cosas que no convenían á la severidad monástica.

Cuando el guardián de capuchinos iba á visitar á la princesa se escandalizaba, aunque nada decía, y salta con dolor del vientre, porque estaba viendo que cuando se devolviese el convento á la comunidad, no se repondrían las celdas en su anterior estado, sino que la casa de capuchinos tendría que hacerlo todo con el dinero del seráfico San Francisco, así como aquellas grandes alteraciones y lujos se habían costeado con el dinero del rey.

No tenía, pues, nada de extraño que, pensando en esto, sintiese dolor de vientre el guardián.

Alberoni encontró á la princesa en una magnífica cámara, que daba sobre el huerto.

Ana María estaba terriblemente seria; más aún: airada, por más que se contuviese.

Alberoni la saludó sonriendo, con toda su finura y todo su buen tacto italiano.

Pero la princesa, que cuando llegaba la ocasión no disimulaba la violencia de su carácter, contestó á las galanterías de Alberoni diciéndole:

—Me tenéis muy disgustada, señor embajador, y me estáis poniendo en el caso de pedir al rey pida á su vez á vuestro soberano que os reemplace.

—¿Qué he hecho yo—dijo verdaderamente aterrado Alberoni—, para que vuestra alteza se haya disgustado de tal manera conmigo? Inadvertencias habrán sido ó malas intenciones de enemigos á quienes no conozco; porque yo procuro no ser enemigo de nadie, ni hacer que nadie lo sea mío.

—Pues vos sois mi enemigo—dijo la princesa—, y me obligais, no á que yo sea enemiga vuestra, que no puedo serlo, sino á que os castigue y que os escarmiente.

—Muy recia viene la tempestad—dijo Alberoni, que era un grande hombre para las situaciones difíciles—, y tanto, que no puede venir de otra parte que del abate de Estrés.

Se puso pálida la princesa, no sabemos si de temor ó de cólera.

—La tormenta la habéis levantado vos, señor Alberoni—dijo.

—¿Yo, señora? ¿que yo he levantado la tormenta que me envuelve y que me aterra, porque me roba el buen afecto que siempre he debido á vuestra alteza?

—Dejémonos de palabras inútiles, señor embajador—dijo la princesa—: puedo probaros que habéis obrado conmigo de muy mala fe.

—¿De muy mala fe, señora?

—Sí, y con mucha torpeza; porque para engañarme á mí se necesita un talento superior, que el cielo no os ha concedido.

—No quiera Dios que el cielo me dé talento para el engaño—dijo humildemente Alberoni.

—Decid—exclamó la princesa—: ¿por qué vuestros dos pajes de compañía son el uno una dama de honor de Isabel Farnesio, y el otro una doncella de esta dama de honor?

Por más que hizo Alberoni, no pudo ocultar la alteración que le causaron estas palabras de la princesa; pero reponiéndose, contestó:

—¡Siempre ese intrigante abate de Estrés!

—¿A qué insistir en el abate de Estrés?—dijo vivamente la princesa—; los médicos le han enviado al Mediodía, á causa de una enfermedad de pecho.

—Bien; esos médicos se llaman Luis XIV y madame de Maintenon—dijo el audaz Alberoni, que había tomado su partido.

—¿A qué sacar á cuento esos dos personajes?

—Porque ellos son los que mantienen la intriga que produce el enojo de vuestra alteza.

—No comprendo.

—Se cree en Vessalles que vuestra alteza tiene miras ambiciosas.

Alberoni se ahogaba, y se agarraba á un clavo ardiendo.

—¿Cómo? ¿qué? ¿qué es eso de miras ambiciosas tratándose de mí?—dijo la princesa, cuya cólera acrecía hasta el punto de que le costase trabajo contenerla para que no se desbordase.

—Vuestra alteza tiene enemigos ocultos, y tan ocultos, que algunos los cree vuestra alteza muy sus amigos: sin más andar, ahí tiene vuestra alteza al marqués de Orrí y al abate de Estrés.

—¿Sabéis que sois muy valiente, señor Alberoni?—dijo la princesa.

—No, no, señora; soy muy veraz, y ha llegado el caso de decir toda la verdad.

—Pues seguid, seguid, señor Alberoni; explícaos.

—Pues madame de Maintenon siente envidia, á causa de lo que se ha hecho creer.

—¿Y qué se le ha hecho creer?

—Que vuestra alteza está llamada á ser reina de España.

—¡Oh!—exclamó la princesa, poniéndose densamente pálida.

—Pues, y como madame de Maintenon no ha logrado ser reina de Francia, consumida de envidia, ha indispuerto á vuestra alteza con Luis XIV, y el abate de Estrés ha sido enviado á Madrid para que intrigue y conspire, y os reduzca á la impotencia.

—¿Y Orrí entra también en ese manejo?

—El ha sido el espta de madame de Maintenon cerca de vuestra alteza.

Era tan verosímil lo que decía el insidioso Alberoni, que la princesa se puso gravemente en cuidado.

—Bien, Bien; ¿pero qué tiene que ver todo eso con esos dos pajes hembras que habéis traído de Parma?

—Aún no he concluído, señora; acerca de vos hay dos versiones en la corte de Versalles.

—Veamos.

—La primera ya la he dicho: que vuestra alteza pretende casarse con el rey; la segunda, que si vuestra alteza no consigue lo primero, procurará casar al rey de España con una princesa sobre la cual puede tener vuestra alteza una influencia semejante á la que tuvo sobre la difunta reina María Luisa Gabriela de Saboya. Esto no conviene de ningún modo al señor rey

Luis XIV, que quiere que la casa de Francia ejerza una influencia directa sobre la de España; por lo mismo, ha enviado su majestad á Madrid de incógnito una probable y futura reina.

Ana María no pudo contenerse: se levantó de su sillón, y miró con una terrible fijeza á Alberoni.

Este iba á ciegas: suponía que del mismo modo que la princesa conocía el sexo de sus pajes, sabría que el rey había tenido una entrevista con doña Esperanza de Austria.

Con la rapidez de su buena imaginación, había preparado, al verse casi perdido, toda una intriga.

—¿Qué decís de una futura y probable reina de España que está de incógnito en Madrid?— exclamó con violencia la princesa.

—Pues qué, ¿no sabe vuestra alteza que la bastarda del señor rey don Carlos II, la infanta doña Esperanza de Austria, está en Madrid?

—Pero ¿es eso cierto?

—Certísimo.

—¿Y envía Luis XIV á esa mujer?

—Sí, señora; yo creía que del mismo modo que vuestra alteza sabía que mis pajes de compañía son dos damas, sabía también que estaba aquí doña Esperanza de Austria—dijo Alberoni con una expresión completamente candorosa.

—Pues lo ignoraba, lo ignoraba de todo punto.

—Esto confirma las noticias que yo tenía; se quiere poner á vuestra alteza completamente fuera de combate: ni reina de derecho por el casamiento de vuestra alteza con su majestad, ni de hecho por la influencia que vuestra alteza podría ejercer sobre la princesa de Parma, mi señora, si se casase con su majestad. No; lo que se quiere es la absoluta separación de vuestra alteza de la corte de España; y para eso se envía una hechura de Luis XIV y de madama de Maintenon; la señora abadesa de las Ursulinas; una enemiga de vuestra alteza que hace nueve años fué desterrada, porque según se dice, la difunta reina tenía celos de ella.

—¡El casamiento del rey con esa mujer!... ¡Imposible!

—Suponga vuestra alteza que un día el señor rey don Felipe V reúne su corte, y declara que entre los papeles secretos de la corona hay un reconocimiento y una declaración de infanta de España del rey don Carlos II, en favor de su

hija doña Esperanza de Austria; y que esta señora es presentada y reconocida...

—¡Ah!—exclamó la princesa.

—La situación política de Europa favorece este casamiento: la paz de Utrech aún no está bien consolidada; y el enlace del rey de España con una princesa hija de cualquiera de las casas reinantes podría alarmar á las potencias. Doña Esperanza de Austria no ofrece por esa parte temor alguno: es hija de la casa de España, y no puede traer á Felipe V, ni un robustecimiento por su alianza con otro soberano, ni influencia alguno visible; ya ve vuestra alteza que la política actual aconseja este casamiento del rey de España, con preferencia á cualquier otro.

Alberoni había dicho esto con gran vehemencia y con gran sinceridad, porque casi creía en lo que decía.

Ya hemos visto que en su primera conversación con doña Esperanza, en vez de dominarla había sido dominada por ella.

A más de esto, creía que si la princesa sabía que sus dos pajes eran dos damas, era á causa de una intriga de doña Esperanza, que se había propuesto dar un golpe de gracia á las tentativas para el enlace de Isabel Farnesio con Felipe V.

—Pero de todo esto resulta—dijo la princesa—, que vos que conocéis todas estas cosas y no me las habéis dicho, sois también mi enemigo.

—Francamente, señora; estoy tan desorientado, tan aturdido, que no he sabido por qué decirme: he sido burlado, usado, traído de acá para allá, engañado como yo no creía se pudiese engañar: en una palabra, necesito de la franca y leal cooperación de vuestra alteza; porque de no, acabaremos por envolvernos, y por dar el triunfo á nuestros enemigos.

—Os ofrezco toda mi lealtad, si me convenzo de que sois leal para conmigo.

—¡Oh, señoral! ¡lealtísimo!

—Veamos: ¿por qué razón ha venido con vos á Madrid una dama de la princesa de Parma?

—Voy á faltar á la misión secreta que me ha sido confiada por mi soberano—dijo Alberoni con acento insinuante—, confiando en que vuestra alteza no me comprometerá.

—Hablad.

—Pues bien; la princesa, mi señora, es muy caprichosa; se entusiasma con suma facilidad; y el rey, luchando en la defensa de su corona, ha-

ciendo vida común con el soldado, ha causado un gran entusiasmo en mi señora; conoce, además, por un retrato al rey; el pintor ha hecho mucho favor á su majestad, y mi señora se ha enamorado del retrato; como es voluntariosa con la voluntariedad de todos los seres débiles, ha manifestado á su padre el estado de su corazón, y mi soberano, que cuando se trata de su hija es también muy débil, me ha enviado con la extraña misión de procurar el casamiento de su majestad con la princesa mi señora. Esta por su parte, que es compañera de infancia de Giovanna Casti, en la cual tiene una gran confianza, inventó el extraño recurso de enviar disfrazada de paje mío á su dama favorita para que conociese al rey de cerca, y la informase de si era tal como mi señora le había supuesto. Por este rasgo puede considerarse vuestra alteza lo extraño y lo débil del carácter de mi señora, Giovanna Casti es para mí un estorbo, una especie de autoridad, una vigilancia inmediata puesta sobre mí, lo que me ofende; porque eso quiere decir que no se tiene en mí toda la confianza que se debiera.

—Pero lo que no comprendo—dijo la princesa—es cómo habéis podido vos ponerlos en relaciones con doña Esperanza de Austria.

—Se ha hecho conmigo, señora, lo que se llama una zancadilla, de lo cual tiene la culpa el duque de Parma mi señor. Tan graves son para él los deseos de su hija, tal empeño pone en satisfacerlos, que ha cometido la imprudencia de dirigirse á Luis XIV para explorar si se opondría al casamiento de su nieto el rey de España con la princesa de Parma. Como era natural, en Versalles se ha supuesto que mediaban transacciones entre la corte de España y la de Parma en las que vuestra alteza sin duda debía tener parte; y como lo que se quiere es poner completamente fuera de juego á vuestra alteza, se ha apelado á doña Esperanza de Austria, á quien se ha atribuido el papel de mediadora, y con la cual, por lo mismo, se me ha puesto en relación.

—¿Y habéis hablado con esa señora?

—Sí; y me he convencido de que es un gran personaje político; nada pude sacar en claro en mi conversación con ella, y ella hizo de manera que me envolvió, no tengo reparo en confesarlo, y me obligó á encargarme de una carta para su majestad.

—¡Pero qué es ésto! ¡Qué traición tan sorda es ésto!—dijo la princesa—. ¡Qué intriga tan extraña y tan inverosímil! Si han enviado á doña

Esperanza de Austria contra mí, ¿cómo es que no han avisado directamente al rey, y para avisarle se han valido de vos?

—Porque no se fían; porque creen que vos lo domináis aquí todo; porque saben que el marqués de Brancas es torpe.

—Pero si cuentan con Orrí, con el abate de Estrés...

—Esto quiere decir que no tienen en ellos una absoluta confianza.

—¡Ah, sí! ¡Y la han tenido en vos!

—Naturalmente; como que doña Esperanza de Austria ha pretendido hacerme creer que su entrevista con el rey no tenía otro objeto que preparar el casamiento de su majestad con mi señora.

—¿Y cuándo habéis dado esa carta á su majestad?

—Anteayer.

—¿Y el rey ha visto á doña Esperanza?

—Sí, señora.

—¿Y cuándo?

—Anteanoche.

—Es decir, mientras yo estaba enferma y confiada; ¿y sabéis lo que han hablado el rey y doña Esperanza?

—No, señora.

La princesa estaba sumamente agitada.

Se levantó y se puso á pasear por la cámara, inquieta, excitada, terrible.

—Veremos por dónde salimos—dijo para sí Alberoni—; en todo caso, en cuanto me vea seriamente comprometido, me escapo y voy á ponerme bajo la protección del duque de Orleans, que me protegerá, porque sabe lo bien que he servido al difunto duque de Vendome.

La princesa se detuvo.

Se volvió á Alberoni, y le miró con los ojos escandencidos.

—Si yo os prometo hacer todo lo que esté de mi parte por concluir el matrimonio de vuestra señora con el rey, ¿me seréis leal?

—Aún no os he sido traidor.

—Sin embargo, abate, debíais haberme avisado de todo.

—Estaba á oscuras, señora; no me atrevía á moverme de miedo de caer en un abismo desconocido; y aún no veo bien claro; ¿quiere vuestra alteza prestarme una luz que me hace falta?

—Decid.

—¿Quién ha descubierto á vuestra alteza que mis pajes de compañía son mujeres?

—Se han encontrado cuatro cadáveres en el camino fuera de la puerta de Alcalá, y dos sillas de manos abandonadas: han sido presas algunas personas, y de sus declaraciones resulta, que de vuestra casa salieron anoche á las doce por un postigo del jardín dos pajes; que estos dos pajes eran dos señoras; que salieron unos hombres al camino y las robaron, muriendo cuatro de ellos en el lance.

—Conque es decir—exclamó asombrado Alberoni, que la señorita Giovanna Casti y su doncella Giusseppina, se han salido de mi casa y han sido robadas. Esto es completamente falso: antes de venir á ponerme á las órdenes de vuestra alteza, he estado hablando con la señorita Giovanna, y he visto también á Giusseppina.

—¿De seguro?

—¡Cómo que de seguro, señoral! Pues qué, he perdido yo la razón?

—Esto es extraño, muy extraño—dijo la princesa—: y sin embargo, ya veis, se me han dado buenos informes.

—En lo de haber salido de mi casa Giovanna Casti y su doncella Giusseppina han mentido: ¿cómo se comprende que hayan sido robadas y que se encuentren sin novedad alguna en mi casa?

—Sin embargo, es exacto que se han encontrado dos sillas abandonadas y cuatro cadáveres de gente perdida en el camino de Alcalá.

—Y bien: si han sido robadas la señorita Giovanna y su doncella, insisto en que no comprendo cómo han aparecido esta mañana en mi casa, sin indicio alguno ni siquiera de haber pasado mala noche.

—Id, id, informaos, y sobre todo, traedme á esa señorita.

Alberoni salió y fué á su casa.

CAPITULO XII

EN QUE ALBERONI SE VE MÁS EMBROLLADO QUE NUNCA

Alberoni se encontró con Perea, que le esperaba.

—No puedo hablaros—le dijo Alberoni—, vengo muy deprisa: volved luego.

—Por deprisa que vengáis os detendréis; por-

que por grave que sea el asunto que causa vuestra prisa, es mucho más grave el asunto de que vengo á hablaros: se trata de la señora Giovanna Casti.

—¡Eh! ¿qué decís?—exclamó Alberoni.

—Que es de todo punto necesario, que la señora Giovanna Casti y yo nos casemos hoy mismo.

—¿Eh? ¿cómo?

—Como que el honor de Giovanna está comprometido.

—¿Qué decís?

—Giovanna ha pasado la noche en mi casa.

—¡Será cierto!—exclamó Alberoni.

—Certísimo.

—¡Es decir, que la señorita Giovanna ha salido esta noche de mi casa!

—Sí, señor; y yo que la amo, de lo cual vos tenéis la culpa, porque me la habéis hecho conocer; yo que sabía dónde había de ir; yo que tanta pocas esperanzas de que consintiese en ser mi esposa, he salido al camino con algunos hombres dispuestos á todo, y la he robado.

—¿Y adónde iba la señorita Giovanna Casti?

—A la quinta del marqués de Fuentes, á ver á doña Esperanza de Austria.

—Y decidme: ¿han muerto cuatro de los hombres que os ayudaron á robar á la señorita Giovanna?

—Sí, señor.

—Pues decididamente—dijo para sí Alberoni—: la princesa está mejor informada que yo; pero cómo es, añadió en voz alta, que he hablado esta mañana con la señorita Giovanna y nada me ha dicho?

—Me había yo encargado de decirlo.

—Pero, señor Perea, de todo esto resulta que sois un traidor, un mal caballero.

—Adoro á Giovanna.

—Si todo el que adora hiciera lo que vos hacéis, sería cosa de ensanchar las cárceles para que cupiesen los delincuentes: en fin, yo no acabo de convencerme de esto—dijo Alberoni, agitando una campanilla, á cuyo sonido se presentó un criado.

—Di al señor Giovanni, mi paje, que le espero al momento—dijo Alberoni.

El criado se fué.

A poco se presentó Giovanna.

—¿Es cierto lo que dice el caballero Perea?—la preguntó Alberoni.

—Certísimo.

—¿Pero sabéis de lo que se trata?—repuso aturrido Alberoni.

—Sí; de mi casamiento con el señor Perea—dijo Giovanna con un acento singular; de un casamiento de conciencia.

—¡Cómo un casamiento de conciencia!—exclamó Alberoni cada vez más irritado.

—Si los hombres fuesen como Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, no sería necesario ese casamiento—dijo con altivez Giovanna—; pero he pasado gran parte de la noche en poder del señor Perea, lo saben algunas personas, y yo no quiero que nadie dude ni un sólo momento de mi honor.

—Conque es decir, que es de todo punto indispensable un casamiento—dijo Alberoni.

—Sí, señor; indispensable—dijo con audacia y con descaro Perea.

—Pues bien, venos por acá esta noche, amigo mío; todo quedará concluído: vos, señor Giovanni, poneos vuestro manteo y vuestro sombrero, vamos á la corte.

—Conque hasta la noche—dijo Perea.

—Hasta la noche—dijo Alberoni.

Y salió con Giovanna, que ni aun había mirado á Perea.

—Al Prado de San Jerónimo—dijo Alberoni á su cochero.

—¿Qué no vamos á Palacio?—dijo Giovanna.

—Antes necesito hablar con vos: lo que sucede es demasiado extraño: ¿por qué salisteis anoche de casa?

—Porque necesitaba entenderme con doña Esperanza de Austria.

—¿Y por qué no me lo dijisteis?

—Porque yo no tengo que daros cuenta de mis acciones.

—Es verdad. Pero en fin, ¿qué sucedió? No me negaréis á lo menos el derecho que me da mi buena amistad de interesarme por vos.

—Sucedió que se apoderaron de nosotras á viva fuerza, y después de un ligero combate, unos hombres á caballo...

—Pues de ese ligero combate han resultado cuatro muertos.

—Y bien, no es mía la culpa; esto ha prevenido de una imprudencia por una parte, y de una traición por otra.

—¿Y adónde os llevaron?

—Me encontré con que el jinete que me tenía sobre su caballo era Perea.

—¡Infame!—exclamó Alberoni.

—Vos tenéis la culpa—contestó Giovanna.

¿Por qué le hateís abierto vuestra casa? ¿Por qué habéis dado lugar á que me conozca?

—Yo le creía amante de la princesa de los Ursinos, y amante desdenado: contaba con su interés y con su venganza.

—¡Ese hombre es un miserable!

—¿Y os queréis casar con él?

—De todo punto.

—¿Y vivir con él?

—Por ahora no.

—¿Y entonces para qué este casamiento?

—Porque yo no quero que nadie que no sea mi marido pueda decir que he pasado una noche en su casa.

—¿Pero y cómo habéis entrado en Madrid habiendo sido robada en el campo?

—Por una de las minas que conocían los hombres que ayudaron á Perea, que son contrabandistas

—¡Ah, si las minas de contrabando; ¿y cómo habéis escapado de la casa de ese hombre?

—Me ha salvado uno de los criados de doña Esperanza de Austria; á propósito: se ha enamorado de Giusseppina, y Giusseppina de él.

—Pues casémoslos.

—¡Ah! no tan pronto; necesito á ese hombre, y no me atrevería á usar de él siendo marido de Giusseppina, á quien ama mucho.

—Diablo!—dijo Alberoni—; me parece que ha sido una gran desgracia para ese señor Pedro Perea el haberos conocido.

—Su desgracia consiste en que es un infame.

—Prescindamos por el momento de esto, señora; ¿sabéis para qué os llevo á palacio?

—Sin duda para que hable conmigo la señora princesa de los Ursinos.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Me lo he figurado; venís de Palacio; estais aturrido, y me llevais á palacio: quien os llamó á palacio fué la princesa de los Ursinos, luego á ver á la princesa de los Ursinos me llevais.

—Indudablemente—dijo el abate Alberoni.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Ayudarme; hacer de manera que la princesa crea que nada expone en procurar el casamiento del rey con nuestra señora.

—¡Oh! yo os aseguro que tal he de hacer, que la princesa crea que yo soy una estúpida, y que su alteza es tan estúpida como yo.

—Bien, bien, perfectamente; pero vuestro casamiento con ese hombre... no puedo comprender esto.

—Dejad, dejad, señor Alberoni; ¡quién sabe si yo amo al señor Pereal!

—¿Y se ha de efectuar ese casamiento esta noche?

—De todo punto.

—¡Pero cómo! sin trajes, sin galas; no hay tiempo; ¿qué modista se encarga de teneros un traje conveniente para esta noche, aunque nos tomáramos de tiempo hasta las doce?

—¿Habéis olvidado que el casamiento ha de ser secreto? ¿qué más da? Tal como estoy puedo casarme.

—Apenas queda tiempo para las formalidades prescritas por el santo Concilio de Trento.

—Entendeos, entendeos con el cardenal de Toledo, que es muy vuestro amigo.

—¿Y la real licencia?—dijo Alberoni.

—La princesa la procurará.

—¡La princesa! ¡pues si parece que la princesa anda algo enamorada del que ha de ser vuestro esposo!

—Mejor, mucho mejor: para mis proyectos.

—No os entiendo.

—Id buscando otros pajes, amigo Alberoni, porque Giusseppina y yo nos pasamos al servicio de la princesa de los Ursinos.

—Pues mejor, mucho mejor, señorita Giovanna; son mucho cargo para mí dos hermosas jóvenes que se van de aventura, y á las que hay que casar luego de cualquier modo.

—Creo que nada más tenéis que decirme ya, abate, y que podemos ir al palacio.

—No, al palacio, no; al convento.

—Tanto da: el convento es hoy el palacio de la princesa de los Ursinos.

—Cosme—dijo Alberoni bajando un vidrio—: llévanos al convento de San Antonio del Prado.

El coche tomó hacia allá.

Llegaron, bajaron, subieron por la escalinata al atrio, y se metieron por la portería, en la que había una guardia de suizos.

CAPITULO XIII

LO QUE HABLARON GIOVANNA Y LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Alberoni, después de una ligera conversación, dejó sola con la princesa de los Ursinos á Giovanna.

Esta había tomado un aspecto candoroso, sencillo, inocente.

—¿Conque vos sois—dijo la princesa—, dama de honor de madama Isabel Farnesio?

—Sí, señora; tengo ese honor desde que nací—contestó Giovanna con cierto énfasis.

—¿Desde que nacisteis?

—Sí, señora; su alteza y yo nacimos en un mismo día, y con pocas horas de diferencia: yo nací antes: mi padre, el conde de Ansoletto, era, y continúa siéndolo, gran escudero de su alteza el duque; por lo mismo, el gran duque, apenas nació su hija la princesa Isabel, me nombró su dama de honor: mi nodriza fué detrás de la nodriza de su alteza cuando bautizaron á su alteza, y en seguida que á su alteza la bautizaron, me bautizaron á mí en la misma pila que habían bautizado á su alteza.

—Bien, bien: ¿y á qué os ha enviado su alteza á Madrid?—dijo la princesa con impaciencia, porque le parecía demasiado pesada la Giovanna.

—¡Ah! ¿para qué me ha enviado su alteza aquí?—dijo Giovanna pasando y volviendo á pasar los rosados dedos de su mano derecha por el cordón de seda que cerraba su sotana, y mirando con un candor delicioso á Ana María—: no puedo decirlo á vuestra alteza.

—¿Y por qué, hija mía, por qué?

—¿Por qué? Porque es un secreto.

—¡Ah! pues cuando no se quiere descubrir un secreto, hija mía—dijo la princesa—, no se habla de él; porque decir esto es un secreto en ciertas situaciones, es ya revelar la mitad del secreto.

—Si vuestra alteza me diera su palabra de no usar de mi secreto...

—Tenedla, Giovanna, tenedla—dijo Ana María.

—Pues bien—contestó Giovanna poniendo la mano sobre un brazo de la princesa—: mi señora está enamorada del rey de España.

—Esta chica es tonta—dijo para sí la princesa.

—¡Qué fofa tiene la carne esta mujer!—dijo para sí Giovanna—: es imposible que el rey esté enamorado de ella.

—Conque madame Isabel Farnesio...—dijo la princesa.

—¡Ah! mi señora es muy hermosa, mucho; muy hermosa y muy sabia.

—Entonces vos también sois sabia—dijo la princesa—; porque, según mis noticias, habéis

estudiado lo mismo que vuestra señora, habéis tenido los mismos maestros.

—¡Oh, sí! yo he estudiado mucho—contestó Giovanna—; ¿queréis que hablemos en latín, señora?

—¡Ah, no, no! ¡Dios me librel—exclamó riendo la princesa, que conservaba su carácter vivo y empezaba á encontrar divertida á Giovanna.

—Hablares si os place en francés—añadió la joven, pronunciando estas palabras en muy mal francés.

—¡Ah, no, por Dios! habláis muy mal la lengua de los francos—contestó en correcto francés y con suma volubilidad Ana María.

—¿Qué habéis dicho, señora?—preguntó Giovanna—: no os he comprendido.

—Dejemos, pues, en paz el francés, puesto que ni le habláis ni le comprendéis: continuemos hablando en español: no le habláis bien, ó por mejor decir, no le pronunciáis bien; pero nos entendemos.

—¿Hablaís vos italiano, señora?

—¡Oh, sí! como que soy italiana de adopción.

—Vos hablaréis el toscano ¿no es verdad? el italiano noble.

—Todo, hija mía, todo: hasta el dialecto de la Calabria y de la Campaña de Roma; hablo como una trastiberina.

—Y yo también.

—Y vuestra señora?

—¡Oh! ¡mi señora! Mi señora habla todas las lenguas conocidas; compone versos. ¿Queréis oír algunos?

—No, hija mía, no: tratándose de versos italianos, no puedo sufrirlos, como no sean los del Dante, los de Ariosto ó los de Metastasio; dejémos de versos y vengamos á la cuestión: ¿decís que vuestra señora está enamorada del rey de España?

—¡Oh! sí, señora; y por eso ha venido aquí el abate Alberoni, y yo con él.

—¿Y cuál es vuestro encargo?

—Ver si el rey se parece á su retrato, cómo habla y cómo vive: mi señora tiene en mí una gran confianza.

—Bien, muy bien; ¿y habéis tenido ocasión de hablar con su majestad?

—Sí señora.

—¿Dónde?

—Dos veces en la corte, y otra dos veces en el Pardo: y he agradado mucho á su majestad; porque siempre que me ha visto ha dicho al aba-

te Alberoni: —Hermosísimos pajes teneis, señor embajador; si así son los jóvenes en Parma, de ma, deben ser arcángeles las jóvenes.

—A propósito: ¿es muy hermosa Isabel Farnesio?—dijo la princesa.

—Así... como yo, contestó Giovanna; nos parecemos mucho su alteza y yo.

—¡Ah! pues vos, hija mía, sois hermosísima.

—¡Bá! en Parma las mujeres somos muy hermosas.

—Y decidme: ¿se parece también á vos, en el alma, en el genio, en el talento, vuestra señora?

—¡Oh! ¡mucho! Sólo que mi señora es más altiva; está siempre seria, anda... ¿queréis ver cómo anda su alteza?

—¡Oh, sí, sí! ¿á ver?

Giovanna se levantó y echó á andar de una manera grave, acompasada, tieja, como andan los malos trágicos.

—Perfectamente estúpida—dijo para sí la princesa—; en último caso apelaremos á esta señora Isabel Farnesio.

Y luego añadió alto:

—Bien, bien, amiga mía; comprendido: vuestra señora es completamente majestuosa; ¿y vos cómo andáis cuando sois mujer?

Giovanna se volvió en paso lánguido, balanceando graciosamente el talle y la cabeza.

—¡Oh! ¡inocente! ¡hechicera!—exclamó la princesa.

Y cuando llegó á ella Giovanna, la asió las manos y la besó en la frente.

—¡Oh!—exclamó Giovanna—; esta mujer es terrible, seductora, una sirena: el rey debe estar loco por ella.

Y miró de una manera candente á Ana María.

—Valéis de seguro más que vuestra señora—dijo la princesa sentándola junto á sí—; pero sois una inocente, una pobre niña: ¿por qué os ha encargado vuestra señora de una misión tan delicada como la que habéis traído á España? Para eso se necesita una experiencia que vos no tenéis, Giovanna: y comprendo por qué el abate Alberoni, que es muy sagaz, os ha ocultado de tal modo, que yo no os conocía; me alegro de haberos conocido; me interesáis, hija mía: ¿qué puedo hacer por vos?

—¡Ah señora—dijo Giovanna—; ser mi madre.

—¿Os casáis?

—Sí por cierto, señora: un hombre audaz, un

mal hombre me robó anoche, y me tuvo consigo en su casa...

—¡Oh, Dios mío! ¡pobre niña!

—¡Ah, no! ¡no señora!—contestó Giovanna—; yo soy dulce, muy dulce de carácter; pero para defenderme de bajezas, de infamias, soy muy fuerte.

—¡Oh! ¡sí! las buenas costumbres... la buena educación... pero si vuestro honor ha quedado ileso, ¿por qué casaros?

—¿Por qué? porque hay quien sabe que yo he estado sola en poder de un hombre.

—¡Ah! comprendo: ¿y os sacrificáis?

—No señora, porque vos me protegeréis.

—¡Oh, sí!

—Pues después de que me case yo, me quedaré con vos: qué más da: ello al fin mi señora ha de venir á la corte de España: ¿no es cierto?

—No lo sé aún: eso dependerá de las circunstancias; pero lo más probable es que Isabel Farnesio sea la segunda esposa de Felipe V.

—¡Oh, y cuánto os amará mi señora!—exclamó Giovanna—; es tan buena, tan noble... y luego no piensa en otra cosa que en sus libros: se hará construir un observatorio, y allí nos pasaremos la noche su alteza y yo viendo pasar las constelaciones.

—Perfectamente—dijo la princesa—; así tendremos buen almanaque.

—Vos seréis la camarera mayor; por lo mismo, bien puedo estar a vuestro lado mientras eso suceda; seremos tres en una sola: su alteza, vos y yo; el rey hará lo que nosotras queramos.

—Perfectamente; he aquí una nación completamente feliz, gobernada por tres mujeres.

—Mi señora dice que vos tenéis un talento superior.

—¿Sí? ¿Dice eso madame Isabel Farnesio?—exclamó con interés la princesa.

—¡Oh, sí, cierto! Me ha dicho tantas veces: "Esa señora es el alma de Felipe V: á su inteligencia, á su lealtad, debe en gran parte el rey de España su corona."

—La debe, primero, á su derecho; después, á su aliento; luego, á la protección de Dios.

—Pues dice el gran duque que Felipe V sois vos; que sin vos Felipe V hubiera vuelto á ser el duque de Anjou.

—Conque es decir, que madame Isabel Farnesio, tratándose de mí, repite lo que oye decir á su padre.

—¡Oh, sí, señora! ya veis, su alteza no os co-

noce más que por referencia, pero os estima mucho; como que ama al rey; y el gran duque dice que el día en que vos salgáis de España, se lo lleva todo el diablo.

—¡Ah! tengo que agradecer mucho al gran duque de Parma.

—La casa de Parma siente una gran predilección por la de España; y no creáis, no creáis, mi señora ha sido muy pretendida por grandes príncipes.

—Lo sé.

—El mismo Luis XIV...

—Lo sé.

—Pero mi señora no ha querido sacrificarse á la razón de Estado.

—¡Oh! ¡dichosa ella, que podrá unir su engrandecimiento á su amor! Es probable, muy probable... sí; otra cosa sería muy difícil.

Y la princesa suspiró.

—Pero volvamos á vos—dijo—: ¿os quedáis decididamente á mi lado?

—Sí; necesito de una protección muy fuerte para no caer bajo la tiranía del que será dentro de algunas horas mi marido.

—Pues bien, quedaos; no como dama mía, porque no quiero robaros á la princesa de Parma, sino como mi amiga, y afuera misterios: es necesario que se pierda el joven paje del abate Alberoni y que aparezcáis vos en la corte tal cual sois: ¿vuestro nombre?

—Giovanna Casti.

—¿El nombre de vuestro padre? No recuerdo...

—Jenaro Casti, conde de Ansoleto.

—¿Tenéis hermanos?

—No, señora.

—¡Ah, mi joven, mi hermosa amiga condesa de Ansoleto, venid, venid; tengo ansia de veros con vuestro propio traje! Nos arreglaremos solas; no hay necesidad de que mis damas conozcan esta transformación: venid; afortunadamente, mis trajes deben estaros bien.

Y llevó á Giovanna á su tocador.

—Es gran lástima os hayáis cortado los cabellos—exclamó la princesa.

—¡Ah, no, no, señora! están completos bajo mi peluca.

—Verdad es que abulta vuestra peluca demasiado; pero se van exagerando los peinados de tal manera, que yo no extrañaba lo voluminoso del vuestro: no sé, no sé hasta qué extremo nos van á llevar los señores peluqueros: ¿á ver?

Giovanna se quitó la peluca, se soltó los ca-

bellos que tenía retorcidos sobre la cabeza, y sacudió una magnífica y larga cabellera rubia como el oro.

—¡Ah! ¡admirable! ¡admirable!—exclamó la princesa.

Y se apresuró á sacar de un armario ropas interiores y exteriores.

—He aquí que tropezamos con una dificultad: el peinado.

—¡Ah!—exclamó Giovanna—; no hay dificultad: que venga el otro paje de compañía del abate Alberoni, es decir, mi doncella Giusseppina.

—Escribid cuatro letras, Giovanna.

Giovanna escribió.

“Señor Alberoni: Enviadme al momento á Giusseppina.—*Giovanna.*”

Esta carta fué llevada á Alberoni.

A los diez minutos, Giusseppina entraba en el tocador de la princesa.

Se sorprendió al ver á su señora con traje de mujer.

—¡Ah! no te asombres—la dijo Giovanna—: volvemos á ser lo que hemos sido: nos quedamos casa de su alteza.

Giusseppina se inclinó y saludó con mucha gracia á la princesa.

—Peinad á vuestra señora—dijo ésta—, después os peinaréis á vos misma: esos trajes de hombre han de desaparecer.

—¡Oh! me alegro—contestó Giusseppina.

Y se puso á peinar á Giovanna.

Durante el tocador de ésta, como estaba Giusseppina delante, se habló de cosas indiferentes.

Al fin Giovanna estuvo peinada, con los cabellos empolvados, vestida con un magnífico traje de la princesa, y adornada con ricas alhajas que Ana María sacó de su guarda-joyas.

—¡Oh! ¡gracias señora! soy rica y tengo grandes aderezos heredados de mis abuelos; sin embargo, estas joyas son de un gusto extraordinario.

—Aceptadlas como mi regalo de boba—dijo la princesa—, puesto que soy vuestra madrina. Dejemos á vuestra doncella que se transforme á sí misma: no tengo ningún traje demasiado sencillo; pero no importa; le sentará muy bien un traje de corte: vamos á causar una gran sorpresa en palacio: aquí tenéis, hija mía—dijo la princesa sacando un traje de damasco, color de violeta, y luego unos pendientes de perlas, una cruz

de brillantes con una cinta negra, y unas pulseiras de amatistas—: peinaos noblemente.

—¡Ah!—exclamó Giovanna—; Giusseppina es una doncella de estado noble y siempre ha vestido como las damas de la corte.

—Mejor, así nada tendrán que reparar las fisonomas damas de las infantas, y mis quinquillosas damas de honor. Cuando os hayáis ataviado, salid por esa puerta, y seguid hasta que nos encontréis—añadió la princesa dirigiéndose á Giusseppina.

Luego cerró las otras puertas del tocador, para que Giusseppina no fuese sorprendida por la servidumbre, y salió, llevando de la mano á Giovanna.

Estaba ésta hermosísima.

Dejaba ver una garganta, unos hombros y un seno admirables. á causa del exagerado escote de los trajes de la época.

Ana María era apasionada por lo bello, y la miraba con delicia.

—Aberraciones de la naturaleza—dijo para sí—: ¿quién ha de creer que bajo una forma tan hechicera, tan simpática, tan espiritual, se esconde una pobre alma estúpida.

Se sentaron en la cámara.

—¿Conque decididamente os casáis?

—Decididamente, señora.

—Pero sepamos, sepamos; hasta ahora no hemos hablado de ello: ¿quién es vuestro raptor? creo que un joven oficial de la Guardia Walona, ¿no es esto?

—Sí, señora.

—¿Su nombre?

—Don Pedro Perea.

—Giovanna estaba atenta; pero ninguna conmoción notó en el semblante de la princesa.

—¿Y es digno de vos, fuera de la infamia que ha cometido, que podrá hacer disculpable el amor?

—Según los informes del hombre que me ha salvado, ese oficial es un aventurero, un hombre de malas costumbres.

—¿Y quién os ha salvado, Giovanna?

—Un criado de la señora á quien yo iba á ver

—¡Ah, sí! es verdad que vos íbais á ver á al guien.

—Sí, sí, señora; importaba mucho que yo conociese á esa persona.

—Sí, ya hemos hablado de ella Alberoni y yo: sé quién es.

—Sí, Alberoni dice que es una princesa á

quien ha enviado aquí el rey de Francia, con la intención de que se case con Felipe V.

—Os aseguro, Giovanna, que eso no sucederá.

—Parece—añadió Giovanna—que esta es una intriga contra mi señora, de madama de Maintenón.

—No; esa es una intriga contra mí; pero os aseguro que doña Esperanza de Austria se irá como ha venido.

—A vuestras órdenes, señora—dijo apareciendo en la puerta de la cámara Giusseppina—, que por su traje, su peinado y su apostura, podía muy bien pasar por una dama.

—Pues bien, vamos—dijo la princesa—; acercaos, Giusseppina; sois amiga por el momento de vuestra señora: ¿me entendéis?

—Hace mucho tiempo que somos amigas—observó Giovanna.

—Pues bien, mejor: seguidme.

La princesa, adelantada un poco á los jóvenes, atravesó una galería, en la cual había de trecho en trecho centinelas, y llegó á la antecámara de las infantas.

Las damas y las camaristas se pusieron de pie á la presencia del aya de sus altezas.

La princesa presentó á aquellas señoras las dos jóvenes, que obtuvieron un verdadero éxito.

Después, dejándolas con ellas, entró en el cuarto de las infantas, que estaba en comunicación con el rey.

Pero no pudo ver á Felipe V. Lasalle le dijo que estaba con su majestad el abate de Estrés,

—¡Oh! ¿qué hace ese hombre aquí?

Y se fué á una puerta de la cámara del rey, y se puso á observar oculta tras el portier.

majestad y por la debilidad de la salud de su alteza el príncipe de Asturias.

Hierven además en la corte murmuraciones, que sin duda carecen de fundamento, pero que van tomando cuerpo, robustecidas por las apariencias.

Extráñase la grande intimidad en que vuestra majestad vive con la señora princesa de los Ursinos, y se aventuran suposiciones poco favorables al decoro de vuestra majestad.

La princesa es una mujer de costumbres demasiado fáciles, y su intimidad con el abate de Estrés, recién venido de Francia, da ocasión á hablillas poco decorosas.

Los que esto escriben, vasallos fidedísimos de vuestra majestad, y que ocultan sus nombres, porque la verdad en muchas ocasiones no puede decirse á los reyes sin peligro, ruegan á vuestra majestad no desprecien sus avisos, y observe lo que en torno de vuestra majestad sucede, y fácilmente podrá convencerse vuestra majestad de que la princesa, aun en su vejez, es siempre la aventurera Ana María de la Tremoille, indigna como mujer de la estimación en que vuestra majestad la tiene.

Esperamos, señor, que esta carta, respetuosamente encaminada á vuestra majestad, produzca los buenos efectos que se han propuesto algunos leales vasallos de vuestra majestad, cuya vida guarde Dios muchos años.

Aunque el rey estaba muy predispuesto en favor de Isabel Farnesio, enamorado de ella como sabemos, á causa de su retrato y de los buenos oficios de doña Esperanza, y tibio, aunque no lo demostrase, con la princesa de los Ursinos, le irritó sobremanera la carta que había encontrado sobre su mesa de despacho.

¿Quién podía haberla puesto allí?

El marqués de Fuentes había entrado aquella mañana en la cámara.

El marqués de Fuentes era huésped de doña Esperanza de Austria.

Por lo mismo, según creía Felipe V, no podía ser el marqués de Fuentes el que hubiese dejado allí tal carta; porque suponer esto, era suponer que la había dejado por instigación de doña Esperanza, y esto se hacía inverosímil al rey; porque doña Esperanza sabía demasiado que la princesa de los Ursinos era de hecho un poder caído.

Felipe V sin duda ignoraba el proverbio castellano que dice: "A Dios rogando y con el mazo dando."

CAPITULO XIV

EL ABATE DE ESTRÉS Y FELIPE V

El rey había recibido aquella mañana una carta anónima.

Mejor dicho, la había encontrado sobre su mesa de despacho.

Aquella carta decía:

"Señor: Es necesario que vuestra majestad ponga fin al estado de ansiedad en que se encuentran sus reinos, por la viudez de vuestra



En su irritación hizo llamar al abate de Estrés.

Este, que había estado en conciliábulo en la antecámara con Alberoni y Robinet, entró con una audaz tranquilidad en la cámara.

—Tengo que pedir os una explicación, señor Abate—dijo Felipe V.

—Es una felicidad para mí, señor—contestó el viejo cortesano—, que vuestra majestad me pida explicaciones, porque ellas pueden ser grandemente provechosas á vuestra majestad.

—¡Ah! ¡vuestras explicaciones pueden serme muy provechosas!—observó el rey.

—Sí, señor—contestó imperturbable Estrés.

En aquel momento se ponía en observación la princesa.

—Pues bien, señor de Estrés, ¿quién os ha enviado á mi corte?

—Mi salud, señor.

—Pues si estais enfermo, vuestra enfermedad no se manifiesta: tenéis buen color; representáis una salud á toda prueba.

—Mi enfermedad está en el alma, señor.

—¡Ah!—exclamó Felipe V—; ¡padecéis del espíritu!

—Sí, señor.

—Y para aliviar los padecimientos de vuestro espíritu, frecuentáis el trato de la señora de los Ursinos.

—La princesa es una señora muy amable.

—En otro tiempo fuisteis muy enemigo suyo, señor de Estrés.

—Es, señor, que la amistad cuando, se exagera, cuando llega á su último límite, suele tomar la forma de la enemistad; como el amor excesivo aparece á veces bajo la forma del aborrecimiento.

—¡Ah! pues no comprendo bien eso.

—La amistad y el amor tienen períodos de despecho.

—¡Ah! ¿sí?

—Sí, señor.

—Abate de Estrés, me alegraré mucho de que os restablezcáis.

—Gracias, señor.

—Y de que ceséis de dar lugar á murmuraciones, desprovistas sin duda de fundamento, pero causadas por apariencias.

—¿Vuestra majestad me manda volver á Francia?

—No ciertamente á Francia: no sois mi súbdito ni estáis en mi corte con carácter alguno;

yo no hago, pues, más que manifestaros lo que acerca de vos pienso.

—Ha llegado el momento, señor, de que yo, con arreglo á las instrucciones que he recibido, manifieste á vuestra majestad el objeto de mi venida á la corte.

—¡Ah! ¡conque habéis venido aquí con una misión!

—Sí, señor; con una misión secreta.

—¿De quién?

—De mi augusto amo, el señor rey de Francia.

—¡Ah, ya! ¿y el objeto de esa misión?

—Observar de cerca á la señora princesa de los Ursinos.

—¡Ah! ¡su majestad el rey de Francia, mi abuelo, cree necesario el estudio de la conducta de una señora que me ha servido con una lealtad y un desinterés á toda prueba!

—Indudablemente, señor; pero su majestad el rey de Francia cree que si vuestra majestad no ha contraído un nuevo enlace, débese esto á la influencia de la señora princesa de los Ursinos.

—¡Ah! ¡conque eso se dice!

—Sí, señor; ese es el objeto de todas las conversaciones de Versalles.

—¿Y no se dice más?

—Nada más.

—Y vos, sin duda, para poder informar bien á mi augusto abuelo, estais á todas horas en el cuarto de la princesa, dando de este modo lugar por acá á otro género de murmuraciones.

—No puede imponerse silencio á todo el mundo, señor.

—Pues bien, señor de Estrés, os autorizo para que pongais en conocimiento de mi abuelo, el señor rey de Francia, que la influencia de la princesa no llega hasta el punto de influir en que se prolongue ó no mi viudez: en cuanto á vos, estimaré mucho no sigáis dando pábulo á murmuraciones que perjudican á la reputación de la aya de los príncipes mis hijos.

—Iré á llevar personalmente la manifestación de vuestra majestad, á su majestad el rey de Francia, mi señor.

—Como querais, señor de Estrés, como querais.

—Suplico á vuestra majestad me de licencia para retirarme.

—Id, id con Dios.

El abate de Estrés salió.

Iba á entrar colérica en la cámara la princesa,

cuando se abrió la puerta que correspondía á la antecámara, y un gentilhomme dijo:

—El confesor de vuestra majestad.

CAPITULO XXV

EL GOLPE DE GRACIA

El abate Robinet entró sonriendo.

Su aspecto de bienaventuranza, por decirlo así, irritó á Felipe V, que estaba de muy mal humor.

—Muy contento venís, padre Robinet—le dijo el rey.

—¡Oh! sí, señor; acabo de saber que su majestad el rey de Francia se ha restablecido de tal modo, que pueden augurársele muchos años de vida.

—¡Oh! pues esta es una fausta noticia de que yo también me alegro mucho: ¿habéis recibido despachos?

—Despachos no; cartas de amigos míos.

—¿Y qué os dicen en esas cartas?

—Muchas cosas, señor; entre ellas una que me ha hecho reír mucho.

—¿Y qué, padre Robinet?

—En Versalles no se habla de otra cosa que del casamiento de vuestra majestad.

—¡Ah!... ¿de mi casamiento?

—Sí, señor.

—¿Y con quién me casan?

—Con la princesa de los Ursinos.

—¡Ah! ¡Eso no!—exclamó Felipe V, sin disimular su irritación, ó mejor dicho, su indignación.

El abate Robinet se inclinó profundamente.

—Dejadme solo—dijo el rey.

El abate Robinet salió.

El rey se puso á pasear agitado por la cámara, hablando en voz alta.

—¡Que me caso yo con la princesa! ¡Oh!... ¿Quién ha inventado esto? ¡Que yo daría á mis hijos una madrastra tal!... ¿Qué traidor ha inventado esta calumnia?... ¿Ella?... ¡Ella no, imposible! Por ella no ha pasado esta idea absurda: esta es cosa de sus enemigos. ¡Ah, no! no debo abandonarla... no puedo... la debo lo que soy... ¡pero casarme con ella!... no, yo no puedo causar un escándalo, ni ella lo quiere tampoco.

El rey siguió paseándose, murmurando; pero había pasado la fuerza de su irritación, y ya no eran perceptibles sus palabras.

La princesa había pasado en un momento una agonía horrible.

A la traidora respuesta del abate Robinet, había visto que el rey había hecho un enérgico movimiento de indignación, que se había puesto pálido de cólera, que había temblado.

Entonces Ana María perdió toda esperanza: vió desvanecido su sueño de ambición.

Se estremeció, y sus ojos se llenaron de lágrimas; pero se contuvo.

Se serenó y entró en la cámara.

—¡Ah, sois vos!—dijo el rey, dirigiéndose á ella y tendiéndola la mano—: venís muy oportunamente, Ana María, porque estoy desesperado.

—¿Y por qué, señor?—dijo la princesa—; vuelven á insistir vuestros nobles en que os caseis? Casaos, si esa es la causa de vuestro disgusto: es natural que vuestros leales vasallos quieran veros en situación de dar un nuevo heredero á la corona; el príncipe de Asturias, á pesar de mis cuidados, no goza de muy buena salud; casaos, pues; yo no os lo he aconsejado antes porque esto debía dejarse á vuestro juicio; sin embargo, visto el empeño con que vuestros reinos os piden que os caseis, yo, que soy siempre vuestra más leal vasalla, vuestra amiga, la mujer que os ama y os amará siempre, os aconsejo que os caseis.

—¿Y en esto no os hacéis ninguna violencia, Ana María?

—¡Ah, no!—contestó la princesa—: ¿quién puede arrebatarle á mí el corazón de mi Felipe? El rey se tranquilizó.

Su situación variaba.

La princesa no se oponía á su casamiento; por el contrario, le aconsejaba.

—Y bien—dijo el rey—: convengamos en que es difícil encontrar una esposa que satisfaga á mis reinos y que no produzca complicaciones en el exterior.

—Ya había yo pensado en eso—dijo la princesa.

—¿Que habíais pensado, Ana María?

—Sí, sí por cierto; ya había previsto que sería un día necesario decidirse, y me había preparado: creo haberos encontrado una esposa digna de vos; joven, hermosa, instruída, virtuosa.

—¿Y quién es esa joya?—preguntó Felipe V.

—Isabel Farnesio, hija de Eduardo Farnesio, gran duque de Parma, y heredera de sus Estados.

—¿Y creéis que esa alianza no podrá producir complicaciones?

—Es demasiado pequeño el Estado de Parma para que el temor de un engrandecimiento de España pueda hacer surgir dificultades políticas.

—¿Creéis que mi abuelo prestará buenamente su asentimiento á ese enlace?

—No tiene razón alguna para oponerse; y en todo caso, podéis prescindir muy bien de vuestro abuelo: hasta conveniente sería que obráseis de una manea independiente á despecho de Luis XIV; esto sería completamente político; esto sería vuestra emancipación, la declaración ante Europa de vuestra independencia, y la satisfacción para vuestros reinos, que verían con orgullo que hacíais una política puramente española.

—Lo pensaré, Ana María, lo pensaré.

—¿Pues qué, no está ya suficientemente pensado por mí, Felipe?—dijo sonriendo de un modo hechicero la princesa.

—Y bien, lo que queráis—dijo Felipe V, besándola una mano.

—Lo que yo quiero—dijo la princesa—, es que se nombre inmediatamente un embajador que vaya á Parma á pedir al gran duque la mano de Isabel Farnesio para el rey de España.

—¿No os parece esto un poco violento?—dijo Felipe V, que temía excitar las sospechas de la princesa si cedía con demasiada facilidad.

La princesa pensaba en doña Esperanza de Austria, y quería á todo trance ganarla por la mano.

—Es la primera vez—dijo—, que encuentro en vos una resistencia tal á mis consejos.

—¡Ah, no!—dijo Felipe V—; no quiero que penseis eso: enviemos cuanto antes nuestro embajador. ¿Y á quién creéis más á propósito?

—Al cardenal Aquaviva.

—Sea.

Dos horas después, el cardenal Aquaviva recibía su encargo y sus credenciales, y Alberoni, á quien se había llamado para manifestarle la determinación del rey, decía comiendo alegremente en su casa con Robinet y de Estrés:

—Confieso, señores, que me habéis tenido asustado; pero no puedo negaros la plenitud de mi agradecimiento: ¡y yo que creía que me engañabais, que se trataba del casamiento del rey con la abadesa de las Ursulinas!

—Sin embargo—dijo el abate de Estrés—, á ella debéis que el rey se haya enamorado de vuestra señora.

—No me fiaba, señores, no me fiaba, lo confieso: ahora es distinto; el cardenal Aquaviva ya en posta hacia Italia. ¿Y creéis que Luis XIV no se opondrá á esta alianza?

—¿Qué ha de oponerse—dijo el padre Robinet—, si su majestad es quien lo ha hecho?

—¿Y doña Esperanza?—dijo Alberoni.

—¡Ah! tiene su duque de Maine—contestó Robinet.

—¿Y la princesa?

—Saldrá de España para no volver—dijo de Estrés.

—Está visto, amigo mío—dijo Alberoni—, que vos sois el ángel malo de la princesa de los Ursinos.

—Pues aún queda que hacer—dijo de Estrés.

—¿Y qué es lo que queda que hacer?—preguntó Alberoni.

—Acabar de desprestigiar á la princesa—respondió de Estrés.

—Dejadlo eso á mi señora—dijo Alberoni.

—Isabel Farnesio—repuso de Estrés—, es una especie de sabia que se contentará con que la dejen estudiar: por lo mismo, será necesario dárselo todo hecho.

—Es verdad—dijo Alberoni, que comprendió que aún no era tiempo de desvanecer la desfavorable idea que se tenía de Isabel Farnesio.

Estaban en los postres.

En aquel momento un criado de Alberoni anunció á don Pedro Perea.

—¡Ah! me había olvidado—dijo Alberoni—; se trata de una boda: ahí tenemos al novio: que pase, que pase ese caballero.

Perea entró.

—No os he convidado, porque para casaros debéis ir completamente sereno, amigo don Pedro; y no os doy á beber, por la misma razón, de este magnífico Borgofia.

—Hacéis bien, señor abate, hacéis bien: para entrar en combate lo mejor es no haber bebido; aunque, por otra parte, tan feliz me hace este casamiento, que por sí sólo me embriaga.

—¿Y quién es ella?—dijo de Estrés.

—Ella es—dijo Alberoni—, la dama de confianza, la amiga, la confidenta de la princesa de Parma.

—¡Ah!—dijo de Estrés.

—Y observad aún—dijo Alberoni—: quien casa á mi amigo don Pedro Perea con mi amiga la señorita Giovonna Casti, futura condesa de Ansoleto, es su alteza la señora princesa de los Ursinos.

—¡Ahl—exclamó de Estrés—; esto es completamente original.

—Pues bien, señores, como nos están esperando en palacio novia y madrina, os suplico nos perdoneis si os dejamos: os quedais en vuestra casa: mi bodega y mis lechos están á vuestra disposición.

Y Alberoni salió con Pedro Perea.

CAPÍTULO XXVI

DE CÓMO PERICO PEREA SE ENCONTRÓ CON QUE, PROPIAMENTE DICHO, AUNQUE LE HABÍAN ECHADO LAS BENDICIONES, NO SE HABIA CASADO.

Perea iba de gran gala, perfectamente peinado, perfumado, hermoso, adorable, en una palabra, para ese género de mujeres que sólo aman la materia.

—No la vais á conocer cuando la veais, amigo mio; ni yo mismo la hubiera reconocido á no conocerla mucho.

—¿Pues qué, se ha transformado mi adorada Giovanna?—dijo con interés, pero con el interés de la sensualidad, Perea.

—Suponed que en vez de su hopalanda de seminarista, que usaba para que no se la viesan las piernas, porque es muy púdica, en vez de su manto y de su sombrero liso, os encontrais con una magnífica joven peinada á la Montespan, escotada, con un soberbio traje de corte y ricos brillantes.

—¿Pues qué, trata todo ese equipo Giovanna?

—No, amigo mio; todo eso se lo ha proporcionado la princesa de los Ursinos, que es su madrina.

—¿Su madrina? ¿Y sabe la princesa que soy yo quien se va á casar con Giovanna?

—Cierto que sí; como que sin la influencia de su alteza no hubiera podido obtenerse la real licencia, ni hubiera sido fácil tampoco obtener hoy mismo el mandamiento cerrado para el matrimonio del cardenal arzobispo de Toledo, tanto más, tratándose de una extranjera.

—¿Conque todo está dispuesto?

—Todo.

—¿Y dónde va á ser la ceremonia?

—En palacio.

—¡Ahl—exclamó el siempre presuntuoso Perea—siendo madrina la princesa, de seguro, el padrino es el rey.

—No, amigo mio, no; y siento mucho deciroslo, porque me parece que os va á disgustar el padrino.

—¿Pero quién es?

—El padrino soy yo.

—Muy honrado—dijo Perea disimulando mal su disgusto, porque había ya saboreado la honra de que fuese su padrino el rey.

—¿Qué queréis?—dijo Alberoni—no ha podido ser de otro modo.

—¡Oh! repito que me honra mucho el ser apadrinado por vos. Pero lo que no comprendo es cómo la princesa se ha resignado á este casamiento.

—¿Qué queréis, amigo mio?—contestó Alberoni siguiendo el humor á Perea—; no siempre puede satisfacerse el corazón; las circunstancias dominan á las personas, y la princesa tiene demasiado talento para empeñarse en luchas cuyo resultado no puede ser favorable; ¡las circunstancias, amigo mio, las circunstancias!

—Sí, eso es; por no disgustar al abate de Estrés, que la tiene sujeta con ciertas cartas de antiguos amoríos.

—Puede ser, puede ser.

—Y luego, que el rey podía extrañar un decidido empeño en la princesa por estorbar este casamiento.

—Ciertamente.

—Y como la princesa se ha propuesto ser reina.....

—Sin embargo, en esto no puedo convenir con vos, nos hemos equivocado de alto á bajo, amigo don Pedro: la princesa nunca ha pensado en ser reina.

—¡Bah! no os fieis. La princesa es demasiado sagaz para no ocultar su ambición.

—Tengo pruebas de que sí la princesa ha pensado ser la esposa de Felipe V, no lo piensa ahora.

—Os repito que no os fieis.

—¿Y cómo no he fiarme—dijo con alguna impaciencia Alberoni—, si á estas horas está corriendo la posta con destino á Parma el cardenal Aquaviva, encargado por el rey de pedir al gran duque mi señor la mano de su hija, madama Isabel Farnesio?

—¡Ah!—exclamó Perea—: eso es distinto: sin embargo, no os fieis aún; todavía no se ha casado su majestad.

—¡Bah, bah, bah! os aseguro que madama Isabel Farnesio es ya reina de España.

En aquel momento se detuvo el coche; pero no á la puerta de palacio, sino á la puerta del convento de Capuchinos de San Antonio del Prado.

—¿No decíais que ventamos á palacio?—dijo Perea subiendo con Alberoni la escalinata del atrio.

—Sí, amigo mío, os lo he dicho, y ésta es la verdad: la puerta de este convento, donde vive su alteza la señora princesa de los Ursinos, es una puerta de palacio; y si no, ved: en ella hay una guardia de alabarderos.

El centinela, junto al cual pasaban entonces, saludó á Perea, que iba hecho todo un buen mozo.

—Es decir, que vamos á entrar en palacio por las habitaciones de la princesa.

—No, amigo mío, no; porque no os casáis en la capilla real, sino en el oratorio particular de a princesa: en la capilla real no se casan mas que los reyes ó los infantes.

—¡Ah!—exclamó Perea, chafado de nuevo en su amor propio.

Llegaron, pasando junto á centinelas extendidos en el interior, y por medio de una espléndida servidumbre, á la cámara de la princesa.

En el momento en que los anunciaba un maestresala, Alberoni dijo á Perea:

—Os repito que no vais á conocer á vuestra novia; veremos si me equivoco.

Y entraron.

La princesa estaba sentada en un canapé, rodeada de sus damas y de las damas y las camaristas de las infantas, que habían sido convidadas.

Era aquello un coro de ángeles, un mundo de plumas, de blondas, de sedas, de diamantes, de perlas; olía allí á gloria.

De pie, en los ángulos, vestidos de corte, con los sombreros bajo el brazo, había una multitud de gentileshombres y mayordomos de la casa real, convidados también.

La cámara estaba profusamente iluminada.

Junto á la princesa, hablando afablemente con ella, y siendo objeto de su hechicera amabilidad, estaba sentado su mayor enemigo, al abate Robinet, empolvados y rizados los cabellos con suma coquetería bajo su solideo, y vestido

con un riquísimo traje de seda negro: en sus zapatos, lustrados, pequeños y finos, sobre un empeine tan mórbido como el de una mujer, lucían dos hebillas de oro y brillantes.

No hay que decir que el abate estaba perfumado como una dama; esto era de cajón.

Cuando se acercó Perea, llevado de la mano por Alberoni, que iba también vestido de una manera encantadora, Robinet sorbía con delicia un polvo de rapé, manteniendo en su mano izquierda una magnífica caja de carey y oro, guarnecida de perlas, con un excelente retrato en miniatura de Luis XIV cuando era joven.

Robinet no usaba esta caja sino en las grandes solemnidades; se entienda cuando no asistía á aquellas solemnidades Luis XIV, no fuera que su majestad viese la caja, y por consecuencia el retrato, y le asaltase la dolorosa comparación de lo que había sido con lo que era.

—Tengo el honor de presentar á vuestra alteza—dijo con suma finura Alberoni—, á mi ahijado don Pedro Perea.

—¡Ah! sí, bien—dijo la princesa, mirando á Perea con una indiferencia que le quemó la sangre.—Y bien, amigo Robinet, hacednos el favor de precedernos un momento, porque creo tenéis necesidad de tomar el traje de las circunstancias: en el momento somos todos en la capilla. Señor Perea, dad la mano á vuestra novia.

—Ahora veremos—dijo Alberoni.

Eu efecto: Perea miró embarazado á derecha, y á izquierda. Había visto á Giovanna; pero le pareció tan hermosa, que no la reconoció.

—Soy yo, caballero—dijo adelantando hacia Perea.

—¡Ah! perdonad, señora, si no os había reconocido; vos sois un ángel, y yo buscaba una mujer.

Alberoni le tiró de la casaca.

Perea había dicho una grosería.

—Perdonad, perdonad otra vez, señora—dijo Perea—; estoy tan aturdido por esta felicidad tan inesperada, que no se lo que digo.

Alberoni le volvió á tirar de la casaca.

Giovanna se echó á reír.

Perea se puso pálido de cólera, porque era violento: veía no sé qué de terrible, de amenazador, en la risa y en el aspecto de Giovanna.

—Vamos, señores, vamos á la capilla—dijo la princesa.

Y rompió la marcha llevada del brazo por Alberoni.

Cada una de las otras damas iba del brazo de un caballero.

Perea había dado el suyo á Giovanna, y á Giusseppina le había tocado en suerte á un viejo marqués que la galanteaba.

Giusseppina se aburría: hubiera preferido ir sin tantas galas del brazo de Pommeferre.

Llegaron á la capilla, que estaba revestida de paños de damasco con grandes cornucopias, y deslumbrantemente iluminada. El abate Robinet apareció con alba y estola acompañado de un acólito. Se dió principio á la ceremonia.

Robinete leyó á los desposados con suma finura la epístola de San Pablo, les tomó el respectivo sí, y los bendijo.

Después de esto, pasaron á la cámara, donde estaba servido un magnífico refresco, y después de una media hora, los convidados fueron saludando á la princesa y á los novios, y se retiraron.

Quedaron solos la princesa, el abate Alberoni, los desposados y Giusseppina.

--Vamos, buenas noches, señor Perea—dijo la princesa asiendo de la mano á Giovanna, y llevándose la.

—Buenas noches, caballero—dijo Giovanna á Perea con acento acerado.

—Pero, ¿qué es esto?—dijo Perea—; mi mujer...

—Vos no tenéis mujer—contestó Giovanna—; he hecho el sacrificio de mi libertad por cubrir mi honra; pero no haré el sacrificio de mi corazón, perteneciendo á un hombre indigno de mí.

—Reclamaré mi derecho—dijo Perea.

—Ahora estoy bajo la protección de la señora princesa de los Ursinos; después estaré bajo la protección de la reina. Id con Dios.

Y salió con la princesa y con Giusseppina.

Alberoni tiró de nuevo de la casaca á Perea, pero para contenerle, se iba detrás de su mujer.

—¡Eh! ¿adónde vais?—le dijo Alberoni—; venid acá; contentaos conmigo; venid á casa y os daré de cenar.

—¡Al diablo con vos y con la cena!—exclamó Perea; esta es una burla inconcebible; esto no puede ser; yo haré...

—Mirad no hagáis que el rey os encierre en un castillo: venid, venid conmigo; dad tiempo al tiempo. Creedme: servid bien á la princesa de los Ursinos, y puede ser que las cosas varíen. Vamos, ¿qué hacemos aquí? Los criados comienzan á entrar y reparar en nosotros: vámonos.

Y se llevó á Perea.

CAPITULO XVII

EN QUE LA INTRIGA VA TOMANDO GIGANTESCAS PROPORCIONES

Lo que acontecía era una revolución que impresionaba á todo el mundo en la corte.

Unos elogiaban á la princesa, y otros la censuraban.

—Veis, declaran los que pensaban favorablemente, se nos engañaba cuando se nos decía que quería ser reina.

—Hace un negocio—decían los otros.

Y acerca de esto se disputaba, y aun se reñía.

Cada cual miraba la conducta de la princesa desde el punto de vista de su interés personal; pero encubriendo su interés con pomposas palabras.

La lealtad y el honor eran tratados de acá para allá, sirviendo de disculpa á todo, de tal manera que daba lástima.

Y en resumen, si todos no eran pícaros, todos eran egoístas aferrados á su interés.

Orrí se había puesto muy mal con la princesa; había hecho dejación de su cargo, y se había retirado á Francia, llevándose á su inseparable Amadeo Lesseps.

Este había sido en gran parte el que había insinuado á Orrí su retirada.

Lesseps no veía claro.

Los presos, incluso el de mala traza, que lo habían sido por el asunto de los cuatro muertos del camino de Alcalá, habían sido soltados.

Esto había quemado la sangre á monsiur Lesseps; porque Lucas Cabezudo y Manzánpulas se habían burlado de él.

Petra estaba inconsolable porque se le había casado Perea, y porque no parecía Pommeferre.

A más de esto, temía que el marqués de Fuentes encontrase alguna muchacha más joven y más fresca que ella, necesitada del amparo de un gran señor.

Perea se ponía pálido de rabia cuando se encontraba con Pommeferre, lo cual sucedía con frecuencia; porque entrambos rondaban el convento de Capuchinos: Perea por Giovanna, esto es, por su mujer: Pommeferre por su Giusseppina, esto es, por su novia.

Siempre que se encontraban, se miraban como dos mastines enemistados.

Perea se contentaba porque Pommeferre estaba

protegido por la princesa, y Pommeferre solía decirle al pasar:

--¡Ah, señor Perea, señor Perea!... ¡cuándo querrá Dios que me den licencia!

--¿Para qué?—dijo la primera vez que le dijo esto Perea, todo hosco.

--Para abriros de un solo golpe un ojal por delante y otro por detrás.

Pommeferre se había transformado: había obtenido lizeucia, como su compañero Malegarde, de doña Esperanza, para dejarse crecer los bigotes y el cabello y usar su antiguo uniforme de mosquetero veterano.

Y era de ver Antolín Pommeferre con su gran sombrero, triangular con galón encarnado de seda y oro, su peluca blanca con coleta negra y dos baterías de tres rizos á cada lado, su bigote negro que aún no podía retorcerse, su corbatín de terciopelo negro bajo el collarín de un chaleco encarnado, sobre el cual se ceñía su cinturón de gancho, del que pendía de dos tirantes una enorme espada con empuñadura y contera de acero abillantado y vaina de cuero; su casaca negra cuadrada con sardinetas de galón de seda roja y oro á lo largo de los costados y en las boca-mangas; su calzón de casimir blanco y sus botas de montar de vaqueta lustrada con espuelas provistas de un ancho porta-espuela.

Pommeferre insultaba con su aspecto fanfarrón, con su espíritu de omnipotencia, hasta á los mismos flemáticos suizos de la guardia de la princesa.

Malegarde vestía como Pommeferre; pero era más fácil, más suelto, más abordable, sin dejar por esto de hacerse temible cuando se echaba mano al naciente bigote, y hacía como que se lo retorció, y miraba á un hombre con la cabeza alta y los ojos entornados.

Eran un par de buenos mozos, una especie de truenos con uniforme.

Malegarde hacía palidecer á otra pobre persona: al bachiller Marcos Calderón.

Su mujer estaba mejor vestida que antes á pretexto de regalos de su primo Simón, que procedían de una manera clara de Malegarde.

Simón se había hecho muy de los dos mosqueteros; como que le habían comprado su caballo, que era todo lo que amaba en el mundo, y protegía los amores de su prima Juana con Malegarde, porque Juana había al fin claudicado.

A muchas mujeres las endereza una paliza, pero á otras muchas las tuerce.

La que le había dado Marcos Calderón la noche en que le habían encontrado con Juana en la calle de la Gorguera, Pommeferre y Malegarde, había torcido á Juana.

Algunas veces volvía el pobre Marcos Calderón de sus lecciones á domicilio y se encontraba cerrada la puerta de su cuarto.

Sentábase el triste en los escalones de la puerta de la casa, y aguardaba con una paciencia colérica.

A la hora ó á las dos horas aparecía por una esquina del callejón del Gato Juana, muy compuesta, muy fresca y muy alegre, y aunque no la acompañase nadie, siempre se le figuraba al mezquino de Marcos Calderón ver deslizarse, embozándose en su capa negra, al mosquetero negro Malegarde; negra figura que ennegría el alma de aquel pobre diablo, nacido para un martirio menudo.

Marcos nada decía á su mujer, ni se atrevía á levantarla la mano, no fuera que por una segunda paliza se separa de él completamente su mujer. Perea estaba tan aburrido como Marcos Calderón, y tan celoso.

Le parecía ver en cada caballero que entraba en el convento de Capuchinos un amante de su mujer.

Otras veces, su pensamiento se fijaba en el rey. ¿Se valía la princesa, gastada ya y vieja, de la hermosura de Giovanna, para mantenerse en el favor del rey?

Deducía esto á veces Perea, porque desesperado un día, se había lanzado á una audiencia del rey, se había quejado de lo que le acontecía, y el rey le había dicho con disgusto:

--Sois un impertinente, señor oficial; no volváis á venirme con eso: entendedos con la señora princesa de los Ursinos, y dejadme en paz.

Perea salió dado al diablo: lo que sobre todo le enfurecía, era ver cuando se entraba en el convento, y llegaba á un centinela que no le dejaba pasar, á Pommeferre charlando por largo con Giuseppina en la puerta de las habitaciones de la princesa.

Pommeferre era más dichoso que él.

Sin embargo, Pommeferre se desesperaba. Giuseppina, aunque le amaba mucho, era una virtud á prueba de bomba, y le decía cuando agotados todos los recursos la hablaba de casamiento:

--Después de que se casen sus majestades y hayáis hecho lo que tenéis que hacer.

—¿Pero qué es lo que he de hacer, para hacerlo al instante?

—Aún no es tiempo: ya se os dirá—contestaba la inalterable Giuseppina.

Un día respiró un tanto Perea. Estaba paseándose por delante del convento, cuando un caballero de la princesa se acercó á él, y le dijo:

—Supongo, señor teniente, que vos seréis el caballero á quien busco.

Don Pedro Perea, vuestro servidor—contestó el joven.

—Exactamente—dijo el caballero—; tened la bondad de seguirme: mi señora os llama.

—¿Vuestra señora es su alteza?

—¿Pues quién otra ha de ser?—contestó el caballero.

Entraron.

La princesa estaba sola en una de sus recámaras, y al parecer, terriblemente irritada.

Veamos en lo que consistía su irritación.

Había cogido al rey una larga carta de Isabel Farnesio.

El rey nada le había dicho acerca de esta correspondencia.

Era una carta admirable.

Por ella comprendió la princesa que la habían engañado; que Isabel Farnesio estaba muy lejos de ser la mujer débil á quien podía manejarse como á una niña.

Aquella carta que la princesa había cogido era la contestación de Isabel Farnesio á la que el rey había escrito para ella en la quinta del marqués de Fuentes, y que Bizarro había llevado á Parma.

Esta carta tenía al margen una nota de puño y letra del rey, que decía:

“Contestada y enviada la contestación con Alberoni; 1.º de Septiembre de 1714.”

No había que perder tiempo: se estaba á 8 de Septiembre.

El abate Alberoni había partido á Parma con poder de Felipe V para el gran duque, que debía casarse en su nombre con Isabel Farnesio el 16 del mismo mes.

Por esto la princesa había llamado á Perea: sabía que estaba ciegamente enamorado de Giovanna: contaba, pues, con su interesada fidelidad.

—Cometisteis una gravísima falta—le dijo—apoderándoos de una noble doncella, comprometiéndole su honor y obligándola por ello á casarse

con vos: toda culpa debe ser castigada y todo perdón requiere merecimientos.

—Yo estoy desesperado, señora—dijo Perea—: adoro á mi mujer, y no he podido verla desde la noche en que me casé con ella: parece que se la ha tragado la tierra; he solicitado de vos una y otra vez audiencia, y me ha sido negada; he recurrido al rey, y el rey no me ha escuchado; he paseado día y noche delante de este convento, sin conseguir ni aun verla: en tal estado, decidme lo que he de hacer para que mi desesperación cese, y esté segura vuestra alteza de que lo haré, aunque vuestra alteza me pida un imposible.

—Creo que sois muy buen jinete—dijo la princesa.

—Soy bastante fuerte para estar á caballo quince días—dijo Perea—: duermo y como á caballo, y no ceso.

—Pues bien; es muy importante para mí que partáis al momento para Parma y entreguéis este pliego al abate Alberoni, y este otro al embajador de España en aquella corte.

Y dió los dos pliegos á Perea, que no eran otra cosa que dos supuestos decretos de Felipe V, por los cuales se mandaba á Alberoni y al embajador cardenal de Aquaviva suspendiesen su casamiento con Isabel Farnesio, por poderosas razones que explicaría en tiempo oportuno.

—Tomad—dijo la princesa abriendo un mueble.

Y dió á Perea un bolsillo lleno de oro.

—Gastad cuanto sea menester—le dijo—para no perder ni un solo minuto. Tomad—añadió escribiendo una carta-orden y dándosela—: presentad esto en Barcelona al comerciante Jaime Llobregat; él os fletará un buque para que no perdáis ni un momento esperando pasaje: id, id; y si me traéis la contestación en que se me avise el cumplimiento de las órdenes que lleváis, os entregaré vuestra esposa.

—Pero si parto sin licencia me declararán desertor.

—Id; yo me encargo de eso.

Perea salió, se fué á su casa y mandó á Simón le llevase el caballo del cuartel.

Cuando Simón se lo hubo llevado, le dijo:

—Te quedas solo lo menos por un mes: mira cómo cuidas de la casa.

—¿Y adónde vais?—dijo Simón.

Perea, á quien la princesa se había olvidado

de encargar el secreto, le dijo que iba á Parma con pliegos de la princesa de los Ursinos.

Aquella misma noche, Malegarde, que había dado una escapada para hacer una visita á Juana, se encontró en casa de ésta con Simón.

—Estoy libre por un mes—le dijo con alegría el guardia walona— y nos podemos divertir cuanto queramos: mi amo ha salido en posta para Parma á toda prisa con pliegos de la princesa de los Ursinos.

Malegarde se aguantó; pero abrevió la visita, montó á caballo, se volvió á rienda suelta á la quinta del marqués de Fuentes, y lo puso todo en conocimiento de doña Esperanza.

Esta, que estaba vivamente recelosa, extrañando el que á pesar de saber la princesa dónde estaba, no hubiese ido á buscarla, escuchó con un vivo interés el aviso de Malegarde.

Llamó Pommeferre.

—A caballo los dos—le dijo—: á caballo, y á Valencia: corred cuanto podáis: os envío á los dos, porque si se inutiliza el uno, quede el otro; id, id á prepararos, mientras yo escribo una carta que habéis de llevar.

Los dos mosqueteros salieron.

Doña Esperanza escribió lo siguiente:

“Señor Alberoni: Sé que hoy ha salido para Parma un correo con pliegos de la princesa de los Ursinos; detenéd á ese correo y quitadle los pliegos; lo temo todo de esa mujer; Dios quiera que los correos que os envío puedan adelantar al de la princesa. Concluid, sean cualesquiera los pliegos que ese correo lleva, el casamiento del rey con Isabel Farnesio, y esperadlo todo de mis buenos oficios por vos con el rey de España y con el de Francia. Audacia y valor, Alberoni; no sé por qué, creo que estamos en un momento decisivo.—Vuestra amiga, doña Esperanza de Austria”.

Apenas había acabado de escribir esta carta doña Esperanza, se la presentaron Pommeferre y Malegarde.

Doña Esperanza les llenó los bolsillos de oro, y les mandó fletasen en Valencia un buque muy velero, pagando cuanto les pidieren con tal de no perder tiempo.

—Siempre es bueno servir á la gente que tiene, Malegarde, porque de donde hay se toma: las dos terceras partes de este dinero nos sobran y son nuestras; con que á correr, hijo, á correr, y Dios nos libre de estrellarnos.

Pommeferre y Malegarde, en cuanto se vieron

en el camino, partieron como alma que huye del diablo.

CAPITULO XVII

DE CÓMO LA PRINCESA FUÉ Á METERSE EN LA BOCA DEL LOBO

La carta que por un descuido del rey había encontrado sobre su mesa de despacho la princesa, había sido para ésta un sombrío rayo de luz.

Se había encontrado burlada.

Por aquella carta había visto que doña Esperanza de Austria no había pensado nunca en casarse con Felipe V, y que sólo había venido á España para hacer el casamiento del rey con Isabel Farnesio.

Sintió la princesa una ardiente sed de venganza.

Por la primera vez, se olvidó de la prudencia.

Un poder misterioso la impulsaba hacia doña Esperanza de Austria.

A la media noche no pudo ya dominarse, y mandó poner un carruaje y se hizo llevar á la quinta del marqués de Fuentes.

Opusieron resistencia para abrir los guardas de la puerta de Alcalá; pero al nombre de la princesa de los Ursinos, se apresuraron á franquearla.

Doña Esperanza escuchó sin sorpresa el recado que la dieron de que una dama la buscaba.

Hacía mucho tiempo esperaba aquella visita y extrañaba no hubiese sobrevenido.

Sabía que por el proceso que había producido el robo de Giovanna, no era un misterio para la princesa que ella se encontraba en la quinta del marqués de Fuentes.

Se apresuró á recibir á Ana María.

—¡Ah! no sabéis el placer que me dais con venir á verme, señora—dijo doña Esperanza.

—¡El placer!... ¡—dijo la princesa—: alegros porque creéis que os habéis vengado de mí.

—Os ciega el despecho, señora—dijo doña Esperanza—; yo no me he acordado de vos sino para guardarme de vos. ¡Vengarme!... ¿Y de qué? ¿Pues no sabéis que yo he encontrado un padre en el buen rey Luis, y una amiga sincera en vuestra enemiga madama de Maintenon?

—¡Mi enemiga!—exclamó la princesa; mi enemiga no, mi envidiosa.

—Sentaos, señora, sentaos; estáis demasiado

agitada, y á vuestra edad, una agitación tal puede seros funesta.

—Creéis sin duda que me habéis vencido, cuando os permitís tales palabras. Sí, es verdad; estoy vivamente excitada de indignación contra una traición infame.

—Espero, señora, que no os descompongáis de tal modo que os hagáis indigna de vos misma. ¿Qué habláis de traiciones? ¿Creéis traición una conducta que sólo ha tenido por objeto liberar á mi pariente, el rey de España, de vuestra funesta influencia?

—Todo me lo debe Felipe V.

—No, no tanto, señora; porque vos no habéis ayudado al rey de una manera desinteresada sino mirando á vuestra ambición: ¿qué habéis hecho de mi noble prima, la desgraciada María Luisa Gabriela de Saboya?

—¡Ah!—exclamó la princesa—; pretenderéis vos calumniarme?

—No, no habéis envenenado á aquella mártir, es decir, no la habéis dado una pócima; ¿pero qué más envenenamiento que los celos que la habéis hecho sufrir? ¡Ah! yo lo sé bien: os aborrecía; y sin embargo, con un talento superior al vuestro, os hacía creer que os amaba. Su majestad tuvo la debilidad de suponeros el único poder, la única inteligencia bastante para conquistar el trono á su esposo, y por amor á su esposo os sufría, y por amor á su esposo os engañaba, haciéndoos creer en un cariño que por vos no sentía, ni podía sentir, y por amor á su esposo agonizaba, contraía la terrible tisis que la ha llevado al sepulcro: tuve la desgracia de que no se confiase en mí...

—¿Y qué hubierais hecho?

—Concluir mucho antes la guerra de sucesión.

—¡Sueños!... ¡Vanidad!—dijo la princesa.

—Ya sabéis por vos misma, y muy á costa vuestra, que os aventajo en la intriga, y que soy excesivamente más enérgica que vos: recordad la situación en que os puse hace nueve años: os salvó la ceguedad de la reina: considerad la situación en que os encontráis: ahora no puede salvaros nadie: el rey es más mío que vuestro: ¿qué queréis? debe estar su majestad muy cansado de vos: habéis abusado mucho de él; y sobre todo, que ya no os necesita: no sé cómo vos, que sois una mujer de Estado consumada, os habéis olvidado de la ingratitud de los reyes: la ambición os ha cegado: y en cuanto á vanidad, dispensad-

me; pero la vuestra no tiene límites: en fin, señora, todo esto es enojoso. ¿A qué habéis venido?

—Yo puedo perderos—dijo la princesa.

—¡Perderme! ¿Vos? Os es imposible ya de todo punto.

—Os engañáis, señora, os engañáis: Felipe V siempre será mío.

—¡Ah, no, no! no habláis ya ni á los sentidos, ni al corazón, ni al interés del rey; y esto es natural, señora, no habéis de ser eterna: el rey está locamente enamorado.

—¿De vos?

—¿De mí? ¿Qué decís, princesa de los Ursinos? ¿Creéis que la infanta doña Esperanza de Austria ha venido al mundo para ser querida de nadie?

—¡Ah!—exclamó la princesa, palideciendo mortalmente.

Y por sus ojos pasó una sombría expresión de muerte.

—El rey está enamorado—continuó doña Esperanza—de una señora dignísima del amor, no ya del rey don Felipe, sino del de un rey semejante al preclaro emperador don Carlos. mi abuelo, el César moderno, el héroe maravilloso de las leyendas alemanas: de Isabel Farnesio.

—A quien no conoce.

—Sí, porque yo le he hecho ver su retrato.

—¡Ah!—exclamó palideciendo de nuevo la princesa, y mirando de una manera más sombría, más amenazadora á doña Esperanza.

—Yo no sé por qué habéis venido—dijo ésta—; estáis sufriendo de una manera horrible.

—He venido á imponeros condiciones—dijo la princesa.

—¡Condiciones! ¡Ah! ¿Por qué habéis de soñar siempre? ¡Condiciones!... Estoy completamente fuera de vuestro alcance.

—¿Sí? ¿Y si yo arranco de entre los papeles reservados de la corona, las pruebas de vuestro nacimiento, y el reconocimiento y la legitimación hechos en favor vuestro por vuestro padre?

—Eso está ya á salvo, señora—dijo tranquilamente doña Esperanza—; ya veis, como que todos esos papeles están en la cancillería de Francia, á propósito de mi concertado casamiento con el duque de Maine.

—¿Con el duque de Maine?

—Sí, señora: bastardo legitimado, con bastarda legitimada; enlace igual. ¿No os he dicho que Luis el Grande es mi buen padre, y madama de Maintenon mi buena amiga?

—¡Ah! ¿y creéis que nada puedo ya contra vos?

—Podéis cometer un crimen, que no me aterra.

—¡Ah! ¡un crimen jamás! Pero ¿y si no se casase Felipe V con madama Isabel Farnesio?

—Se casaría con otra—contestó doña Esperanza—; todo se reduciría á desterraros de España de una manera definitiva.

—El rey no puede vivir sin mí.

—Vuelta á los sueños, señora. Creedme: aprovechad los últimos momentos del crepúsculo de vuestro favor: arracad al rey en provecho vuestro cuantas concesiones podáis; os ayudaré: lo que habéis hecho por mi augusto primo, merece una gran recompensa, aunque no tal como la que vos esperábais.

—Nunca he pensado en ser reina.

—Pues os calumnian, señora.

—La calumnia es el destino de los que viven en las grandes alturas: la envidia es infame.

—Vuestra conducta, sin embargo, ha dado motivo á la calumnia.

—Yo he casado al rey con Isabel Farnesio.

—Pensásteis en casarle con ella, porque se ha tenido la habilidad de haceros creer que Isabel Farnesio es una jóven inepta, caprichosa, débil, á quien podríais deslumbrar y dominar, haciendo de ella un instrumento, como os lo hicisteis de la desgraciada María Luisa Gabriela de Saboya; pero cuando habéis sabido que Isabel Farnesio es una mujer de espíritu fuerte, inteligente, alentada, altiva, habéis pretendido deshacer vuestra obra.

Doña Esperanza hablaba á bulto, porque no sabía lo que contentan los pliegos que llevaba el correo expedido por la princesa.

Esta hizo uno de esos movimientos de asombro que equivalen á una confesión; creyó que doña Esperanza lo sabía todo, es más, que la había vendido Perea, y que no había partido para Italia.

Se levantó de una manera enérgica:

—¡La traición me rodea por todas partes!—dijo.

—No, exclamó doña Esperanza; es que se eclipsa vuestra estrella.

—Adiós—dijo la princesa—.

—¡Ah, no!—contestó doña Esperanza;—sois mi prisionera; es necesario impedir que enviéis un segundo correo; no saldréis de aquí hasta mañana por la mañana; mis emisarios habrán ganado ya tal ventaja, que el abate Alberoni habrá sido avisado á tiempo.

—Ved lo que hacéis, señora.

—Os detengo en nombre del rey, como infanta de España, y por la salud del Estado.

Y doña Esperanza ganó una puerta, salió, y la cerró.

Hasta la tarde siguiente no volvió la princesa á Madrid.

Felipe V no lo extrañó; supuso que la princesa habría pasado aquellas horas en alguna de las casas de campo que tenía cerca de Madrid.

Además, el rey, como había dicho muy bien doña Esperanza, se cuidaba ya muy poco de la princesa.

CAPÍTULO XIX.

QUE ES EL POSTRERO DE ESTA HISTORIA

Perea tuvo desgracia; durante su viaje por tierra todo fué bien; sólo invirtió cuarenta horas desde Madrid á Barcelona. Pero se encontró con que había un temporal deshecho y no era posible embarcarse; el temporal duró dos días.

Invirtiósese más de medio en encontrar un buque bastante velero que pudiese hacer en ocho días el pasaje de Barcelona á Liorna.

Pommferre y Malegarde fueron más afortunados.

Por Valencia la mar se presentaba magnífica; un viento fresco la rizaba.

Fletaron un buque contrabandista, y aunque les cogió el temporal en el golfo de Lyon y les retrasó mucho, llegaron á Liorna venticuatro horas antes que Perea.

Tomaron Postas, llegaron á Parma, y se metieron en el palacio ducal.

Al subir por las escaleras, se encontraron con Bizarro, que bajaba muy pensativo.

—¡Eh, amigo mío!—le dijo Pommeferre—¿cómo diablos vais? ¿Por qué contáis los escalones?

—¡Ah!—dijo Bizarro, levantando la cabeza y reconociendo á los dos mosqueteros—: ¿qué hacéis aquí? ¡Venís cubiertos de polvo!

—Precisamente, como que venimos corriendo desde Liorna hasta aquí.

—¿Y quién os envía?

—Nuestra ama.

—¡Ah! ¡Doña Esperanza!

—Sí; la abadesa de las Ursulinas.

—¿Y para qué os envía?

—Para entregar un pliego al abate Alberoni; ¿dónde vive ese buen señor?

—¿Dónde ha de vivir? Aquí mismo, en palacio.

—Pues hacednos el favor, señor Bizarro, de llevarnos cuanto antes: etsamos rendidos y con más ganas de coger la cama que de coger un tesoso.

—Venid, venid conmigo—dijo Bizarro.

Y los llevó á una habitación en el segundo piso del palacio.

Allí estaba Alberoni.

—¡Ahl—dijo reconociendo á los dos mosqueteros—: ¿á qué venís? algo grave sucede; veamos.

Pommeferre dió el pliego á Alberoni.

—¡Ahl jahl—dijo éste—, muy bien. Aunque no se me hubiera avisado, ya había yo pensado en esto; pero no importa, mejor: ¡eh, Pietro!

Acudió un criado.

—Que acomoden á estos dos bravos mosqueteros en un buen aposento; que se les dé lo que pidan; vamos, id, id y descansad, amigos míos; vos, Bizarro, quedaos.

Pommeferre y Malegarde salieron.

—Y bien, Bizarro—dijo Alberoni—, ved lo que me dice doña Esperanza de Austria.

Bizarro leyó la carta.

—¿Y qué pensáis hacer?—dijo, devolviéndola al abate.

—Detener al correo, para que no pueda dar al cardenal Aquaviva su pliego, si es que el pliego viene para el cardenal Aquaviva, como es probable.

—¿Y bien: qué queréis que haga?

—Esperarle más allá del Albergo Crociato, por donde necesariamente ha de pasar; ocultaos entre los árboles, llevaos con vos algunos esbirros de gran duque.

—No, señor abate, no; iré yo solo; así respondo mejor del resultado. En cuanto llegue el señor Perea, no pasa de donde yo esté.

—Es valiente.

—No importa: peor para él; porque si resiste, le mato.

—Haced lo que queráis: de todos modos será necesario quitarle del medio para dejar libre á la pobre Giovanna Casti; conque si tenéis buena ocasión, Bizarro, de la mejor manera que puede detenersele, es enviándolo á la eternidad. Pero id, id, que por mucho que hayan corrido esos muchachos, pueden traerle poca delantera.

Bizarro se proveyó de un caballo y salió

de Parma, dirigiéndose al Albergo Crociato.

Allí, oculto entre los árboles, sin comer y sin dormir, esperó veinticuatro horas largas, y ya temía haber llegado tarde, cuando sintió el galope largo de un caballo.

Era al oscurecer del 16 de Septiembre.

Hacía frío: se había adelantado mucho la estación: llovía copiosamente.

No pasaba nadie por el camino.

Bizarro, que había montado rápidamente á caballo, al sentir el galope de otro, salió de entre los árboles é impidió el paso al jinete que llegaba, cruzándosele en el camino.

—¡Alto, Perico Perea!—exclamó Bizarro.

Perea, por toda contestación, soltó un pistoletazo á Bizarro, que afortunadamente no le hirió.

—Buena manera tenéis de contestar á los amigos—dijo Bizarro.

—¡Ah, perdonad!—exclamó Perea, reconociéndole—: ¿os he herido?

—No, por fortuna; pero habéis podido matarme.

—Qué queréis, como lo que sobran en Italia son salteadores, creí que se me echaba uno encima; pero qué diablos hacíais aquí, señor Bizarro?

—Os estaba esperando.

—¡Cómo! ¿Sabíais que yo había de venir?

—Sí—dijo Bizarro, cediendo á una súbita inspiración—: me ha enviado la princesa de los Ursinos un momento después de habersalido vos.

—¿Y para qué os envía la princesa?—contestó con recelo Perea, á quien no era fácil engañar.

—Para que me entreguéis ciertos pliegos que os ha dado su alteza en Madrid para que los traigáis á Parma.

—¿Y para quién son esos pliegos?

—Para el cardenal Aquaviva.

—Es verdad—dijo Perea—; y otro para su alteza el gran duque.

—Cierto—dijo Bizarro.

—Pues os engaíais—contestó Perea—: yo no traigo para el gran duque pliego alguno.

—Tanto da; lo traeréis para otro.

—Y bien, ¿qué?

—Que me los deis.

—Conque al fin y al cabo—dijo con sarcasmo Perea—, sois un salteador.

—¿Qué queréis?—dijo con irritación Bizarro—: necesito dinero, y voy á vender esos pliegos.

—¡Dejadme pasar, vive Dios—dijo Perea—, ó me abro paso!

—Mirad que no quiero mataros—dijo Bizarro conteniéndose.

—¡Matar! ¿Qué es eso de matar?—exclamó Perea echando mano á la otra pistolera, y sacando una pistola que amartilló.

—Bizarro le dejó extender el brazo, y al extenderle, hizo botar su caballo de costado, con tal rapidez y tan á tiempo, que el tiro fué al aire.

—Aún quiero perdonaros esto—dijo Bizarro, revolviendo sobre Perea—: dadme el pliego.

—Quitádmelo si podéis—dijo Perea desvainando su espada.

—¡Bahl! pues bien—dijo Bizarro echando al aire la suya—: os empeñáis, yo no tengo la culpa; peor para vos.

—Y acometió á Perea.

Los dos eran buenos jinetes y manejaban admirablemente los caballos. Pero Bizarro aventajaba á Perea, y á más de esto, su caballo estaba descansado, mientras el de Perea estaba sudoroso y jadeante por tres leguas largas hechas al trote y al galope.

Durante algunos minutos, ninguno de los dos pudo herirse. Se separaban con las espadas, ó se ponían fuera del alcance, haciendo maniobrar á sus caballos.

Bizarro se veía más obligado á defender su caballo que á defenderse á sí mismo.

La intención de Perea esra desmontar á Bizarro, hiriéndole su caballo, y escapar.

Al fin, Bizarro alcanzó un puntazo en un hombro, que le hizo lanzar un rugido de rabia: más que en el hombro, había sentido el dolor en su amor propio.

—¡Ahl! os tenía lástima—dijo Bizarro—: os estaba guardando consideraciones; pero vos lo queréis.

Y cargó de una manera ruda sobre Perea; paró una estocada de éste, le tiró sobre la parada de una estocada muy rápida, y le atravesó de parte á parte, pero de tal modo, que Perea cayó sin exhalar un grito.

Su caballo escapó hacia Albergo Crociato.

Bizarro echó pie á tierra, se acercó á Perea, le abrió la casaca, y le quitó los pliegos que llevaba en una cartera.

Luego le registró completamente, hasta que se convenció de que no le quedaba encima papel alguno.

Estaba muerto.

—¡Lástima!—dijo Bizarro—, era un bribón muy valiente y ha perecido joven: este muchacho hubiera dado mucho que decir.

—Y montó á caballo.

—Debo evitar—dijo—, pasar por delante de Albergo Crociato: el caballo se ha ido hacia allá, y al verle sin jinete, es posible que hayan salido en busca de éste, y que detengan al que pase: ya no hay prisa: estos pliegos no pueden llegar ya á otras manos que á las de Alberoni.

Y Bizarro lanzó su caballo al escape á lo largo de la carretera, en dirección opuesta á la de Albergo Crociato, dejando abandonado á Perea.

Al cuarto de legua, llegó al cruzamiento de un camino, tomó por aquel nuevo camino, y una hora después, entró en Parma por una puerta distinta de aquella por donde había salido.

El caballo de posta de Perea se metió en las cuadras de los de Albergo Crociato.

Al momento fueron á buscar, como era natural, al jinete, y encontraron á Perea muerto.

Llevaron la noticia á Parma.

El gran bailto puso en conocimiento del gran duque que se había encontrado muerto por una estocada, antes de Albergo Crociato, un oficial extranjero.

Entre tanto, Alberoni leía con delicia los dos decretos y los guardaba cuidadosamente.

Al otro día se efectuaba el casamiento, por poderes, de Felipe V con Isabel Farnesio.

Alberoni tuvo buen cuidado de poner en claro la identidad de la persona de Perico Perea.

Los de las paradas en que había tocado le reconocieron, y declararon que era un oficial español.

El buque en que había llegado á Liorna permanecía aún allí; y su patrón, conducido á Parma, declaró que aquel cadáver era el de don Pedro Perea, español, teniente de la Guardia walona, á quien había conducido desde Barcelona á Liorna.

Le reconocieron asimismo Pommeferre, Malgarde y dos de los criados que había tenido Alberoni en Madrid.

Se levantó acta de todo esto, se legalizó en forma, y Alberoni escribió á Giovanna la carta siguiente:

“Mi muy querida amiga.

Tengo el pesar de enviaros las pruebas de la muerte de vuestro querido esposo: perdonadme por el sentimiento que os causo; pero lo creo un

deber imprescindible: se le ha encontrado muerto, á dos leguas de Parma, en medio del camino, atravesado por una estocada.

Se atribuye este asesinato á bandidos, aunque se ha encontrado dinero en los bolsillos del cadáver; y como era una respetable cantidad, la tengo á vuestra disposición.

No se sabe á qué este desgraciado venga á Parma: no se ha obtenido ningún indicio, ni ha podido descubrirse á los asesinos, por más que se ha hecho; pero si se les descubre, serán castigados con todo el rigor de las leyes.

El gran duque, mi señor, me encarga dar cuantas satisfacciones sean necesarias á su majestad el rey de España por la muerte de un oficial de su guardia en territorio parmesano.

Os escribo inmediatamente después de haber asistido á la ceremonia del casamiento por poderes del señor rey de España con su alteza la princesa mi señora.

Dentro de muy poco su majestad partirá para España, la acompañaré yo, y tendré el gusto de veros. Me parece que, como sois tan deliciosamente blanca, estaréis encantadora con el luto.

Hasta la vista, amiga mía.—Vuestro servidor, *J. Alberoni*."

El abate escribió otra larga carta á doña Esperanza de Austria, noticiándole el casamiento de Felipe V é Isabel Farnesio, y envió estas dos cartas con Bizarro, Pommeferre y Malegarde.

Estos se volvieron en el mismo buque que había llevado á Perea.

Pommeferre había dicho á Bizarro:

—Muchas gracias, amigo mío, porque me habéis excusado el trabajo de matar á aquel tunantuelo, y de rascarme algún puntazo como el que vos tenéis en el hombro: os perdono la muerte de mi amo en gracias á esto, que es cuanto puedo perdonaros.

—Lo mismo digo yo—contestó Malegarde.

—No hablemos de cosas pasadas—contestó Bizarro—, y seamos buenos amigos.

El duque de Parma envió correos á todas las cortes de Europa dándoles parte del casamiento, y se preparó la partida de la reina para España.

Alberoni debía acompañarla: sabía demasiado que la princesa de los Ursinos no le perdonaría la mala pasada que le había hecho, engañándola primero é impidiendo después á su correo, de una manera tan terrible, llegase á tiempo de suspender el casamiento.

Por lo mismo, necesitaba poner completamente fuera de combate á la princesa.

Escribió con este objeto á los abates Robinet y Estres, sus compañeros de intriga, para que predisiesen á Felipe V, haciéndole ver los decretos que había sugerido la princesa, y que él había hecho arrebatar á Perea.

Por su parte trabajó cuanto le fué posible con la misma Isabel Farnesio, pintándole con los más negros colores el carácter de la princesa, la influencia que ejercía sobre Felipe V, y lo desgraciada que había hecho á la difunta reina María Luisa Gabriela de Saboya.

Por fin, Isabel Farnesio emprendió el viaje para España, y llegó á Jdraque, donde la esperaba, como su camarera mayor, la princesa de los Ursinos.

Pero durante el camino se habían cruzado correos entre el rey é Isabel Farnesio.

Solicitaba ésta de Felipe V la deposición de su camarera mayor, aun antes de que hubiese entrado en ejercicio.

Pero esto se hacía demasiado duro al rey, que resistía.

Al fin, vencido por la insistencia de Isabel Farnesio, la escribió autorizándola para que separase por sí misma á la princesa.

Aquella carta concluía con estas palabras:

"Pero al menos debéis tener mucho cuidado en asegurar el golpe al momento, porque si la princesa os habla solamente dos horas, estoy seguro de que os encadenará."

En tal situación las cosas, recibió Ana María en Jdraque á Isabel Farnesio; y á primera vista comprendió que estaba pérdida, se irritó, y precipitó su pérdida.

Isabel Farnesio la había acogido fríamente, con una durísima altivez, al par que había dado las muestras de mayor cariño, y había llegado hasta el punto de abrazarla, á Giovanna Casti.

El rey esperaba en Guadalajara con toda la corte.

Era necesario que la reina dejase su traje de marcha para tomar el traje de etiqueta.

La princesa de los Ursinos, como camarera mayor, asistía al tocador de la reina.

Creyó oportuno hacerla algunas observaciones acerca de su prendido.

La reina no hizo aprecio de ellas.

Por último, como insistiese la princesa, la reina la dijo con enojo:

— El súbdito no debe censurar las acciones de su dueño.

Ana María, que no estaba acostumbrada á que se la tratase de tal modo, respondió:

— En todo lo que he dicho, señora, no he hecho más que cumplir con mi deber.

Ana María probaba á vencer á fuerza de altivez á Isabel Farnesio, pero se equivocó.

— ¡Que saquen de aquí á esta local! — exclamó con cólera la reina.

— ¡El rey no consentirá esto! — dijo Ana María.

— ¡Salid! — gritó la reina.

Ana María salió, fuera de sí.

— ¡Que la metan en un coche, que la acompañe un exento de guardias, y que la saquen del reino! — exclamó Isabel Farnesio.

La princesa protestó de esto, y alegó que era necesario una orden expresa del rey.

Entonces el exento de guardias encargado de conducirla hasta la frontera, la presentó una orden escrita y firmada por el rey, en que se prevenía se ejecutase puntualmente y sin reserva todo cuanto doña Isabel Farnesio tuviese á bien ordenar.

Ana María perdió entonces toda esperanza.

Vió que su pérdida estaba consumada.

Pretendió escribir al rey, y no se le permitió.

Se exageró con ella la crueldad; sin permitirle cambiar su traje de corte por otro más conveniente, escotada, sin abrigo, en un riguroso día de invierno, se la metió en un coche, y escoltada por un destacamento de guardias mandado por un exento, sin permitirle detenerse en ninguna parte, obligándola á comer dentro del carruaje, se la condujo cuanto de prisa fué posible á la frontera francesa, y en Pau se la dejó en libertad.

Ana María, probando una última esperanza, escribió á Luis XIV quejándose amargamente de los duros tratamientos que se le habían hecho sufrir; pero no tuvo contestación.

Fué á Versalles, y Luis XIV la recibió con frialdad, así como su antigua amiga madama de Maintenon.

Solicitó se la fijase punto de residencia y la enviaron á Aviñon.

Desde allí pasó á Saboya, después á Génova, y por último, fijó su residencia en Roma, donde antes no había querido recibirla el Papa.

Tal fué la terrible caída de Ana María de la Tremoille.

Oigamos lo que acerca de ella escribió con grande imparcialidad el abate Millot:

“Los historiadores han censurado mucho su memoria, y apenas conocido las cualidades respetables que poseía.

Tenta el talento de gobierno y el de la intriga, elevación en los sentimientos con las pequeñeces de la vanidad; mucho celo por sus soberanos, pero también por conservar su favor; menos virtudes y atractivos que madama de Maintenon, pero más fuerza de espíritu y de carácter.

Si cometió algunas faltas, prestó también grandes servicios, porque ella fué la consejera y el sostén de una reina joven y sin experiencia que se hizo adorar de sus pueblos, que animó al rey en las circunstancias más peligrosas, que le hizo superior á todos los peligros, y que incesantemente se vió expuesta con él á perderse por fatales imprudencias.

La España era entonces tan difícil de gobernar, que una gran parte de la censura hecha á la princesa de los Ursinos, parece que debe sólo atribuirse á las circunstancias.

Fué altiva, intrigante, ambiciosa; ¡cuántos ministros célebres lo han sido también!

Pero su valor y su resolución en medio de los peligros extremos del monarca, contribuyeron mucho á mantenerle en el trono.”

EPÍLOGO

Bizarro, una vez vengado, se fué á pasar el resto de sus días al lado de Azucena, que había acabado por amar con toda su alma á su marido.

Pomméferre se casó con Giusseppina, y Malegarde con Juana, que había quedado viuda.

El bachiller Marcos Calderon había muerto de resultas de haberse excedido en la cena una noche de Navidad.

En cuanto á la princesa de los Ursinos, por ocuparse en algo, se consagró á defender la causa del pretendiente de Inglaterra, Jacobo Estuardo.

Felipe V pagaba puntualmente á la princesa la pensión que le había asignado, y que ésta recibía en Roma, donde murió el día 5 de Diciembre de 1722, á los ochenta años de edad.

FIN DE LA PRINCESA DE LOS URSINOS .

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos, asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. velada La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madr Apartado de correos 376.

